

ISBN: 978-65-00-03467-7

Norma y yo



Hendrik Wernick
Cuentos



“¿Es una fe sincera la fe que no actúa?
(Jean-Baptiste Racine)

A Pablo por su paciencia y amistad.
Por ser el origen de cada línea.
A Sueli, porque el amor es asunto de todo...



Sumário

Prefacio.....	4
La duda	5
Somos doce.....	10
Las manos	16
El sobre	23
Azul.....	26
Norma y yo	31
Alba	73
Ángel caído	79
El Centauro	89
Hoy	94
A tu lado	99
Preto Velho.....	104
El Diez.....	114
El valor real.....	122
Esclarecimientos.....	129
Sobre el autor y las obras.....	131
Centro Espírita Fraternidade da Luz	133

Prefacio

Esa obra busca invitar al amigo lector a entrar en un mundo que constantemente nos rodea, donde los diferentes destinos, historias y puntos de vista permiten una visión más amplia en la cual la fe, la acción y la caridad son alternativas cotidianas que solamente dependen de nosotros. Mirarse con sinceridad inevitablemente requiere coraje.

Desde el punto de vista espiritual, la vida es una enorme y corta oportunidad. Los años que vivimos encarnados se pierden en el vasto espacio de la eternidad en un camino que en algún momento nos llevará hacia Dios. Sin embargo, la rueda de la reencarnación nos advierte que siempre seremos herencia de nuestras acciones y que por consiguiente la evolución espiritual es una tarea individual e intransferible.

La evolución no dá saltos, sino sucede a cada nuevo pensamiento, conocimiento y experiencia bajo el prisma de la fe raciocinada que impulsa nuestras reformas íntimas hacia la evolución espiritual. Al final, lo que realmente importa son los cambios reales y sus obras, entender que podemos comenzar a cualquier instante, en el siguiente pensamiento, en la próxima acción banal que puede esconder verdades, prejuicios, soledades, esperanzas, hallazgos que poco a poco nos desnudan y nos cuestionan.

Que el amigo pueda encontrar en los personajes y sus conflictos, en los cuentos y sus entrelíneas un brote de fe, una breve certeza o una instigante duda, una continuación o un posible camino hacia la caridad que siempre estará en sus manos. Que nunca deje de confiar en sus capacidades de cambiar y de amar, de la misma manera que Dios nunca nos abandona.

Que pueda dar un paso más.

Pablo

São Paulo, 16/07/2017

La duda

*“Ver muy lucidamente
perjudica el sentir demasiado.”
(Fernando Pessoa)*

Es mi temor más grande pero no me pregunten por qué. Me propuse estar atento a todos los detalles, detectarlo desde el principio y por un momento pensé que esa obstinación ya era una ventaja. Quiero morir con conciencia y por eso invertí en ocupación mental: otro crucigrama más, los juegos de memoria con mi bisnieto Jairo y el recorrido interminable de mi vida, los nombres casi borrados. El tío Fernando que tenía tres hermanas: ¿cómo se llamaban? Francisca, Norma y Ana (la que tenía un lunar bajo el ojo izquierdo, ¿o sería el derecho?) Ya no me acuerdo y eso quizás es una señal. Tampoco estoy seguro si recuerdo el rostro o la voz de mi hermana mayor, Emilia, la que partió antes de que yo cumpliera ocho años. Siempre recordaba las historias que contaba mamá y atravesaban aquellos años. Sobre todo recuerdo a papá, sentado en la cocina, cuchillo en mano, pelando la naranja en espiral. En el aire flotaban aromas cítricos y dulces, mientras no narraba casos del angelito que ahora estaba en el cielo velando por nosotros. Pero el rostro de Emilia se me borraba con la edad y el último intento de burlar el olvido fue la foto, esa que está en el portarretratos frente a mi lecho, sonriendo. Desde entonces me imagino a Emilia en todas sus hazañas con el mismo semblante de la foto: mismo peinado, misma edad, pero ya sin voz, como si hablara mentalmente porque ya no me acordaba de los caminos, ni de los accesos o del cajón en el cual la había guardado, creo que la olvidé aunque seguramente la reconocería al oír su simple timbre.

Por las dudas le pregunté discretamente a Marlene si ella se acordaba de la voz de mi finada esposa (cambié los personajes por si acaso). Ella me contestó: —«¿Pero qué pregunta rara abuelo. La verdad es que no, pero me acuerdo perfectamente del olor de su piel, de sus perfumes, del detergente en polvo que usaba en sus ropas». Me hacía creer que los lapsus de memoria les pasan a todos, independientemente de la edad. Desde ya aclaro que sí confío en mis hijos y que los quiero por igual y que la razón de empezar a abrirme con mi nieta Marlene era por sus ojos y ademanes dulces. Tiene una manera cariñosa de tratarme, sin tomarme por niño o idiota. Soy un anciano con mente de octogenario y no necesito que me hablen lentamente, sí-la-ba por sí-la-ba. Últimamente noté que mi hijo Román anda repitiéndose, ¿que-rés o-tro té pa-pá? ¿O-tro té? Mi nieta fue la que me apoyó en mi proyecto de construir un fogón a leña. Un

plan que sentía que para mis hijos Román, Nadia y Enzo era un inconveniente. Decían: «es un despilfarro, además lo está haciendo por Mamá, era su sueño». No podía escuchar muy bien lo que discutían, por eso mandé a Lucha, mi empleada cómplice desde más de dos décadas, a barrer cerca de la cocina para pasarme la información confidencialmente. Las noticias daban cuenta de que Marlene firmemente decía que la plata era mía y que podía hacer lo que me diera la gana: que yo merecía ser feliz. Desde aquel día empezamos a mirarnos con más profundidad y los reflejos nos hacían sonreír siempre, pese a que el fogón jamás pasó de un sueño fugaz o quizás de una cretina manera que encontré para fijarme en las reacciones de los demás que valían más que muchas interpretaciones.

Una tarde en la cual Marlene pasó a visitarme a mi casa yo la indagué por su hermano Omar y al instante que terminé la pregunta, pude observar cierta sorpresa en su rostro que rebotó directamente en mi subconsciente, aún más cuando noté que ella intentaba disfrazar un dislocado asombro.

—Pero abuelo, si anteayer estuvimos acá nosotros dos en una tarde muy caliente y fatigada, ¿no te acordás?

No estaba preparado para esa respuesta, me sonó la alarma inmediatamente y la única salvación sería acordarme súbitamente de aquella visita. Antes de la manifestación de mi propio estupor, antes de los ojos de Marlene, antes de la definitiva duda que yo intentaba gambetear inclinando ligeramente mi cabeza hacia atrás, como si así fuese posible estimular el proceso de búsqueda o al menos frenar los efectos del pavor que sentía desde los latidos descompasados de mi corazón.

Recuerdo cómo zafé de esa situación: intenté actuar normalmente y sobretodo dejarle a mi nieta la conducción de la charla, ya que a menudo la memoria a corto plazo me fallaba. Había aceptado sin grandes sospechas la sugerencia de Román (¿por qué serán los hijos mayores siempre los más responsables?) y pasarle la administración de mis bienes, «no te pre-o-cu-pés papá, no te pre-o-cu-pés», pese a que me gustaba mucho hablar con el Sr. Campos, el gerente del banco. Confieso que me había confundido en los últimos tiempos. Incluso si no fuera por la honradez de Lucha avisándome, yo le hubiera pagado dos veces en un mes. Por lo tanto hace tiempo Román lo maneja todo por Internet y siempre me deja efectivo, por las dudas.

El segundo acto consciente (lo que no elimina episodios anteriores de las cuales fatalmente no guardo registro) pasó cuando invité a Marlene para que viniera a cenar

un día sábado, yo le prepararía bife con papas fritas a Jairo —cosa de bisabuelo—, el pibe se lo merecía, ¡va a ser un grande!

La evidencia vino ese preciso día por la tarde, cuando del otro lado de la línea Marlene decía que se estaba yendo al super, preguntaba si yo necesitaba algo para la cena de la noche, «creo que una botella de tinto no le hará mal a nadie, ¿no es cierto abuelito?» Ahora las preguntas venían acompañadas por suaves sonrisas que yo pensaba ver por el teléfono, breves risas, las identificaba a cada principio de titubeo.

—No te inquietes con el vino mi nieta, que yo ya lo arreglé todo, ¿vos sabés a qué hora llegás? ¡Lucha vení! Está bien, Marlene. ¡Luuucha! Tengo que cortar, hasta luego. Rápido Lucha, sacá la plata de mi billetera y andate al super, bife con papas creo y no te olvides de comprar una buena botella de tinto, apurate que en tres horas están acá. Me olvidé por completo, o mejor dicho, se me borró totalmente de la memoria: abandonado y sin vestigios.

Por la noche, entre la cena y el té de manzanilla, le dije a Marlene sin grandes rodeos:

—Quiero que me hagas un favor. Creo que ya no raciono como antes, mi memoria está un poco desordenada y con huecos que se van agrandando. Avisame si pierdo la lucidez, necesito saber como estoy, si hablo y hago cosas raras o desconectadas. Pueden ser manías, es que mi memoria, quizás está un poco desordenada. No sé, puedo desarrollar excentricidades sin que me dé cuenta, algo desordenado ¿me entendés?

—Claro abuelo, por ahora va todo bien. Seguí siempre con la mente y el cuerpo activo —me decía con su sonrisa plena, despojada. Ya no había breve risa, esa que era casi la misma para mí y para Jairo.

Me miraba y en sus ojos había un dulce respeto. Me tocó el brazo, la mejilla, calor que abriga, que calla y que parece haber entendido algo más que yo. Al principio eso me pareció un poco sospechoso pero después, antes de acostarme en mi cuarto que olía dulcemente a naranja, Emilia aclaraba que esos pensamientos eran típicos de hombres inseguros, que importaba la esencia y los gestos, que Marlene era sincera en sus cuidados hacia mí, que no estaba mal confiar en su amor.

Quería volver al asunto Román. Confieso que estoy un poco preocupado. Sigue repitiéndose y por las muecas que hace, parece gritar. No sé porqué me miró con tristeza cuando le pregunté si se topó con Emilia en el pasillo antes que entrara a darme el beso en la frente.

—Che, buscáte una cerveza en la heladera y contáme que te pasa, para eso tenés a tu padre, seguro que hay salida para todo— lo traté de animar.

Regresó con dos vasos contándome algo sobre una comida exquisita, o quizás de un restaurante. La verdad es que no me acuerdo y mientras hacía cara de entendido me puse a pensar lo bien que me sentía, así tranquilo en el jardincito del fondo de la casa, el sol suave, al lado de mi hijo que buscaba consejos junto a su padre. Sí, definitivamente el pobre estaba un poco abatido. Al mismo tiempo noté que los floreros al lado de la silla de Román estaban desalineados, lo que me causó un poco de fastidio. Además estaba casi seguro de que también estaban fuera de orden. Mi esposa había dispuesto las macetas y los jarrones de tal manera que: se alternaban flores con condimentos e incluso hierbas para ahuyentar los mosquitos. Pero ahora estaba diferente y qué diablo de memoria la mía, se me olvidaba el orden, ¿qué podré hacer?

De repente sospeché de la mirada de Román y en su silencio. Recién me había hecho una pregunta. Lo noté porque todo su cuerpo y expresión estaban expectantes. Arriesgué:

—Sí mi hijo, uno siempre tiene que tomarse las cosas con calma y con fe —le contesté intentando demostrar seguridad, añadiendo un discreto suspiro y un meneo afirmativo de cabeza como para darle una profundidad mayor a ese pensamiento vago. Sonreí internamente al verificar que Román se satisfizo con mi contribución y retomó la charla. Me calmé y traté de buscar una manera de recordar el orden de las plantas. Lo curioso es que Emilia parecía que leía mis pensamientos pues en seguida estuvo al lado del florero, mirando las demás plantas. Cuando sonrió tuve la certidumbre de que había solucionado ese enigma, así que me levanté y lentamente reacomodé los jarrones de acuerdo a las instrucciones de Emilia. Todo iba bien, avanzábamos poco a poco cuando de repente escuché a Román casi gritándome: «—¡Papá!».

¿Ya les conté que últimamente el pobre anda repitiéndose y gritando? Me preocupa un poco.

—¿Qué pasa Román? —le pregunté con suavidad.

—Es que te estaba contando sobre los planes para tu cumpleaños y vos sin más te levantás y empezás a mover los floreros —me dijo el descarado, pero así son los hijos, nos toman el pelo y nos reímos. Era una linda tarde y Román estaba conmigo, el típico momento entre padre e hijo y ¡qué divino sol!, como traía paz.

Sobre todo, son muy buenos esos momentos, me ayudan a relajar. Mientras tenga salud seguiré siempre activo, me propuse eso. Y no son pocas las tareas, está la

cuestión de los floreros que todos los días hay que ordenarlos. También trabajo con el proyecto de un fogón a leña, hice muchos dibujos. Pero me gusta tenerlos a todos cerca: a Román, a Nadia, a Enzo cuando viene, a Emilia, a Omar y principalmente a Marlene y a Jairo, que nunca me avisan antes de visitarme.

Siempre espero hasta que estamos a solas, incluso sin la presencia de Emilia. La llamo hacia un costado y le pregunto:

—¿Sigo bien mi querida? Avisáme si notás algo raro en mí.

Cuando noto su sonrisa, cuando siento el calor de su mano en mi mejilla, cuando reconozco al amor en la mirada de Marlene, me convengo siempre de que todo sigue bien.

Somos doce

*“Hasta que los leones tengan sus propios historiadores,
las historias de cacería seguirán glorificando al cazador.”
(Eduardo Galeano)*

Contaré una historia que busca completarse. No se sabe con quien empezó y nunca lo sabremos porque se trata de un relato sin nombres, ensamblado por manos anónimas. Nosotros, los copistas, fuimos preparados para trabajar sin hacer preguntas. Fuimos alfabetizados por ellos y con lo poco que pagan nuestras familias sobreviven. Éramos pocos en ese sector en el cual nunca nos daban obras completas, solamente fragmentos de libros.

Leyes, cálculos, órbitas, fórmulas, fracciones de mundos enteros y de palabras aisladas de nuestra cotidianeidad, formaban una tensión en mi mente. Casi un tipo de presagio, la esperanza de que un día pudiera copiar algún pensamiento que me pudiese salvar.

Una tarde se asomó el responsable del sector con un libro negro en estado deteriorado. Me indicó el trecho a ser copiado y se sentó a mi lado. Se trataba de un libro llamado *La Biblia Sagrada* y me tocaba “La parábola del buen Samaritano”, la primera historia que conocía de un personaje llamado Jesús. Me impresionó integralmente debido a la enseñanza, la metáfora, la astucia, el ejemplo, la compasión pero por cautela, disimulé mis sentimientos al avisarle que la copia ya estaba lista. El siguiente pasaje que me tocaba era de un tratado científico sobre agricultura que copié mecánicamente, todavía absorto por la historia de ese Jesús.

Pasaron algunos meses hasta que el responsable se acercó nuevamente con aquel libro y se paró a algunas mesas de la mía, delante de otro copista que llamaré Mateo, ya que por resolución de nuestro Orden jamás comprometeremos a las personas involucradas desde el principio perdido en el tiempo. Lo reconocí por la cruz dibujada en la tapa y por la gravedad del responsable. Mientras yo copiaba un texto, disfrazadamente intentaba observar al rostro de Mateo que hacía su trabajo demostrando indiferencia, esa que acá vestimos cuando el asunto nos despierta interés. Pasados algunos minutos, el responsable le quitó el libro de encima de la mesa, se me acercó y me lo pasó.

—Copiá esas dos páginas —me dijo con voz cansada, acomodándose en una silla a un paso de ser vencido por el agotamiento ya que sus costumbres de glotón le pasaban factura a la hora de la siesta, turbando aún más sus sentidos.

En esa oportunidad me tocó la parte de las semillas que se desparramaban en diferentes terrenos por el camino y sus infortunios. Hasta que caídas en buena tierra pudiesen crear raíces y que del árbol nacido brotarían y se multiplicarían los buenos frutos. Se trataba nuevamente del mismo personaje Jesús cuyas palabras tenían un sentido que yo no lograba dimensionar pero que me impactaban sobremanera. Mientras reproducía la historia paré por un breve instante como si hubiese recibido un aviso, alcé la vista y me topé con la mirada de Mateo que disimuladamente levantaba su mano derecha y la llevaba hasta su frente, luego hacia su corazón, cruzándola sobre el pecho hasta conducirla en el movimiento final a su boca, imitando en el gesto la señal de la cruz que estaba dibujada en la tapa. No supe cómo reaccionar pero creo que Mateo se dio cuenta de que no necesitaba temer lo peor, la denuncia frente al Comando, tal como les pasó a los de la mazmorra, los legendarios desaparecidos en las noches de gritos sordos.

No daré de más detalles de lo necesario por razones obvias. Pero con el pasar del tiempo y luego de asegurarse de mi idoneidad, Mateo paulatinamente me explicaba lo esencial sobre el Orden que estaba formado por doce oficinistas y en qué punto del proyecto nos encontrábamos. Nadie sabía cuando empezó ni cuándo iba a terminar. Por ahora creen que tienen casi dos tercios del libro ya estructurados, una junción meticulosa de diversos fragmentos transcritos basados en la memoria de innumerables miembros por generaciones continuas. Sabemos el tamaño original de la obra ya que todos la tuvimos por breves instantes en nuestras manos. Sin embargo nuestras actividades son muy arriesgadas, uno no puede jamás fiarse de nadie.

Los del Comando tienen desarrolladas sus técnicas de represión hace siglos y en relación a nuestro trabajo, eligen a los escribanos de acuerdo con su comportamiento. Ellos de a ratos se sentaban a nuestro lado y hacían preguntas sobre el contenido de las cosas que copiábamos. Simulaban ser amigos y al instante que notaban demasiado entusiasmo de nuestra parte por un determinado asunto, no nos volvía a tocar un libro de contenido similar. Así me pasó cuando un responsable entabló una inocente y agradable conversación sobre los encantos de la filosofía. Un tema que me fascinaba desde hace mucho debido a la sensación del infinito que me producía. Hablé sobre Sócrates y de su increíble capacidad observadora, del conoce-te a ti mismo. Curiosamente en los siguientes meses solamente me tocaron reproducciones de libros que trataban de técnicas de arquitectura y relatos heroicos de las proezas de los hombres del Comando. De esa situación entendí que todo acá tendría que oponerse al interés

real. Había que demostrar indiferencia: al fervor, frialdad, a la esperanza, desazón y no tardé mucho en entender que la verdad del Comando no pasaba de una manipulada mentira de la cual yo afortunadamente contribuía copiando, alterando u ocultando, enredado en mi propia telaraña.

Pero, como he aprendido en los secretos estudios del Orden: Dios cierra una puerta pero abre una ventana. Nuestros mártires nos enseñaron los corajosos caminos de la resistencia, la existencia de un argumento superior a leyes, represiones, tiempos y cegueras. En un determinado momento alguien empezó a contrabandear con su memoria los pocos pasajes que le tocaba copiar del Nuevo Testamento porque entendió que estaba delante del testimonio más grande de toda su existencia, que era el amor, la palabra de Jesús, inaugurando de esa manera nuestro Orden. En cuidadosos movimientos el precursor observaba a todos los que duplicaban a fragmentos del Libro de todos los libros. Probablemente dotado de una notable y misteriosa intuición, elegía a algunos que por una razón oculta le parecieron de confianza y que le contaban las partes que transcribieron. Así se estableció el inicio de esa obra que en su momento preciso volverá a hacerse luz.

A veces pensamos que los del Comando sospechan de algo y por eso somos siempre muy cautos. Cada uno tiene sus tareas en el Orden, pero nadie sabe quién está, ni con qué responsabilidad. Mateo es la única cara hacia fuera, y solamente se acerca a un copista fuera del ámbito de trabajo después de observarlo mucho y verificar qué fragmento de la Biblia estaría transcribiendo. Otra de sus funciones era la de informarnos adonde podríamos encontrar las actualizaciones, siempre en un lugar diferente. Hace más de un año estamos todos muy ansiosos, porque hemos avanzado bastante pero nadie sabe del paradero de Jesús, cómo terminó su trayectoria. Una vez, sorprendía a uno de los escribientes que estaban cerca de Mateo: noté por su mirada nerviosa que sospechaba que el texto narraba el final de la vida de Jesús, tantas veces anunciada y augurada desde los primeros evangelios incompletos. Los rumores al respecto ya habían sido muchos, algunos incluso habían dicho que murió de manera trágica, otros lo negaban y decían que reinaba eternamente pero nadie de nosotros lo sabía de manera categórica.

Cuando por fin le pude preguntar discretamente a Mateo si tendríamos novedades, me contestó que aquel copista no era del Orden, que incluso simpatizaba por la causa del Comando. Un acercamiento podría ser fatal o por lo menos imprudente, sería necesario mantener la paciencia.

En casa, mi familia indirectamente absorbía la idea. Empecé por mi esposa que ya había sufrido mucho a mi lado y que nunca se cansó de cuidarnos, desde los hijos hasta los ancianos y en una ocasión, mientras cuidaba a mi padre, febril e inquieto en su lecho, yo le toque las manos y la miré a los ojos.

—Te agradezco por todo lo que hacés por mi viejo. Dios un día habrá de retribuirte por todos los cuidados que tenés con nosotros —le dije sinceramente.

— ¿Te parece realmente? —preguntó con un hilo de fatigada esperanza.

—Lo que uno siembra, eso también cosechará, mi amor. Y tu siembra es amor y dedicación. Así que frutos de felicidad están madurando —le respondí acordándome de las palabras de Jesús.

Entablamos una charla muy amena mientras velábamos a mi padre en aquella sofocante noche de verano y mi esposa notó que el contenido de algunas frases más claramente estaba más allá de mis parcas posibilidades morales e intelectuales.

— ¿Cómo sabés esas cosas, mi amor? —me preguntó antes de acostarse.

Le conté un poco del Libro que estábamos intentando armar, de las proezas de Jesús. A cada noche le leía un trecho de mi copia personal, discutíamos nuestras impresiones y al escuchar su interpretación de las parábolas, descubría más encantos en el Profeta y en mi mujer. Nuestros días parecían más livianos aunque la gripe de mi viejo le hubiese contagiado a uno de los niños y que a mí me tocaba trabajar más en esos días más largos de verano.

Un atardecer ya con el sector casi vacío, un responsable se acercó con la Biblia en las manos, ojeándola, buscando el trecho preciso al ritmo de mi corazón, que pulsaba con vehemencia. En ningún momento alcé la mirada, consciente de que sus ojos no dejaban de analizarme.

Me indicó las páginas y empecé a trabajar con un poco más de parsimonia, intentaba ganar tiempo para grabar los pasajes en mi memoria, luchando para mantener un cierto aire de enfado y aburrimiento delante del vigilante juez. No podía creer lo que leía en silencio en un pasaje que transgredía lo indicado por el responsable. Por una razón que desconozco lo habían capturado a Jesús que arribó al Gólgota cargando su propia cruz, después de un calvario y sufrimientos terribles. Lo crucificaron delante de su madre y de una devota, entre dos ladrones, porque se decía hijo del Padre, de *nuestro* Padre, y al final, agotado en sus penas dijo hacia el cielo:

—“Padre, Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Mis manos temblaban mientras leía esos trechos prohibidos. Mis ojos casi se llenaban de lágrimas e intentaba evitarlo a toda costa. Disimulaba bostezos y la respiración profunda me calmaba un poco. Jamás olvidé sus momentos finales, expirando eterno y puro.

—“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Cuando la luz natural ya perdía fuerzas, el responsable se enderezó en la butaca, esperó hasta que yo terminase la copia y se fue sin mirar hacia atrás. Ya no había testigos en la sala. Mi cabeza daba vueltas y más vueltas, el camino hacia casa nunca me pareció tan largo y oscuro. ¿Cómo decirle a mi esposa que Él había fallecido de esa manera? ¿Dónde estaba el reino prometido? ¿Cómo contárselo a Mateo? Estaba desorientado, seguro que la noticia los defraudaría y les quitaría el ánimo a todos en la lucha contra el Comando.

Pensé que quizás los del Comando ya sospechaban del Orden y me pasaron un contenido falso para así contaminar a todos y dismantelar nuestra estructura. Había que ser prudente y por eso decidí callarme, algo en mí se negaba a creer en ese final trágico. ¿Sería el reino que describía una utopía? Si el que tenía todos los poderes no logró imponerse delante del “Comando” de aquel entonces, ¿cómo lo haríamos nosotros?

Ese pesar duró algunas semanas. Mantuve el silencio hasta que dentro de mí resolví que Jesús jamás murió, que el plan del Comando para combatir al Orden había fallado porque sentía interiormente que Jesús seguía existiendo. Estaba vivo dentro de nuestros pensamientos y eternizado cada noche por el Padre Nuestro que orábamos antes de acostarnos. Éramos felices así, a nuestra manera aunque a veces temía que los demás se enterasen de su vil muerte.

Viví en ese universo de altibajos en los siguientes meses hasta que Mateo me hizo saber que había unas actualizaciones que ya estaban disponibles en un determinado escondite en el camino hacia casa. Esperé hasta que todos estuviesen dormidos para leerlo junto a mi esposa, alumbrados por un restito de vela que quemaba vacilante sobre la mesa.

Mi corazón otra vez casi paró, era la confirmación de su muerte y ahora no había vuelta atrás, tampoco a mi mujer sería posible seguir engañándola. Pese a que ya sabía el trágico final, esperaba encontrar los motivos que lo llevaran a ese tenebroso destino. Pero lo que descubrí es que Él no había muerto, sino que después de tres días resucitó de entre los muertos y apareció a sus amigos discípulos por muchos días, hasta que ascendió a los cielos.

¡Así que seguía vivo! Era eterno y estaba sentado a la derecha de Dios. Realmente su reino no era de ese mundo. Fue cuando noté las lágrimas en los ojos de mi mujer, no eran de tristeza, más bien de alivio, de esperanza y de certezas.

—Es como un consuelo para tantas desgracias —me dijo con voz serena—. La vida no tiene fin, es la historia que busca completarse. Bienaventurados los mansos, los pacíficos, los perseguidos, los que tienen hambre y sed de justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

— ¿No habrá resucitado porque es el hijo del Padre? —le pregunté— Es especial y además fue un ejemplo vivo, tan distante de nuestras cualidades.

— ¿No te acordás? En verdad te digo: el que no renace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del espíritu es espíritu. No te maravilles porque te he dicho: es necesario nacer de nuevo.

Otra vez somos doce, y cada uno tiene su área de actuación, multiplicando palabras. La idea es mantener vivo el principio, tratar de vivirlo y sobretodo difundirlo, pese a la clandestinidad. No queremos ni el poder, ni la gloria, solamente una alternativa que nos ayude a comprender la vida, sus circunstancias y también la muerte. Las revoluciones pacíficas, los verdaderos cambios, principalmente los personales y anónimos, vinieron siempre del corazón en libertad desde donde brotan semillas de eternidad.

Las manos

*“La igualdad tal vez sea un derecho, pero no hay poder humano que alcance jamás a convertirla en hecho”
(Honore de Balzac)*

I

Cuando arribé a esa ciudad todavía era una niña. Al principio permanecí aislada de la gran mayoría de las chicas de la escuela, que muchas veces me miraban con sonrisas disimuladas. Mi soledad no fue total porque pasadas algunas semanas, Marta ingresó al colegio, una hondureña, cuyos trazos típicos evidenciaban su descendencia indígena, un fruto más del mestizaje latinoamericano.

Fue mi compañera por las primeras semanas y yo, un poco menos asustada que ella, buscaba distraerla mientras las demás niñas se reían de nosotras. Mamá lo advirtió desde el principio. Ella siempre me alentaba a no desanimarme, *«ya pasará mi hija, ya te aceptarán como a las demás»*, me decía con mucho cariño y me besaba en la mejilla. La piel de mamá siempre olía a frescura y llevaba un collar con la figura de San Francisco de Asís mientras me entregaba mi pan con mermelada de frutilla, mi preferida, y un jugo de limón.

Resulta que una mañana, a la hora del recreo, la niña que lideraba a las demás me llamó para decirme que por fin decidieron que, pese a mis características extranjeras, me aceptarían en su grupo, noticia que realmente me alegró y me alivió bastante. La única cuestión pendiente para ingresar al círculo de las niñas era un rito de admisión que se trataba de acercarme a Marta y volcar mi jugo de limón sobre su vestidito. Es una imagen que hasta hoy me persigue, una mezcla de sentimientos me sobresaltaron de una sola vez: las niñas desafiándome, mi tristeza apilada desde mi llegada por el hecho de que nadie me aceptara, *«igual Marta tendrá nuevas oportunidades»*. Mientras una voz cada vez más sorda y lejana me decía que no, el jugo, el vestido, las risas de todas, la mirada valiente de Marta, inalterada, reteniendo las lágrimas que luego le ayudarían a limpiarse en el solitario baño, las palmadas de las demás niñas a mis hombros felicitándome y mi falta de coraje de mirar hacia atrás, mi vergüenza y mi responsabilidad por un dolor ajeno.

Y no había otra, tenía que aprenderlo para no repetirlo jamás en esa selva moderna donde se mata o se muere, donde las miradas pueden ser flechas de curare, los silencios pueden estallar como gritos, las palabras pueden tener otro sentido y el mundo recrudece. Sentía que mi vida sería un eterno desafío a las convicciones y sentimientos,

que mi entorno siempre temblará y me azotará, porque así serán invariablemente los hombres y las circunstancias. No era pesimismo, sino viva e incansable realidad de un mundo que persistentemente me mantendría en jaque, tal como decían mamá y la abuela.

II

Siempre he sospechado de la intuición. Si para algunos es simplemente resultado de una matriz de conocimientos, algo captado de nuestro universo conocido, para mí, más por necesidad que por cualquier otro motivo, la intuición es una puerta que se abre hacia lo (des)conocido, algo metafísico o trascendental. No me refiero solamente a los ejemplos típicos, los que sobretodo le pasaban a tía Alberta: sus presagios, una voz interior que le ordenaba cambiar el camino a casa en una noche lluviosa o la idea repentina de llamarme a mí justamente cuando en mi apartamento empezaba a sentirme solo. Noté que algunas intuiciones muchas veces me conducían a pensamientos que no me pertenecían y que por conclusión lógica, eran pasadas por otras mentes: un ángel de la guarda o un demonio, de acuerdo con la naturaleza de cada concepto compartido.

Vienen disimuladamente, como una sucesión de ideas, un momento en el que inspirador y yo pensamos en una misma frecuencia por donde pasa la esencia de una idea. Se aprovechaban principalmente de la nada: del caminar sin rumbo desde la oficina hacia mi casa, las alternativas para llenar ese espacio, ese hueco, después que el trabajo ocupara mi tiempo, determinara mi rol y función en ese lapso de ocho, nueve o diez horas al día. Para que luego, junto a otros personajes de credencial, llenásemos el ascensor y nos desparramáramos sincrónicamente por puertas giratorias hacia el caudal anónimo de la calle.

Numerosas veces en el subte, cuando imaginaba la monotonía que me aguardaba en mi departamento, notaba sentimientos apilados en mi mente que básicamente me advertían que no estaba feliz y que un día necesitaría esclarecerme de verdad y poner a prueba mis verdaderos valores. El pensamiento siguiente me hacía entrar en el boliche de Don Pablo, me creía merecedor de una ginebra que, con el primer cigarrillo, suponía ser el inútil límite, que a fuerza de argumentos dudosos, resultaba en una noche en que todo otra vez fue demasiado. Al regresar caminando a casa andaba igualmente desenfocado como los rostros inadvertidos que veía de costado.

Ayer la situación inicial fue idéntica. El subte, el hueco, pensé en las alternativas y decidí volver a casa, ponerme las zapatillas y salir a correr por el parque. Necesitaba deshacerme de los excesos de la noche anterior, exigir a los músculos, al pulmón, al corazón. El objetivo inmediato de completar la vuelta entera por el parque como en los buenos tiempos, era una chance de olvidar. Porque todo pasaba a ser movimiento, respiración y una especie de añoranza, de súplica, para que el cansado cuerpo me regalase una noche de sueño pesado.

Hablo de esa manera porque estoy seguro de que por algún lugar andará el amor de mi vida y siento que es justamente esa la palanca determinante de mi existencia. El revulsivo que me sacará de la tibieza, de mis actitudes que reflejan la espera mientras los segundos se desvanecen en mis relojes de arena.

Más tarde, dormitando en el sofá con la tele encendida, vi de reojo un reportaje sobre algunas ciudades ancestrales cuyas calles y estilo arquitectónico me llamaban la atención. Algunas casi me eran familiares y me hacían recorrer medinas, plazas, fiestas, puertos y mientras transitaba las callejuelas, tenía la impresión de que recién doblaba la esquina, de que caminaba por calles paralelas a las mías, que entraba a los lugares justamente después que yo los dejaba, que se subía al colectivo una estación después de mi parada y que todo lo que quedaba era el eco de sus pasos que me decían: ¡estoy viva!

III

Abuela, como legítima matriarca de la familia, apreciaba su independencia, lo que le impedía vivir con nosotros en la casa amarilla situada a un par de cuadras de la suya. Creo que así lo decidió para poder fumar tranquila sin que mi madre la critique y le recuerde todo el discurso del Dr. Benítez. Me encargué de llevarle algunos víveres, ocasión que aprovechaba para sentarme a su lado, servirnos un café fresquito y mirar como el humo del café se mezclaba con el de los cigarrillos, ambas con sonrisa maliciosa, indudablemente imaginándonos la cara de mamá si lo supiera.

—Abuela, ayer tuve aquella misma sensación. Siento que alguien me piensa, me llama —le decía y me observaba desde la terraza donde se mecía en su silla de siempre.

—¿Y porque no lo llamaste? —indagó la anciana con un poco de bronca.

—¿Y cómo? —le devolví la pregunta mirando al polvo del café molido en el fondo de la taza.

—Con la mente, Elisa —me contestó mientras las fumarolas del cigarrillo dibujaban curiosas formas que luego se confundían con el color blanco de la pared—. Está igualmente perdido, necesita una referencia, que se abra una frecuencia —protestó como si lo absurdo fuese obvio.

Al terminar de regar las plantas noté que sus pies estaban un poco hinchados por la mala circulación, algo que un suave masaje siempre aliviaba. Buscaba tocarla a menudo, me parecía una cosa tan banalizada en los tiempos modernos, principalmente cuando se trata de gente con más edad, con la piel reseca y arrugada, de venas salientes y manchas que ellos mismos no saben cuando ni de donde vinieron. Seguramente que echaba de menos el tacto, el cariño, el calor. Al hacerlo parecía que uno le tocaba el corazón. Sentía mis manos hormigueando, calientes, casi no presionaba sus pies. La tocaba suavemente y notaba como poco a poco volvían a su forma original, como retomaba la circulación una vez desatados los nudos y después de media hora, finalicé como siempre me gustaba hacerlo, con un Ave María mientras sus ronquidos me indicaban que se sentía en el paraíso.

—Les agradezco mucho, mi hija —dijo abuela mientras yo sentía un escalofrío por mis espaldas. Miré hacia atrás sin ver a nadie y al encontrar nuevamente los ojos de la matriarca, me dijo:

—¿Viste? Estableciste una frecuencia, pero ya se fueron, mi hija...

Y de la misma manera que estaba segura de que alguien estaba conmigo, sabía que un día lo encontraría, y que no tardaría mucho. Pero no me imaginaba a Javier.

III

Elisa me cayó bien desde el primer momento en que la vi frente a mí en la cola para comprarse un café antes de las clases de la noche. Me miró un poco sorprendida cuándo le hablé sobre mi necesidad de uno puro y bien fuerte para soportar las clases de matemática financiera que me convencían cada vez más de que algo en el rumbo de mi vida iba mal, incluso el posgrado. Compartió conmigo quince minutos de los cuales me despedí con ganas de volverla a ver prontamente, inexplicablemente feliz, no estaba seguro que ella compartía esa sensación.

En realidad, no dejé de pensarla un solo momento desde aquel día y pese a que notaba que sí había algo de reciprocidad en las próximas veces que la encontré, igualmente notaba que algo se interponía entre nosotros. Pero cuando por fin nos miramos profundamente a los ojos durante interminables segundos, una plena e inevitable sonrisa delató mis sentimientos y noté que repentinamente tomó la decisión de irse.

— ¿Te estás yendo? —le pregunté sin comprender.

—Mejor así —me contestó escondiendo verdades.

— ¿Te molestó algo?

—Tu sonrisa.

— ¿Por qué?

—Es demasiada pura e inocente. No estás preparado.

IV

Tuve una noche de insomnio que solamente vencí un poco antes del amanecer. Era un sábado perfecto para invitar a tía Alberta para un cafecito en el barrio y hablar sobre asuntos del alma, tan infinitos como su propia inmortalidad.

—Pero mirá eso, Javiercito... ¿Hace cuanto tiempo no le das agua a esas plantas? Creo que no saben lo que es aire puro y sol hace semanas, ¡Dios mío! Dejáme ver tu cuarto, el baño, las cortinas, madre mía... —dijo adueñándose de la situación.

Pasadas dos horas el departamento estaba impecable, los muebles cambiaron de lugar («*las energías paradas, Javiercito...*»), la cama invitaba a una noche de reposo y el ambiente olía a mate y pedía para estirar las piernas sobre la vieja mesa ratona que tía Alberta descubrió abandonada en el balcón.

—Estás diferente, Javier —me dijo luego de observarme detenidamente—. No sé, lo noto.

Lo mejor era no discutirle, tía Alberta encontraba los nexos ocultos del destino, del alma, de otras vidas, y entonces me conducía con sus palabras hacia un mundo en el cual existía la felicidad, donde se curaban las heridas y donde mi corazón la extrañaba, «*estás perdido Javiercito, ya la sentís, late, vive*».

Pero también sentía que había otra cosa, una pesadumbre inexplicable, una tensión que se produjo cuando Elisa y yo charlábamos. Por momentos no había nada

más que su voz, sus ademanes, sus ideas y su mirada, tan infinita, mientras afuera presentía que se armaban cargadas nubes, fuertes vientos y pasaban personas grises.

Y le conté de nuestros silencios casi bochornosos que amenazaban su intimidad como un trueno que transformaba sonrisas anteriormente compartidas en tímidas murallas y distancias incomprendidas que nos despedían como amigos dudosos en la calle.

— Pero es obvio, Javierecito. No seas ingenuo. ¿En qué mundo vivís?

IV

—La pureza de un sentimiento es el mejor antídoto, mi nieta —protestaba abuela calmamente—. Lo que sentís es miedo.

Tenía razón, sentía miedo. Porque si en algún momento Marta me había perdonado lo del jugo en su vestido cuando era una niña, sabía que a Javier no lo perdonaría jamás. Temía que no lo soportara, que se le exigiera demasiado de su carácter, que viviera en un mundo de ingenuidad tan diferente a la realidad que sentía todos los días, algo que incontrolablemente registraba hasta en pequeños detalles.

—Pensaba siempre que sería mejor encontrar a alguien que haya pasado por lo mismo, así como lo hicieron vos y mamá. Sería más fácil.

—Para el verdadero amor no existen diferencias. En algún momento tendrás que jugártela.

Aunque todo todavía pasaba en el mundo de fantasía y sueño, decidí no oponerme más a mis verdaderos sentimientos. Lo quería de verdad, me lo decía el frío en el estómago y el corazón descompasado. Confiaba en el brillo de sus ojos, en la sonrisa pura cuando decidí aceptar su invitación para cenar la siguiente noche. Nuestro beso a la despedida ya era una entrega, mis labios nerviosos no le hablaban de cuerpo, sino del alma.

V

Entraron sonrientes, abrazados, mirando la disposición de las mesas.

—¿Qué te parece esa? —preguntó Javier, siempre caballero.

—Prefiero aquella otra, más al fondo, cerca de la ventana, ¿puede ser? —le contestó Elisa, más precavida.

Había que cruzar el restaurante completo que a ese horario todavía no estaba totalmente tomado. El rumor ambiente bajó un poco después de la entrada de la pareja que tenía la sensación que algo, o casi todo, pasaba a sus espaldas.

—Que cosa —le decía el señor a su septuagenaria mujer— pensé que no vería algo así en un local como ese.

—En otras épocas había ciertos límites y un poco más de respeto —contestaba, entre susurros indignados, su señora que había evitado la mirada.

Pasaron por el buffet donde una joven mujer, que se servía ensalada, paró su faena para observarlos discretamente, lo que le llamó la atención de su novio. Mientras ella pensaba que «*el tipo es atencioso y parecen felices*» su pareja, después de mirar atentamente las caderas de Elisa, le sonrió maliciosamente a Javier, convencido de que estaba con ella porque era buena en la cama.

Se acomodaron en la mesa elegida, al lado del ejecutivo que cenaba solitario leyendo *The Economist* y miraba disimuladamente por sobre el periódico. Intentaba escuchar parte de la conversación de ambos para saber si hablaban en lengua extranjera.

—Como puede haber gente tan ingenua —concluía después de algunos segundos—. Debe estar interesada en su plata—sentenció.

Los pensamientos de todos inconscientemente los fustigaban y Javier sintió por primera vez ese presentimiento que tienen los animales cuándo auguran algo en el aire, una tormenta, un terremoto, un depredador, sensaciones cuya manifestación física eran el sudor, un ligero dolor de cabeza y el oculto nerviosismo, más allá de su enamoramiento. Sobre la mesa, había un jarrito de flores frescas que a ambos les encantaba, justo al lado del cestito con pan. Nada sería como antes, nada sería como siempre. Se miraron a los ojos, el corazón de a saltos, las visiones y las búsquedas, tía Alberta y la abuela, los llamamientos y las dudas, el jugo que se volcaba y los huecos del boliche de Don Pablo, el perdón de Marta y la fe en el amor, todo desembocaba en el sinuoso río de hipocresía cuyo flotador asumía formas de manos: las de Javier, sudadas, firmes y calientes que se juntaban a las de Elisa, finas, delicadas y maravillosamente negras.

El sobre

*“Las enfermedades son palabras no dichas”
(Jacques Lacan)*

El doctor Rubén me estrechaba la mano con gravedad, me entregaba el sobre blanco con el resultado de los exámenes. Luego el tema de la calidad de vida y aquel pinchazo en el estómago que de alguna manera me hacía recordar a Susana, sutilmente disfrazada de lípidos, linfocitos y otras cositas más.

Alguna vez mis rencores me devorarían: quizás era lo que buscaba. Ahora tenía la comprobación de que nada estaba resuelto, un conjunto de sensaciones responsables por ese mareo emocional que me acompañaba en mi camino hacia casa. Ventaba de tal manera que el bullicio de la ciudad llegaba en ráfagas, inconstante, sobrepuesto y por fin se enmudecía mientras bajaba por la escalera mecánica del subte hacia las entrañas de la tierra, como si fuera en mi propia carne que albergaba fingidos olvidos.

Las puertas se abrieron y entré al vagón vacío sentándome al lado de la ventana, en la misma dirección del tren. Me angustia mirar en el sentido opuesto del movimiento, hacia el pasado. Al momento que se puso en marcha dudé si era mi vagón el que se movía o si era el del andén al lado: ilusión momentánea que arrastraría por túneles vertiginosos a mi contenida revuelta. Mis ganas de gritar mi impotencia, como aquella tarde con la pequeña Ana Clara tan febril, la escalera interminable de nuestra casa, del hipnótico rencor, atrapado por el tiempo en los oscuros corredores subterráneos. Hasta que el tren emergía a la superficie de sol que borraba los sentimientos que seguía sin comprender, ni apropiarse al arribar a la primera estación bajo el cielo azul.

Regresar al barrio me devolvió un poco de seguridad debido a la familiaridad de los caminos, los rostros y las costumbres. Como la cargada cantada del vasco Garay en el quiosco, portada deportiva en mano y principalmente las medialunas y el cortado de la Negra de interminables encantos y que poco caso hacía a mis galanteos. Disfrutaba del aroma del café con indirectos rayos de sol que me obligaban a cerrar los ojos y pensar en Ana Clara. Ayer mismo me habló de que planeaba con Fernando el nuevo itinerario de las siguientes vacaciones: sus dudas entre el mundo árabe o la aventura hindú, *«las dos me fascinan, papá»*, convencida de que una mezquita, un nuevo aroma, una costumbre ancestral o una impávida montaña le abrirían más puertas, puntos de vista y conocimientos que el insípido diván al que ya había renunciado.

Me imaginaba a Ana Clara ingresando curiosa y respetuosamente (¡tan típicamente de ella!) en algún templo hindú, sus búsquedas, las respuestas que databan

de milenios, el alma que sobrevinía al cuerpo (otra vez la muerte, ¿o sería la vida?). Y de repente me observaba a mí, siempre tan pasible, sentado meditabundo en la última mesita en la vereda, un sobre blanco a mi lado cuyo contenido verdadero indicaba que mis pensamientos probablemente me estaban suicidando.

—Decíme que sabés del alma, Negra —le insté desde el pasado, regresando con la pequeñita y febril Ana Clara antes de lo previsto, el auto del compadre Irineo estacionado en frente a nuestra casa azul, la falda y el sostén tirados sobre la alfombra al lado de los zapatos del Compadre, la sombría e interminable escalera y los jadeos en el fondo del pasillo que me revolvían el estómago, tapándole los ojos a Ana Clara turbada, mientras los míos me azotaban el alma, Susana y su imborrable mirada lasciva, su inolvidable deleite en nuestra cama matrimonial.

—Lo mismo que sé de la eternidad —me contestó la Negra y sus palabras hacían eco en aquella casa vacía de quince años atrás, persianas cerradas, muebles cubiertos con sábanas amarillentas, el cartel «se vende», las albas paredes inmundas que encarcelaban mi rencor, mis tiempos, casi una existencia.

Para mí la memoria es un hueco del tiempo, una agazapada dimensión paralela, «¿En qué pensás, papá?» me preguntaba Ana Clara tan cansada que se despertó aquella tarde en el auto sin notar nada. Mi mirada ausente, la bola nacía como una protesta en mi estómago, alimentada por mi dolor que desde entonces dejé a cargo del tiempo, de sus muertes, sus desilusiones y de mis respuestas que nunca fueron.

Noté que desde el inicio necesitaba ser víctima, quizás porque era mi primera opción y no le encontraba otra salida. Después por la costumbre hasta constatarlo científicamente en un sobre que solamente encubría cobardías. Otra vez estaba seguro de que mi bola en el estómago nació allí, en mi psique, en mi alma.

—¿Cómo puedo salir con un hombre que no aprendió a perdonar? — ya me lo había dicho la Negra al rehusar otro sincero intento de mi parte de hacerla entender que detrás de cierta melancolía existía un sentimiento vivo.

Pero los recuerdos siempre venían, principalmente de noche en la zona entre el sueño y la vigilia. Estaban ahí como el sobre blanco. Yo alimentaba resentimientos inútiles, la imposibilidad de olvidar, de perdonar o a lo mejor de liberarme de mi sombra, de Susana, tan víctima como yo, infeliz a mi lado en un mundo tan lejano de sus sueños, ofreciéndose desvestida en un camino que simplemente no pudo ser.

Yo al doctor Rubén y a la medicina le tengo plena confianza. Me van a abrir, extirpar lo que no sirve, atar lo que queda y listo. Pero eso no bastaría, tendría que hacer

exactamente lo mismo con mi mente y esa noche, al regresar como siempre con mis demonios hacia aquella escalera y escuchar los jadeos, arranqué mis oídos, y cuando estaba delante de Susana y del Compadre, arranqué mis ojos y los eché todos ya sin vida a sus pies, para que no fuesen motivo de mi caída, para por fin bajar las definitivas escaleras, palpando sus paredes inmundas, buscando la salida en la silenciosa oscuridad.

De repente la sentí, era el calor de su mirada, la Negra que me rescataba de la pesadilla. Estiré mis brazos para intentar tocarla, para confirmarla, no sé cómo me encontró acá, en la otra dimensión, cómo entró infinita en el mundo de persianas cerradas y mantas amarillentas, donde el tiempo era otro y desde dónde solamente el amor podría abrir la puerta de salida.

—Gracias por ayer...—le dije por la mañana, repleto de certidumbres y ella se hizo la desentendida.

—No sé de qué hablás, Pablo —contestó sin poder entender mi sonrisa, desprevenida.

—Mis ojos te lo dirán siempre. Ya no me digas más que no...

Azul

*“En aquel día hacia un azul tan límpido, Dios mío,
que yo me sentía perdonado para siempre.
Ni siquiera sé de qué.”
(Mario Quintana)*

De hecho el día amaneció otra vez con el cielo despejado, tan patrio como la bandera. No hay como borrar el rostro de Quique de mi mente. Todavía no he encontrado respuestas, a lo mejor por interminables, esas que generan siempre nuevas preguntas y que me hacen dudar de todo, la pena y el hueco dibujado por el sol en ese cielo de fotografía. La distancia entre los ideales y la realidad son una cruz en mi vida que se desarrolla de la misma manera que la hoja blanca en mi Olivetti, ya con algunas manchas sangrientas resultados de la imprudencia, inevitablemente con mis propias impresiones dactilares, no hay cómo esquivarse.

A mis cuarenta y seis años cuento con prestigio creciente en el escenario político. Cultivo buenas relaciones sin que eso influya en mi imparcialidad, aunque andá saber por dónde camina mi inconsciente... En mi columna del diario expresaba mis puntos de vista con contundencia y consistencia basándome en un planteamiento, de cuño social, que me protegía y me daba cierta libertad: un escudo frente a los ataques políticos. Cuando me promovieron y me dieron más amplitud en el diario pasé a contar con un ayudante, un tipógrafo llamado Enrique, personaje que se coló en mi rutina porque se interesaba mucho por los reportajes y después de un tiempo pasaba a interpelarme en los pasillos de la imprenta. Al comienzo me preguntaba si estaba conforme con su labor, luego me discutía el contenido político de los reportajes con una intensidad que me pareció casi desaforada. Sin embargo, quizás porque tenía ese perceptible sello invisible de destino trágico, lo que era una incómoda persistencia se convirtió, a lo largo de unos meses y muchos coñacs y ginebras, en principios de amistad. Pasado un año, cuándo me enseñó el certificado de fotógrafo logrado con mucho esfuerzo e hinchándome las pelotas («andá Rubén, una palabrita tuya junto al jefe y ya está...»), no tuve otra alternativa que subirlo de categoría y pasó a acompañarme en mis reportajes, además de preparar los textos para la imprenta.

La cosa se puso más aguda cuando un día fui hablar con el secretario de transportes. El clima hervía debido a los planes de expandir la red de ferrocarriles en el país. Había debates acalorados entre los partidos que aumentaban la tensión. A

diferencia de lo habitual, fui recibido de manera distante por el secretario, quien me dejó plantado debido a otra cita supuestamente más importante.

—Lo siento por el inconveniente Sr. Rubén. Hágame el favor de volver mañana por la tarde, hasta luego —dijo intentando disfrazar su sutil nerviosismo.

Transitamos entonces por el departamento de planificación donde los ingenieros, bajo la condición de anonimato, a veces hablan por los codos y así colectamos datos sobre la ruta planeada del nuevo ferrocarril que debería cruzar el país. Por los fondos del ministerio advertimos al líder de la oposición cruzando el pasillo y antes que me diese cuenta, Quique subía las escaleras a una distancia segura, siguiendo los pasos del sorprendente visitante que entraba al despacho del secretario.

Pasada una semana, le pasé a mi ayudante el texto que preparé respeto del plan de expansión de los ferrocarriles que cuestionaba de manera sobria y firme las prioridades del gobierno. Al otro día, como siempre solía hacer cuando un reportaje mío salía en el diario, me compré el periódico en el quiosco de la esquina de mi casa, caminé con parsimonia hasta el café del tano Conte, encendí un faso y tras leer los titulares y editoriales, busqué mi propio artículo. Lo hago porque mis textos siempre me parecen diferentes una vez publicados, como si el tiempo y la distancia pudiesen cambiar las palabras y el sentido de las líneas cuando se encuentran irremediabilmente impresas, atadas a la efímera eternidad como aquel inolvidable cielo azul. Solía fijarme en sutilezas, en el estilo y forma, en pequeños detalles. Sin embargo, lo que vi me hizo hervir la sangre y si es verdad que los pensamientos llegan antes que cualquier otra forma de energía, estoy seguro que Quique habrá sentido náuseas al instante que leía incrédulamente que «el gobierno prefería invertir en una obra que unía la nada con ninguna parte en lugar de buscar soluciones más urgentes para el pueblo, como la ampliación del hospital nacional y las necesidades de saneamiento. Para colmo, ese planeamiento cuenta con la impávida connivencia de la oposición que disfraza sus ocultos intereses bajo un simulacro de inflamados debates públicos».

La suerte del pibe, que cada vez más se enredaba a su destino, fue que mientras me arremangaba la camisa para ejecutar con un golpe seco lo que ese inconsecuente mocoso se merecía, mi jefe me interpeló en el pasillo del diario para felicitar me por el brillante editorial, «por fin alguien con huevos que alzaba su voz», explicándome que la acogida fue muy positiva, de gran repercusión, aunque le sorprendiese un poco que lo hiciera yo, más bien conocido por mi tibieza y por nunca evidenciar mi tendencia.

—Seguirás de cerca ese proyecto, contá con todo lo que necesites de nuestra parte Rubén y seguí por esa línea: picante y directo —determinó mi jefe acompañado por algunas palmadas en los hombros.

A Quique, que se esfumó por un par de días, lo volví a encontrar cuando me abordó en el estacionamiento del diario, a una distancia que él consideraba segura.

—Lo siento Rubén. Aunque te parezca irónico, jamás lo haría si no estuviese seguro de que en el fondo pensás igual —me dijo el caradura, malparido.

No tuve otro remedio que relevar, el circo ya estaba armado y las expectativas puestas. Decir la verdad sería exponerme al ridículo. Sería una verdadera debacle revelar que después de años en el diario, el tan anhelado protagonismo lo debía en realidad a un acto temerario de un tipógrafo que se creyó un prócer del periodismo de investigación. Tardó un poco en volver a hablarme más de cerca y me miró desconfiado cuándo le enseñé el boceto del siguiente editorial.

—Es un robo sin fin —me dijo mirándome a los ojos al terminar de leerlo—. Es nuestra plata la que esos desgraciados se meten en los bolsillos. Tenés que decirlo con todas las letras.

—No me vengas con quijotismos estúpidos, chabón. Si pensás que el idealismo te protege de algo, estás equivocado. ¿Qué sabés vos de todo eso? ¿Por si acaso estás al corriente de que unos cuantos han desaparecido por mucho menos?

—Pero es que a vos no te pueden tocar, ya se armó una repercusión tremenda que los tiene atados.

—¿Te parece, nene? ¿Que una repercusión es más que unas cuantas coimas, unos arreglos y unos pares de botas a punto de derrumbar la puerta de mi departamento? ¿Vos sabés lo que pasa en aquellos sótanos, mocoso?

—Pero Rubén ¿estás conforme con el presente? Yo sé que estás hartado de todo eso, conozco a los de tu índole. Alguien tiene que decir la verdad, ¿no te parece?

—La verdad la tendré que revelar a los milicos cuando me arresten y cuando les confiese que vos sos el detonante de la historia. Te aseguro que no me lo van a comprar. Créeme pibe, estoy solo porque vos me metiste en eso.

Decidimos revisar el artículo en mi Olivetti. Las teclas brillaban por mis dedos que temblaban sudorosos. Entraba en un camino sin vuelta, una corriente indomable y no sé ciertamente porqué lo hacía. No era mi amor por la patria ni por una justicia utópica, mucho menos mi predisposición de ser héroe de una causa sin dignos representantes. A lo mejor lo hacía por ausencia, por hueco, por la soledad que despierta

el mártir, sin orgullo ni vanidad, por las veredas peligrosas de la noche. Siempre estuve solo, ahí está la noche y mi departamento que lo confirman: un cepillo de dientes, una cama de soltero, la cafetera italiana individual, el buzón vacío, clavado en el centro de la ciudad a algunas cuadras de todo, de la muchedumbre que me hace olvidar de mi aislamiento, que me hace mover por las calles de mil pasos, que me da la sensación de lo colectivo que por alguna razón no tiene voz. Se callan porque sus lares son tan distintos, retumba el griterío de niños, las necesidades de familiares y el amor de camas calientes que apaciguan el espíritu y los hacen frenar. Hace mucho que mis noches son de plena oscuridad, nostalgia de lo que no fue. Vivo sentado estático delante de la ventana en el tercer piso, marco de mis negras noches cortadas por la brasa de otro faso y por la luz de la iluminación callejera bajo mi parapeto, poblando mi cuarto con sombras indiscretas.

Se notaba que el país políticamente estaba cerca del punto de ebullición y que reventaría por alguna parte débil, un volcán por el cual pudiese correr toda la lava de suciedad, de acusaciones y de ejecuciones. El debate sobre los ferrocarriles se mostró ideal, así que en las siguientes semanas hubo de todo: sobres anónimos con documentos confidenciales: los vidrios de mi auto quebrados: llamadas amenazantes no identificadas y algunas repercusiones pero la verdad es que mis artículos no tenían jamás el apelo para movilizar a la gente que se aglomeraba tímidamente para los primeros piquetes cerca de la casa de gobierno. Había otras fuerzas, ocultas, en los bastidores y el júbilo de mi jefe con sus palmadas en el hombro más bien me daban la sensación de que me impulsaban hacia el matadero.

—Parecés ausente, Quique —le comenté mientras lo observaba armando su trípode en el balcón de la Plaza Central, buscando el mejor ángulo de la manifestación en la plataforma armada para los inflamados y revoltosos discursos.

—Es que a veces me pregunto sobre qué vale realmente la pena escribir, Rubén —me confidenció—. ¿Te parece que algo cambiará? Cada vez descubrimos más cosas, más involucrados y eso me desinfla, me siento desalentado, miro a esa pequeña multitud que se reúne abajo y temo que serán engañados otra vez, como siempre, tal como nosotros, ¿o no te parece que de una forma u otra somos marionetas?

Sospechábamos lo mismo, no controlábamos nada, nunca lo hicimos. La situación ya estaba armada y el sistema había decidido que llegaba la hora de estallar, había elegido a un mediocre periodista como soldado raso de la primera hilera mientras todo estaba orquestado para alcanzar otros objetivos para los cuales contribuía con mi

ingenuidad, haciéndome rehén de mis pasos. Mis manos de títere escribían y las consecuencias de mis frases las dictaban ellos, moviendo sus hilos, mi vida.

Lo que pasó entonces únicamente lo puedo imaginar, su mirada por el visor de la cámara, del otro lado el brillo del metal y el codo izquierdo apoyado sobre la cornisa, un segundo paralelo. Por la lente de la cámara Quique sabía que el blanco era yo. El asesino se sintió observado. Un calmo movimiento unió los caños de la pistola al objetiva de la cámara, el destino en su recta inevitable. Agónico en mis brazos, se sintió sorprendido por comprender que su hora llegaba de forma tan banal, testigo involuntario del balazo mortal, revelación final.

La foto del asesino la distribuí entre algunos periodistas conocidos y mi jefe. Estoy seguro de que de alguna forma llegará a los ejecutores, protegiéndome con la vida de Quique de su mismo destino desprevenido. Por el marco estático de mi ventana del tercer piso me di cuenta de que recién amanecía y que la botella del whisky estaba en su tercio final. No me acuerdo de haber bajado por la escalera, tampoco como llegué al quiosco para comprar el diario, me llevaba el sopor, la indiferencia, la insensatez.

En el café del tano Conte sabía que no habría adulteraciones en mi artículo. No sé si seguiré, si tendrá sentido un grito o un silencio. Quizás renaceríamos en una nueva hoja en blanco. En la contratapa, bajo el titular de “Una ilusión” no había una sola palabra o acusación, sino su última acción agonizante, caído, la eternidad azul celeste encuadrada, el cielo porteño de la última fotografía.

Norma y yo

*“Siempre hay algo de locura en el amor;
pero también siempre hay algo de razón en la locura.”
(Friedrich Nietzsche)*

Hermes

I

No afirmo que casarse hoy en día es un disparate o un derroche, pero en un mundo tan variado y moderno suele ser un anticlímax de rutinarias conveniencias intelectuales, sociales y también sexuales. Lo comentábamos siempre en las épocas de universitarios, cuando las oportunidades de vivir intensamente eran muchas y donde la noches se iniciaban a dos cuabras de la Facultad de Odontología en el boliche “La Catedral” con el tano Marino, el negro Alonso y con el gringo Tomás, calentándonos entre risas y miradas de águila que rastreaban el ambiente en busca de posibles blancos. A esos tiempos los echo de menos pero lamentablemente las personas cambian, pierden su fidelidad hacia lo que eran. Una volatilidad que no es parte de mi carácter.

El alejamiento se dio naturalmente con el tiempo, principalmente después de los respectivos matrimonios que claramente afectaron, o al menos restringieron, convicciones y libertades que antes eran nuestros estandartes de vida. Pese a que vociferaban que nada cambiaría, los síntomas fueron clásicos: poco a poco eran menos asiduos en el fulbito, se quedaban menos tiempo para los asados, las cantidades de cervezas eran contadas y el auto los conducía directamente a sus plácidos hogares.

Pasada más de una década de encuentros fortuitos, encontré al gringo Tomás en las cercanías del Nuevo Gasómetro de Bajo Flores en una tarde de exhibición del Ciclón. Estaba solo en un boliche chico, tomándome una Quilmes en la vereda, observando a la hinchada, cuando lo vi entrar de la mano de un mocoso de unos siete años que necesitaba urgentemente ir al baño. Al principio vacilé un poco y lo observé sin que me notara, pero al ver que junto con las facturas también pedía dos gaseosas, no pude resistir.

—Pará che, las gaseosas son una de las principales causas para el daño o pérdida de dientes —lo abordé con mi cerveza en la mano.

—¿Hermes? —me reconoció de inmediato— Pero si no cambiaste nada, el viejo galán de siempre.

Nos besamos y nos abrazamos. Sinceramente no podía decir lo mismo del Gringo y su pancita sobresaliente, su aspecto un poco cansado y con su famosa melena ahora bien acotada y acomodada. Decidí no comentar nada.

—Ese es Carlitos, mi hijo mayor, por supuesto hincha del Ciclón. Tuve que empezar desde chico y garantizar su futuro, principalmente porque mi mujer es fana de River. A ver Carlitos, cantá la del sentimiento.

— Y por eso te sigo a do-donde sea, yo soy cuervo hasta que me mu-muera, dale Sanlore, dale Sanlore...—tartamudeaba el pibe totalmente fuera de ritmo, mordiéndose la pajita mientras que al Gringo casi se le llenaban los ojos de lágrimas.

Lo invité a compartir una cerveza pero rechazó la oferta porque no quería llegar tarde debido al pibe y la creciente muchedumbre rumbo a la cancha. Estábamos en plateas diferentes y tampoco quedamos para después del partido porque él había prometido regresar prontamente a la casa de los suegros donde lo esperaría su mujer con la otra nena. Sus negativas produjeron un hiato de silencio un poco incómodo, de miradas bajas, solamente salvado por jirones del pasado.

—¿Vos sabés algo del tano Marino y del negro Alonso?

—No, Hermes, hace mucho que no los veo. Sé que tienen sus consultorios privados y que siguen en Buenos Aires.

—Bueno, hoy con Internet no debe ser difícil ubicarlos. ¿Qué te parece si los contacto y nos reunimos en “La Catedral”, como en los viejos tiempos? —le propuse y por cierto tiempo compartimos la misma nostalgia. El suficiente para un abrazo efusivo a la despedida, lo que cortaba el torpe y tibio ambiente que se había instalado.

Sin embargo, el encuentro me persiguió durante el partido, quizás debido a la tarde poco creativa de San Lorenzo, pero principalmente porque de alguna manera me cayó mal. Esperaba un poco más de consideración, al fin y al cabo compartimos años en la universidad, fuimos cómplices de varias situaciones, hemos viajado juntos en algunas vacaciones, nos recibimos de odontólogos en la misma época y ahora, pasados los años, mi compañía no valía más que treinta minutos de espera de su mujer. Pollerudo, una lástima...De eso hablo cuando me refiero a los matrimonios y a la fidelidad hacia ciertos valores. Yo no me vendo así de fácil, no negocio libertades, de la misma manera que el Ciclón no negocia su forma de jugar, el toco y me voy, de poner huevos mientras la hinchada alienta, el hambre de gloria y la mística copera, pura solidez emocional.

—¡Sacála de un pelotazo que eso es cosa seria, viejo! ¿Te ponen multa si corrés?
—gritaba consumiéndome las últimas uñas— ¡Sos más lento que “*Only you*”!

Mientras más me acordaba del gringo Tomás, más ganas tenía de alentar, de mostrar que eso sí que era sentimiento, intensidad y recordarle que a la salida podría hacer lo que me diese la gana, a lo mejor confraternizarme con desconocidos o quizás llamar a Érica o a Isabel para ver qué pasa, estar metido en ese torbellino que son las emociones, que es el presente.

«Un poco diferente al destino del Gringo», me regocijaba al imaginarme su mundo que en los últimos años seguramente se redujo a pañales, charlas comedidas con los suegros, compras de papillas, (según Tomás, buena fuente de vitaminas, minerales, energía y fibra), además de tratar de satisfacerle los caprichos a su mujer que con dos hijos chicos debe andar con un humor agrio y el sex appeal de un helecho, más aburrido que chupar un clavo, decime un poco. Y por eso, por esa contradicción de nuestra juventud, no fue capaz de compartir una birra conmigo, haceme el favor.

—¡A presionar arriba pibe que yo a tu edad me los comía vivos! ¡Todavía no sé si sos zurdo o diestro! «Vengo del barrio de Boedo, barrio de murga y carnaval, te juro que en los malos momentos, siempre te voy a acompañar. Dale dale Matador, dale dale Matador, dale dale dale Matadooooor».

Pero la pelota no entraba y poco a poco sospechaba que el encuentro con el Gringo podría ser un mal presagio, el fútbol vive de cábalas y supersticiones (no sé cómo, pero estoy seguro que influyen). Metimos una en el palo, intentábamos hacernos dueños de la media cancha pero sentía que éramos vulnerables, Independiente jugaba especulando a la contra y se acercaba peligrosamente al arco. Cuando atacábamos me animaba, crecía delante de la imagen del gringo Tomás y le decía «acá hay equipo, hay estilo» y al instante que el delantero la pifiaba, yo lo buscaba al Gringo en la platea norte, esos hinchas turistas jamás traían buena fortuna.

Nuestras gambetas me daban la razón mientras los fallos le señalaban al Gringo porque el mundo era así: había los fieles y los vendidos, los desafiadores y los acomodados, los amigos de verdad y los que valen menos que una Quilmes helada. Mi temor se concretó, sabía que en algún momento iba a pasar: el centro fue venenoso, el arquero dudaba si salía o no, la defensa parada. Por la manera como se preparaba para saltar el delantero rival preví la jugada: cabezazo, sin perdón, a contrapié.

—¡Andáte Gringo que te están esperando en casa y lleváte el mocosito hinchado de River, la puta que lo parió! —grité, pero nada volvió a su lugar.

No hubo celebración con anónimos, Érica me explicaba que se hacía tarde y que mañana le tocaba despertarse temprano, Isabel me decía que en ese momento no podía contestar y que le dejara un mensaje después del tono. Estaba sin voz, me pesaban las piernas, me comí unas empanadas frías a la vuelta de mi casa y me imaginaba que Tomás a esa hora disfrutaría de momentos de paz con su mujer, con los hijos limpios soñando en la cama, a lo mejor comiendo algo caliente y casero para luego compartir una sábana y el calor, malditos contragolpes.

II

Todas las charlas al teléfono fueron bastante cortas, quizás debido al factor sorpresa después de muchos años sin hablarnos. El negro Alonso aceptó sin demoras, habló sobre lo bueno que sería reunirnos otra vez y que la primera ronda de cerveza sería por su cuenta, —buena onda—. Quedamos en un encuentro dentro de dos semanas porque me parecía que debido a la delicada relación matrimonial, el gringo Tomás necesitaría de tiempo para organizarse, pedirle permiso a su mujer y pensando en eso decidí respetarlo, al fin y al cabo siempre he sido flexible para el bien común de otros.

Al tano Marino “La Catedral” no le pareció un lugar adecuado, dejó en el aire algo de que ese tiempo ya había pasado y que mejor sería ir a un lugar un poco más tranquilo, pero no le di muchas opciones al afirmar que los demás ya habían confirmado. No sé, pero me dio la sensación de que nuestras costumbres universitarias ahora eran la negación de su presente, —falso profeta—.

En la semana previa al encuentro en La Catedral sentí cierta inquietud íntima, parecía que una especie de hora de la verdad se acercaba porque era sabido que habría comparaciones, natural entre amigos de la misma edad que no se ven hace mucho. Soy muy observador. Algunos *detalles* son tan importantes como un firme apretón de manos o la primera mirada a los ojos. Pero algunos, más sutiles, muestran la personalidad de la persona. Un hombre que elije un buen cinturón que combine con un buen par de zapatos y si es el caso con una corbata acorde, demuestra ganas de posicionarse sin palabras. Los relojes son otra mina de información. Un Rolex es un buen ejemplo: por supuesto que su mensaje inicial es «tengo plata», pero no basta lucirlo en la muñeca. El verdadero secreto de llevar un Rolex es justamente no ostentarlo, de esa manera es una prolongación del carácter, varonil, decidido, atemporal. Los que conocen relojes lo identificarán pero no te dirán nada, se trata de un goce solitario, egoísta e íntimo.

El encuentro coincidía con algún programa para el que Érica insistía en llevarme («andá mi viejito lindo, van a estar los demás de la facu») y al que tuve que renunciar. Quizás era para bailar esas músicas electrónicas que seguían zumbando en mis oídos por horas, reunirse con sus amigos para discutir sobre profesores, vacaciones en un camping en la playa, entre otros temas transcendentales a los cuales me hacía el sordo y prefería no sacar conclusiones.

En esos momentos me aferraba al recuerdo de la fogosidad de Érica, su piel joven y dulce para hacer que las horas pasen rápidas. Nuestra relación sufría algunos baches, aunque no estaba seguro de que Érica se hubiera dado cuenta. Era algo raro, dividido en dos fases y la última noche en la discoteca con sus amigos fue un ejemplo perfecto. No podía afirmar que me haya divertido, aunque siempre me han encantado las noches movidas. Entiendo que a su edad todos quieren explorar sentimientos incomprensidos, piensan que cuanto más alto cantan o gritan, más se afirman. Pero confieso que me sentía desubicado (por mi culpa, eso ya lo sé) como por ejemplo cuando le comenté a uno de sus amigos que el estribillo en inglés («I'm hungry for cheese like hungry, hungry Hippo») del rap que repetía a todo pulmón y a plena emoción en verdad hablaba de un mamífero artiodáctilo con locas ganas por un alimento de leche cuajada, me abrazó feliz y a saltitos gritaba «yeah yeah, *papito*» que suponía ser mi apodo entre ellos. Pero a todo eso aguanté porque en algún lugar estaba la recompensa, que ya se iniciaba en la misma discoteca donde muchos hombres admiraban a Érica, mi trofeo, y más mujeres aún me tiraban piropos y miradas insinuantes, seguramente convencidas que yo por alguna razón daba la talla.

Luego seguía disfrutando del premio en casa, al ver su espectacular cuerpo bajo la ducha, su frescor y sus curvas, su ansiedad juvenil bajo mi control. Por fin, casi instantáneamente con el final del placer mayor, se iniciaba la segunda fase, cuando sudoroso me acostaba con el corazón todavía descompasado y antes que Érica me dijese que yo seguía en plena forma con el «pese a tu edad» sobreentendido, un vacío melancólico me dominaba. Era como si después de la satisfacción carnal no quedase nada más que un hueco silencioso en el alma (¿qué digo?), oscuro y principalmente sin sentido y, a falta de entendimientos o respuestas, todo lo que me quedaba era la repetición de preguntas tan básicas que me causaban frustrado desánimo, rehén de mi mismo: ¿qué hago yo acá?

Fui el último en llegar a La Catedral. Creo que la impuntualidad es una característica más asidua entre los solteros porque no tienen quien los espere. Reconocerlos fue de lo más fácil porque eran los únicos “maduros” de aquel lugar que antes era la extensión de la Facultad. La recepción fue calurosa entre abrazos, besos, palmadas en los hombros, cachetes y panzas que culminaban con algunas gastadas tradicionales.

—¿Alguien vio a Don Fernando? —les pregunté haciendo referencia al dueño del boliche.

—Falleció —me contestó el negro Alonso—. Tampoco están los meseros de nuestra época que aparentemente no se adaptaron a las exigencias de los nuevos dueños.

Realmente el bar había cambiado bastante: en lugar del ambiente sencillo y rústico que creaba entre nosotros una atmósfera familiar, la nueva decoración primaban colores fuertes y pinturas abstractas al envés de los ladrillos a la vista y los retratos tan variados como la memoria y anécdotas de Don Fernando que incluían desde Piazzolla, pasando por los referentes históricos de River Plate como Ángel Amadeo Labruna y Enrique Sívori, el dramaturgo Roberto Arlt, el Intocable Nicolino Locche que reinaba en las noches de boxeo del Luna Park, sin contar la imagen de la Virgen de Luján, todos testigos de tantas charlas entre buenos tragos y humo de cigarrillo, parcamente alumbrados por las lámparas de metal esmaltado que en aquella época ya eran *vintage*.

—¿Croquetas de jamón crudo y ají morrón, muchachos? —les pregunté con agua en la boca.

—Che, estás parado en el tiempo —me alertó el tano Marino—. Ahora tenés que pedir el menú, de ahí podrás elegir entre algunas opciones contemporáneas, bien balanceadas. Por lo que ha comentado el negro Alonso, bastante observador, las porciones parecen chicas.

—Pero son lindas —agregó el gringo Tomás—. Los japoneses dicen que comemos con los ojos.

—Gringo, te cuento que mis ojos vieron que a tres cuadras de acá hay una parilla que parece buena —lanzó el negro Alonso, ávido por una aprobación que no tardó en llegar.

Y así, ni bien pasaron veinte minutos, salimos en fila india dejando detrás nuestro templo pretérito y mientras los demás pensaban en una cena decente, yo me esquivaba los destrozos del pasado que ya no se encontraba en ningún lugar: mucho

menos en las paredes estériles de La Catedral, ni en la música lounge que tocaba de fondo, tampoco en las miradas examinadoras de las conchetas que se parecían un poco a Érica.

—Hasta luego, vuelvan siempre —me dijo el mesero antes que la puerta se cerrara a mis espaldas.

Permanecí parado, en silencio, porque no sabía cómo decirle que no había como volver a algo que solamente existía en mi imaginación.

—Che, Hermes, ¿no venís? Si te quedás parado morirás sentado...—me retaba el negro Alonso, muerto de hambre.

IV

Ni bien llegamos a la parrilla los demás sacaron los celulares de los bolsillos y así se dio por iniciada la sesión «fotos de familia» a la cual no hay mucho que agregar para no correr riesgo de ser aburrido. Bastan algunas frases que creo pintan muy bien el ambiente: ¿cuántos años tienen?, ¿piensan en tener otros?, el sarampión es bien jodido, está nerviosa porque va a ingresar al colegio, han cambiado nuestras vidas, son toda una alegría, yo después que he sido padre pienso mejor en mis actitudes, hay que dar el ejemplo y otras citas del género que me dejaban con el pensamiento ausente.

—Che, ¿no tenés nada para mostrarnos? —preguntaba Marino intentando integrarme.

Busqué en las galerías de fotos algunas en las cuales estaba con Érica en un balneario conocido, otras donde cenábamos y por fin una serie en la cual Érica posaba junto a llamas, patitos, ovejas y demás animalitos que tanto le gustaban porque la hacían recordar su infancia sin embargo ahora parecían absurdamente patéticas.

—Es muy linda, viejo lobo —comentaba el Gringo.

—Con todo respeto, que cuerpazo papito —se sinceró el negro Alonso.

—Pero, ¿cuántos años tiene, Hermes? —me preguntaba el tano Marino.

—Veintiuno o veintidós, no lo sé.

—¿Y de qué hablan? —volvió a cuestionar un poco sorprendido.

—Che Tano, con un bomboncito así no hace falta hablar, decime un poco —aseguraba el Negro entre carcajadas a las cuales me junté por repentino cansancio y con esperanzas de que la gastada me ahorrara la respuesta.

Todo resultaba tan diferente de lo imaginado. Estaba seguro de que el encuentro me daría la razón en muchas cosas de mi manera de vivir. Sin embargo, sentí cierto bochorno y desazón en todo lo que sostenía mi parte emocional y sentimental. Sé que se fijaban en los aspectos exteriores, que podrían envidiarme por el cuerpo de Érica, pero todas las fotos (seguramente publicadas en su cuenta de Facebook) demostraban por las poses lo hueco que era todo: en las de la playa se veía cómo presumía de sus curvas: En las de la cena se notaba el deslumbramiento en sus ojos, seguramente debido a la elegancia del lugar, en las de los animalitos se observaba lo infantil que era y la total falta de afinidad que nos unía. En ningún momento alguien comentó: parecen felices o cómo combinan, así como lo hicieron con la foto del negro Alonso con su panza, abrazado a su mujer con respetables ojeras y con un bebé en pañales en sus brazos demostraba todo eso, que había sentimiento, que había futuro, que había complicidad.

—No, Negro, lo digo en serio. Una cosa era hablar con las chicas cuando nosotros teníamos veinte y pico, otra cosa es hacerlo con la madurez de hoy. No sé, pero me parece que las necesidades y las urgencias son muy distintas. Seguro que las minas no se van a interesar y mucho menos comprender, una crisis de la mediana edad —insistía Marino que cada vez me parecía más antipático.

—¿Pero qué es el tiempo, qué es la edad? —filosofé buscando instintivamente una salida— Podés estar al lado de una mujer por toda la vida sin que sus pensamientos cambien. Para los temas del alma no existe edad —le contesté pensando en Érica y sus animalitos que la enternecían y por un instante se me vino la imagen de una rumiante llama que me decía: «¡Tramposo, filosofando mentiras!»

—Está bien Hermes, tampoco quiero polemizar. Lo que importa es que estás feliz de esta manera y eso me alegra. Es un tema para el cual no existen recetas, Nati y yo tenemos la nuestra, vos y...

—Érica.

—Es cierto, vos y Érica tienen la de ustedes —me dijo en tono apaciguador y con las viejas palmadas a los hombros.

Pero su mirada no me convenció, o quizás mi mirada no le había convencido. Su presencia empezaba a molestarme, en todo lo que relataba siempre había: «Nati y yo» por todos los lados, que iba creciendo delante de mí por cualquier asuntito, porque «Nati y yo cocinamos siempre», o «Nati y yo preferimos lugares más tranquilos» y ni cuando el Negro se emocionó con la llegada del jugoso asado de tira al que esperaba

ansioso se contuvo y se salió con un «Nati y yo ahora evitamos comer carne roja»: más pesado que un collar de melones.

Me parecía que todas sus frases eran dirigidas hacia mí, me tragaba sus palabras, su entonación, el insoportable «Nati y yo» que me incomodaba interiormente, que despertaba sensaciones que no eran nuevas, solamente desconocidas, tenía la impresión de que sus palabras me querían decir *algo*.

De la misma manera, en mi cabeza se pasaban las fotos de Érica y las malditas llamas, veía mi cara en el espejo, veía los huecos y el vacío, nada se formaba desde lo intangible, como un hombre que se olvidaba de ver.

—Para mí esa preliminar es un placer doble —explicaba el Negro bastante chocho mientras se llenaba el vaso con otra cerveza helada, de aquellas cuyos primeros tragos se toman con los ojos cerrados—. Escuchar el ruido de la birra llenando el vaso y ver como se forma la espuma y se separan los colores.

—¡Quién tiene oídos que oiga, quién tiene ojos para ver, que vea! —soltó Marino y todos ser rieron, felices.

Definitivamente algo no andaba bien.

Norma

I

No sé qué decir respeto a los matrimonios. Sobre el de mis padres no soy capaz de juzgar si reinaba el amor. Hay algunas generaciones de diferencia y eso es significativo en un mundo que cambia tan vertiginosamente como el actual. Suelo decir que nadie puede opinar sobre la intimidad de una pareja y si me baso en ese argumento para callarme, también ha de servir para la vida de mis padres. Pocas veces los vi reír juntos, jamás los encontré besándose, tampoco sentía en el aire esa tensión o romanticismo expresado por boleros, por frases de doble sentido o por miradas cómplices. Puede ser que entre sus cuatro paredes todo fuese diferente, pero hacia afuera más bien parecía que el casamiento era un acuerdo velado, una ayuda mutua para enfrentar las batallas urbanas, para mantener a la familia unida aunque soñábamos cosas diferentes.

A Mateo lo conocí en la boda de un amigo en común, algo que para él era uno de esos simbolismos que al principio me hacían reír. Mi ex marido es guapo, de dientes

blancos. Se me acercó con temas políticamente correctos y una mirada indecisa, ni tímida ni carnal, a lo mejor un poco perdida, en todo caso no fue amor a primera vista. Luego salimos un par de veces en las que nunca se adelantaba. Nuestro primer beso fue casi un trámite, un intento de quebrar el hielo para ver si había algo más y que por mucho tiempo seguía sin encontrar.

Mateo, a mis padres, les cayó muy bien porque se dieron cuenta de que además de ser un tipo bastante agradable y profesionalmente estable, era esencialmente correcto y en eso tenían total razón. Mateo sigue siendo la persona más correcta que he conocido, era casi imposible no sentir ternura por esa característica fronteriza a la ingenuidad y, por otro lado, también cierta pena porque era evidente que sería devorado por las costumbres caníbales de nuestra sociedad. Muchas veces le había comentado que en el mundo prevalecía la ley del más fuerte (y no del más evolucionado, como le gustaba contra argumentar), que para no morir era necesario atacar. «*No creas en todo lo que aparenta, brilla o tiene sabor a dulce*» le advertía prematuramente desde labios pintados de promesas.

Por aquello que veía en casa, por el buen carácter de Mateo, por la necesidad de tener más libertad (soy primogénita) no vacilé mucho en decirle que sí en una noche a la orilla del río. Allí caminamos después de cenar unas pastas exquisitas acompañadas de un buen vino en un restaurante simple que él conocía desde chico. Algo que realmente creó un ambiente familiar e íntimo.

—Ahora me doy cuenta que todo ha sido perfecto, ¡qué noche más preciosa! Y me propusiste casamiento a la orilla del río. Me pareció divino —le contesté sin fingimiento porque pensaba que las cosas deberían ser así.

Así me casé seis meses más tarde, tenía veintitrés años, nueve menos que él. Llevábamos una vida dinámica, desarrollaba muchos intereses nuevos, me recibí de arquitecta con el apoyo de Mateo. Teníamos nuestra casita, nuestras cositas, salíamos con amigos. Pero, la primera vez que habló más en serio respecto a tener hijos sentí algo raro, un temblor, casi una acusación que venía de *aquella* época.

No soy una persona acostumbrada a tomar decisiones. Mucho menos sospechaba que en determinadas circunstancias una decisión desencadenaría una serie de dilemas y desde luego ignoraba los mecanismos para detener ese efecto dominó.

—Esperemos un tiempo más, mi amor —le contesté con voz dulce, intentando disfrazar cualquier vestigio de recelo todavía incomprendido.

—Pienso que es un buen momento, estamos en el auge físico y mental. Nada más natural que tener en esta casa el fruto de nuestro amor, nuestra eternidad —insistió con inadecuada esperanza.

La propuesta me impactó de manera totalmente desprevenida, me forzaba a llegar a conclusiones sobre asuntos que yo postergaba desde aquellos tiempos que a Ellen siempre le gustaba recordar. Casi sentí pavor al pensar que tener un hijo y todo lo que se imaginaba Mateo significaría perpetuación de esa vida que repentinamente parecía poco excitante, muy previsible, de estériles rutinas que no generaban intimidad, ni risas. Mateo nunca me satisfizo sexualmente, tampoco los otros dos hombres que tuve en mi vida antes de mi ex marido. Me imaginaba una intimidad diferente, extrañaba una clase de pasión que preferí olvidar y que quizás un día desmenuzaré en mis sesiones de terapia.

Estaba segura de que Mateo era más que esa figura apagada que yo moldeaba quizás con imperdonable apatía. Una mujer sabe como elevar a su pareja, sacar de él sus mejores cualidades pero con relación a Mateo admitía que me faltaba algo, que seguramente otra mujer adentraría a sus laberintos con mayores destrezas y sentimientos que yo. El amor no podía ser eso.

Por fin (soy práctica), se me ocurrió que podría seguir tomando la píldora sin que él se diese cuenta y con eso el tema estaría postergado por tiempo indeterminado. Sin embargo, mis pensamientos ya tejían la telaraña que me devoraba, veía urgencias y errores, me confundía y me asustaba en una antropofagia insana. Alegar ignorancia no me serviría más de coartada.

—Buscás respuestas, eso es importante. Si el equívoco es fruto de la falta de comprensión, más fácil resulta arreglar o perdonar—me esclarecía la Dra. Marta que para mí desde el comienzo me pareció admirable.

La elegí porque me gustó de primera y me transmitió seguridad, algo que juzgo fundamental en la terapia pese a que parecen primar justamente por lo opuesto, por la distancia entre psicólogo y paciente. Se notaba que tenía una personalidad sobresaliente, que era moderna, guapa y que dictaba su propio rumbo en la vida sin incomodarse con prejuicios arcaicos. Me la recomendó Ellen, una compañera de universidad con quien compartí algunos tragos en los boliches porteños cuándo el calor del verano, la cerveza helada y el buen ambiente eran más atractivos que las clases de estática. Contábamos con el beneplácito del profe Agustín que hacía vista gruesa para las ausencias pero no para los torneados muslos de mi amiga.

Marta tampoco me venía con clichés vagos e inconclusos como «*engañarse a sí mismo*» o «*la respuesta la tenés vos misma, está ahí dentro de tu corazón*». Una puede ser inmadura, pero engañarse a sí misma es como olvidarse de su propio nombre. Mi problema era que algunas decisiones me violaban y claramente exigían mucho más de mí de lo que yo podía abarcar: ¿cómo, por ejemplo, saber elegir una carrera con dieciocho o saber con veintitrés años lo que es el amor? Sin querer tener pretensiones analíticas, creo que la vida es así, incluido el matrimonio: uno recorre los caminos con lo que tiene, con lo que busca y con aquello que (no) conoce de sí mismo. Yo no sabía de nada, simplemente seguí la corriente y basta. Con mi madre no podía hablar sobre mis inquietudes, sobre esos pensamientos que siempre me acompañaban, porque el poco tiempo que a lo mejor le quedaba libre lo pasaba melancólicamente en una mecedora haciendo sus bordados y escuchando algún programa religioso en la radio. Padre Nuestro, Credo, Oración de la Mañana, El Credo de los Apóstoles, todas las oraciones me las sé de memoria y no traían respuestas ni paz, pese a las discretas oraciones de mi madre que constantemente generaban armonía, aunque fuese de pocas palabras.

La propuesta del embarazo era un paso muy importante, representaba el final de cualquier simulación, un punto y aparte forzado, sin vuelta atrás, una bifurcación delante de la cual, atónita y molesta conmigo misma, me daba cuenta de que no conseguía imaginármelo eternamente... Pensaba, luego existía y alucinaba.

No lo amaba (seguramente ya lo sabía), había que ir al grano, lo demás eran disfraces. Dicen y creo que el amor es algo absoluto (que me disculpen otra hipocresía y/o contradicción), no es algo que se inicia con la amistad y se va desarrollando hacia la intimidad de almas para luego ser algo más visceral.

—Mi relación con Mateo es uno de esos ejemplos. La chispa se apagó, no volverá. ¿Debo darle más vueltas? —le cuestioné a la Dra. Marta.

—Eso depende en mucho de cuál es tu concepto de amor. Uno va madurando, envejeciendo y la chispa también puede cambiar de forma, de apariencia —me contestó la psicóloga con su habitual elegancia y seriedad detrás de sus anteojos de montura metálica, exuberante.

—Eso sí, pero para el tramo final de una vida, no a los veinticinco años. ¿Si lo amase no debería buscar ofertas para el ajuar del bebé?

—El corazón es tierra donde nadie pisa —fue su respuesta *blasé* que en aquel momento no me ayudó para nada. Estaba confundida y necesitaba consejos certeros y

no frases sueltas, ya que era una variante del clásico «la respuesta la tenés vos». Mejor hubiera sido que me llamase superficial o perversa o que me animase a seguir adelante en búsqueda de nuevos experimentos, cualquier filosofía con tal de darme lo mínimo de orientación en medio a esas aguas turbulentas.

Pero no, lo único que quedaba era mi responsabilidad. La que tenía que decidir era yo. Por supuesto que no podría simplemente llegar a casa y decirle a Mateo que todo se había acabado aunque decididamente desconozco una linda manera en dar una mala noticia.

II

Nunca me había planteado traicionar a Mateo, no tenía sentido. Me gustaba llamar la atención, ser un poco coqueta, me levantaba la autoestima saber que era parte del prohibido mundo imaginario de ciertas personas, algo que creo es normal para nosotras, las mujeres.

—No sé hasta qué punto podemos decir que esa característica es esencialmente femenina. A veces es algo de la personalidad, individual y no obligatoriamente atada al sexo de una persona — contra argumentaba la Dra. Marta mirando hacia su cuaderno de anotaciones, concentrada. Mientras escribía, su brazo derecho se movía, lo que realzaba la transparencia del tejido en su manga que solamente dejaban entrever sus contornos. Era transparente y velado.

—¿A qué mujer no le gusta ser admirada? —le pregunté intentando descubrir una expresión facial cualquiera en su rostro capaz de hacerme penetrar en su castillo de valores y de pensamientos, en los cuales seguramente también habitaban fantasmas, manzanas mordidas y negaciones. Creo que los pacientes también tenemos ese derecho o ambición, es una vía de doble mano, me gusta un poco saber quién me está analizando.

—¿Tu marido no te elogia? —me preguntó levantando ligeramente su ceja izquierda, cuyo arco sobresalía del armazón de los anteojos en líneas que seguían armoniosas en su movimiento.

—¡Es lo que más hace, Marta! Mateo a veces me observa quietamente y cuando me doy cuenta suele decir: «qué linda estás, mi amor».

—¿No te es suficiente? —preguntó soberanamente y con ojos que me invitaban a perderme en pensamientos lejanos.

III

Absorta en reflexiones de la sesión, entré con cuidado al consultorio odontológico y mientras esperaba, una sensación agobiante me asaltaba. Elegí al azar una revista para distraerme y entre dietas revolucionarias, cremas de macropartículas activas, un titular me retaba: «Me separé a los treinta y me redescubrí». Sentía en forma de latidos en mi sien a mis pensamientos que parecían hace mucho enjaulados, inadvertidamente vivos y a lo mejor premeditadamente ignorados, a la espera de una única y definitiva oportunidad de escapar hacia su perpetua e incontrolable libertad.

Las causas del siguiente capítulo creo que son muchas, algunas totalmente contradictorias (lo que no es ninguna sorpresa) y no se debe descartar ninguna tendencia mía. Sobre esto deberé hablar con la Dra. Marta: un lado prohibido, actuante en detalles reprimidos.

La figura del Dr. Hermes impactaba: alto, piel morena curtida por el sol de sus antepasados, mentón partido, manos delicadas pero fuertes, hombros largos, pelo ondulado con las primeras canas prematuras, mirada profunda. Al subir al sillón odontológico para analizarme la boca, noté con cierto gusto que, con la inclinación, mi falda descubría algunos centímetros decisivos de mis muslos, allí en la frontera de la indecencia. Evidentemente lo notó. Quise que lo notara. Era atractivo, la situación era provocativa, casi un fetiche, cargada de tensión, ideal para que ambos soltáramos las riendas de los profanos pensamientos, rumbo a las traiciones perfectas. Yo cerraba los ojos donde impúdica abriría la puerta de mi verdadera necesidad. Sin embargo, las *escenas* que me venían a la mente (de *aquella* época...) me comprobaban que allí ocurría mi divorcio, que lo demás sería inútil resistencia.

Cuando por fin los abrí, noté que algo también le pasaba al Dr. Hermes, estaba diferente. Quedamos en silencio, con la misma respiración. Quizás fue justamente eso que nos acercó, el hecho de que éramos cómplices de una posibilidad que no se había concretado, reos que se confesaban en silencio, incomodados por nuestros pensamientos de los cuales sabíamos que éramos capaces de realizar.

IV

Me recompuse en el primer café que estaba en la esquina para pensar con más calma sobre todo lo que había pasado. No voy a la psicóloga para que me diga que está

todo bien, para huir de conflictos, mucho menos me molestaba que pusiese los dedos en zonas incómodas. Era necesario, bastante necesario. Por alguna razón o incapacidad, creo que no conseguía entender la dimensión de una vida, de sus consecuencias, de sus conexiones y estaba segura que la psicóloga me ayudaba mucho en eso. El café, el humo y el aroma que desprendía servían para asentar los pensamientos, tratar de entender lo del consultorio con Hermes, ubicar a Mateo, acomodar los sentimientos y buscar un camino antes de volver a ganar la calle.

Pasaba por días de nerviosismo y notaba también que muchas verdades se iban desvelando en forma de sentimientos, de intuiciones. Se me revelaban sin conclusiones, me agobiaban. De nuevo tuve taquicardia al caminar. Para mí, el corazón acelerado en un momento de introspección es una verdad que se acerca y algo me decía que no sería suave. No la evitaba, al contrario, trataba de confrontarla. Caminaba y por poco la ataba, como un nombre olvidado, casi una necesidad.

Eran exactamente las dieciocho horas. Lo supe por las campanadas de la Iglesia de San Miguel Arcángel, a una cuadra de donde estaba y produjeron un nudo en mi garganta que no tenía ganas ni fuerzas para contener. Golpeaban contradicciones, los timbrazos abandonaban y amparaban, atemorizaban y aliviaban, condenaban y absolvían, entre tanto mis lágrimas derramadas me lavaban. Con el eco de la última badajada, irresoluta delante de los brazos abiertos de San Miguel en su pretil, sentía que lo eterno residía en mi conciencia que, asustada, miraba hacia el difícil camino de la verdad.

V

—Hoy estuve frente a la Iglesia de San Miguel Arcángel —le comenté.

En realidad sabía que era necesario hablar mucho más, contar sobre mis incómodos hallazgos, pero todo lo que me salió fue esa frase cansada que quizás sería relegada a la insignificancia. Puesto que Mateo más bien estaba ocupado con su juego de ajedrez que disputaba online contra Fang Li, un chino conectado del otro lado del mundo del cual Mateo sospechaba que jugaba con una computadora escondida a su lado, voraz y fría devoradora de obispos y caballos.

Y la respuesta, aparentemente indiferente, tardó casi un minuto en llegar. Tuve que controlar mi impaciencia.

—¿Por qué motivo? —preguntó con menos interés comentario que en las posibles estrategias de Fang Li.

—Ninguno especial. Cuando me di cuenta ya estaba delante de la iglesia, confrontado con lo sagrado, algo que me tocó hondo. ¿Nunca le preguntaste nada a la eternidad, algún agobio, alguna duda? —lo retaba con creciente irritación.

Me miró por primera vez, por ese hiato de tiempo que una pregunta inesperada suele producir y tardó pocos segundos hasta que la computadora avisara que Fang Li había movido sus piezas. Yo sentía que Mateo dudaba, que no sabía a quién atender, era frustrante.

— ¿Qué pregunta...? ¡Claro que no! ¿Cómo algo puede ser sagrado para vos si tu mujer te es menos interesante que un chino sin rostro? —lo condené consciente de que mi exabrupto mezclaba diversas situaciones, Fang Li y la Dra. Marta, la píldora y la eternidad, San Miguel Arcángel y su mirada que no me salía de la memoria.

—Pará un poquito Norma, ¿a qué viene eso ahora? ¿Qué te pasó, mi amor? — indagaba con voz conciliadora, equilibrada y precavida, tan típica de Mateo.

—No sé Mateo, estoy cansada. A veces tengo la sensación de que todo es incompleto, que la vida es más que una mesa de oficina o una cena en el restaurante de siempre con el vino de la casa.

—Mejor te preparo un té de manzanilla —me contestó poniendo los ojos como platos rumbo a la cocina desde dónde yo ya sabía que regresaría con mi taza vintage, la amarilla.

Y era todo lo que no debía hacer. Él pensaba que así lo arreglaba todo, que mis destemplanzas se resolvían con silencio, con calma, que debía imputarlo todo a un simple stress o tensión premenstrual. En esos momentos creo que no pude haber sido más clara. Más allá de mis frases confusas, preguntas desordenadas y de mi repentina excursión metafísica hacia lo sagrado, sé que todo mi cuerpo convulsionado, la vibración amarga de mis cuerdas vocales, el fuego incomprendido de mis ojos le mostraba la sombra del pecado, los deseos incomprendidos, las urgencias del alma.

Me había sacado varias máscaras de forma descontrolada, le mostraba mis máculas en alma y carne viva, estaba dispuesta a pedirle perdón, a intentarlo de nuevo, a hablarle del consultorio de Hermes y que le juraba a San Miguel que no sabía que me equivocaba antes del «sí, acepto», que no tenía madurez suficiente para saber que para mí ni el amor ni la pasión venían con el tiempo.

Meses más tarde, cuando ya me había ido, Mateo me confesaba que no lo había entendido así, que pensaba que solamente se trataba de un mal día. Era la confirmación de lo que sentía exactamente en aquel momento: Mateo no me conocía. Mejor hubiese sido que reaccionara de cualquier manera, que me clavase palabras-puñales en el corazón para que me hiriesen, cualquier cosa menos una pava calentándose para un desalmado té de manzanilla en la patética taza amarilla. Cuando por fin regresó al living, lo encontró vacío. Cuando miró a la pantalla, Fang Li lo arrinconaba con sus caballos hechos dragones alados en la noche. Cuando se acostó, me hice la dormida. Cuando nos volvimos a mirar, ya no nos conocíamos.

VI

—Me molestan mis contradicciones, la ambigüedad me deja insegura —le conté a la psicóloga ni bien adentré al consultorio.

—Los verdaderos cambios no suelen ser inmediatos. Es un modelo evolutivo, por lo tanto no nos queda otra que tratar de evolucionar, identificar las malas tendencias y cambiarlas en hábitos saludables. Para eso es importante conocer la verdad, es libertadora —me contestaba Marta. En aquel día ella olía muy bien, un perfume sutilmente dulcificado que venía en olas fortuitas, seguramente algunas gotas depositadas en la parte interior de su muñeca, otras en su cuello, realzadas por el moño clásico que llevaba.

—Ya le conté que últimamente siento que la figura de San Miguel me persigue en pensamientos, ¿no es cierto? Lo atribuyo a mi sentimiento de culpa. Desde chica, peleaba con mi consciencia, me preguntaba qué nota moral tenía que sacar para escaparme del infierno. Creía que era semejante a la escuela, que con cinco aún escapaba. Eso me generaba un margen de maniobra en el cual podía incluir algunas mentiras u omitir algunos pensamientos pecaminosos en el confesionario. Miraba a mi alrededor, me comparaba con algunas chicas y pensaba: cinco, todavía zafo —le intentaba explicar a la Dra. Marta. Había decidido, por su sugerencia, no medir palabras ni preocuparme por la coherencia, pero sí por la verdad.

—Más allá del cielo o del infierno, lo que los une a ambos es la eternidad. Como psicóloga te aseguro que personas moralmente adelantadas suelen ser más felices y realizadas —me explicaba y yo sentía que quería decirme mucho más.

—No creo que yo sea una mujer espiritualizada, no lo llevo dentro de mí — contesté esperando no decepcionarla.

—Pero sí el conflicto moral. Y también la eternidad. Si fumamos mucho, dañamos el pulmón. Si plantamos semillas de tomates y cuidamos las mudas, cosecharemos tomates y no calabacines. De acciones y consecuentes reacciones se construye la eternidad. Si pensás en escaparte del infierno con un cinco, te olvidás de tu futuro, sos tu herencia —sentenció sin imponerse y de alguna manera en aquel momento casi me convenció.

—¿No serán meras especulaciones? —le cuestioné para no parecer fácilmente influenciable.

—Preguntale a San Miguel —me recomendó.

Hermes

Desde la vuelta de La Catedral (que no fue) hacia mi casa me sentía verdaderamente vacío, perdido en una inmensidad sin rescate, en la cual emocionalmente alternaba entre la melancolía y la cara de Marino, su «Nati y yo» como introducción a cada frase y el presuntuoso «mandale saludos a Érica» que hacían de mí el escarnio de su *Natiland*.

La penúltima paciente de aquella calurosa tarde de verano se llamaba Norma y yo la atendí, por primera vez. Me llamó la atención de inmediato, no debido a su apariencia (era como tantas otras) sino porque parecía un poco perdida al entrar, emocionalmente inestable. Me miraba a los ojos y por un instante identifiqué que se había impresionado con mi figura, a lo mejor esperaba encontrar un señor mayor y sin esa aura varonil que sé que me caracteriza.

Sin embargo, había algo en ella que me excitaba, que me hacía hervir la sangre. Parecía metida en medio de tormentas y conflictos interiores que casi la desnudaban. Tenía un aire de inocencia y de fragilidad del que no me fiaba del todo, no sabía hacia dónde mirar, ni qué hacer con sus manos. Y exactamente allí, en su mano izquierda, advertí lo que me aceleraba el corazón, lo que inmediatamente disparaba una ola de pensamientos descontrolados a los cuales sucumbía sin ofrecer resistencia, la que la unía del modo más insano e vanidoso a la figura de Marino y principalmente de su inmaculada Nati: la dorada alianza.

Antes de reflexionar sobre la raíz enferma de los pensamientos ya había cambiado mi tono de voz. La miraba profundamente a los ojos, me inclinaba y me acercaba suficientemente para que oliera mi aftershave y cuando por fin subí el sillón odontológico y la inclinación revelaba sus muslos, nuestras miradas se cruzaron en aquella zona del pensamiento donde el pecado ya se había instalado y la permisividad era una respuesta oculta.

La llamé al día siguiente con la típica excusa de dentista preocupado con su paciente, le tiré algunos piropos tradicionales pero la verdad es que resultaba muy difícil entenderla. Dijo sorprenderse con mi llamada, pero más bien parecía un poco confundida, le pregunté si la incomodaba, «*no, no, está bien, estoy sola*». Sin embargo, lo que más me intrigaba era su voz que no llegaba a estabilizarse ni a definir un estado emocional. Identificaba en sus escasas palabras un poco de miedo pero también de curiosidad, algo de alivio y de dudas, algo que negaba ni bien había a florado, voz muy femenina que me susurraba dilemas al oído. En algún pensamiento mío, Nati y Marino, la herejía que golpeaba mi consciencia y derrumbaba La Catedral con todos mis santos que se partían, huecos, impávidos y sin vida.

No me extendí en la conversación y prometí volver a llamarla la próxima semana para ver si la encía no se había inflamado. Y desde entonces la llamaba una vez por semana. Me contaba que en la adolescencia leía novelas cursis de amor a escondidas de su madre en la adolescencia y me preguntaba si tenía ascendencia griega o romana. Me comentó que hoy en día es posible jugar online al ajedrez contra un chino cualquiera pero que «*¡ajo!, porque algunos hacen trampa porque tienen un aplicativo de ajedrez*».

Torpedamente creía que su posible infidelidad me vengaría de Marino y de su petulancia, pero no sospechaba que lentamente entraba en su mundo íntimo de una manera muy diferente a la imaginada. No la tocaba físicamente pero de repente descifraba sus secretos a voces, conflictos abiertos, a cada llamada sentía que vencía barreras, que conquistaba otra posición estratégica en su mente. Le hablaba de quebrar rutinas, de que era bueno sorprenderse con cosas nuevas: de las infinitas posibilidades de los sentidos: me movía por zonas opuestas a su evidente realidad de mujer hastiada. La haría traicionar por la mente, por un impulso más perverso que la atracción física. Poco a poco desnudaba pensamientos que su marido ni sospechaba, desfloraba deseos jamás pronunciados, violaba sus culpas y así pasamos a convivir una vez a la semana, puntualmente a las seis. Cuando estamos los dos caminando por diferentes calles o en días concurridos, entre un paciente y otro.

—No sabes cuán bien me hace hablar con vos, Hermes —me confió un atardecer por teléfono—. Es casi una terapia, veo las cosas con más claridad.

—Para mí es un placer, sos una mujer realmente increíble —le contesté y estaba seguro que abría puertas—. Anoche soñé contigo, no lo pude evitar...—le lancé pero me quedé sin respuesta, era difícil.

Nuestros silencios fueron distintos. Sabía que aquella noche ella tomaría una decisión. Tuve esa certeza antes de atender al siguiente paciente, a partir del momento que empezó a correr el agua por la canilla, el ruido sobre el lavabo, un torrente, la certeza agobiante de que Norma se iba separar, una imborrable sensación. El primer pensamiento que tuve fue el único correcto, llamarla inmediatamente y decirle que no, que todo era debido a una mala noche con amigos, que lo que me movía hacia ella eran puras carencias, desilusiones, desahogos y no sentimientos nobles. Pero no reaccioné. Con parsimonia enjabonaba mis manos que se deslizaban y se enredaban en suaves roces y así pasaban los segundos iniciales de aquel golpe a la consciencia, del primer impacto. El agua estaba casi tibia.

—Tampoco es una niña, ya es dueña de su vida —pensé mientras me enjuaguaba las manos—. Es una decisión suya, yo nunca le prometí nada...

Pero me acordaba de mis galanteos, de mi tono de voz cambiado, pausado y firme, de cómo instigaba su fantasía, como jugaba con frases que del otro lado, en la imaginación de Norma, ya no podía controlar ni detener. Quizás eran para ella portavoces de esperanza, de ilusión, de comparaciones y de coraje. Era mi deber aclarar todo antes de que lo condenara, asumir mi parte de responsabilidad. Su marido era inocente porque yo era un simulacro.

—Nada que ver, si yo ni siquiera la he tocado...

Lavarme las manos nunca me había ocupado tanto, era como si por detrás de esa acción hubiese algo más que yo no atinaba a entender, suciedades invisibles al ojo. Aunque se tratara de una rutina en mi profesión, ese rito luego de la llamada de Norma estaba cargado de una pesadumbre inexplicable, quizás por la obvia metáfora. Lo único que me sacó de ese letargo fueron los golpes a la puerta que anunciaban el siguiente paciente.

Norma

—A lo mejor es solamente una fase, Norma. No podés tirar todo por la ventana sin intentar lo máximo. Estamos hablando de un matrimonio, no de un capricho —me retó encarando la situación de frente —. ¿Acaso hay algo en mí que te molesta? ¿Te falta algo?

Sabía que me haría muchos cuestionamientos coherentes. Mis argumentos, por total incapacidad y falta de recursos, eran frases comunes con cierto apelo emocional, una postura femeninamente frágil, confusos reflejos de mi estado.

—Siento que tengo algo más para dar, que el amor es un sentimiento más grande de lo que siento. Cuando hablamos sobre la posibilidad de tener hijos creo que todo empezó a tomar cuerpo, era el principio de la eternidad, ¿no sé si me seguís?

—El tiempo... —dijo como si se acordara de un enemigo.

—Desde aquel día mis dudas fueron de menor a mayor. Tengo que ser sincera: tampoco he parado de tomar la píldora anticonceptiva —le comenté a Mateo que en ningún momento puso cara de escándalo.

Era increíble como aceptaba ciertas cosas que para mí eran pecados, como si hiciesen parte de la naturaleza del hombre andar entre la luz y la sombra, entre conflictos y ambigüedades.

—Tengo anhelos de amor, extraño algo que no sé explicar. Te confieso que no tenía la más mínima experiencia o base para plantearme eso antes de casarme.

—El amor tiene sus trampas, Norma, tenemos que pelearla, tengo ese derecho, ¿no te parece?

Lo tenía, estaba de acuerdo, pero no podía concederle esa esperanza. A veces es necesario morir para nacer, a veces uno tiene que dar el golpe fatal para que se acabe el sufrimiento. La escena era deplorable porque sentía que Mateo estaba mendigando por amor y me acordaba del sillón del doctor Hermes, como a cada grado de inclinación, mis muslos se le revelaban, como no dije basta a sus llamadas, reacciones que me confirmaban que Mateo no era el hombre de mi vida. Ya era la más completa infiel: adulteraba sus sueños, sus ilusiones, sus creencias, traicionaba sus esfuerzos mientras yo sentía la mirada del doctor y mis fantasías me sorprendían con recuerdos de *aquella* época que solamente Ellen conocía. Y Mateo me miraba, agonizaba en su clemencia, su ingenua y desesperada entereza me herían el corazón. Tenía que matarlo y recurrí a un arma, proveniente de mi mundo de fantasía que era el responsable por todo lo que se derrumbaba.

—Pienso en otra persona, Mateo.

Esta vez su silencio tuvo una amplitud agonizante y yo sentía como se derrumbaba mi imagen, lo que me alivió un poco, pues me permitiría asumir el rol de mártir que en el fondo sabe que merece su condena. Porque en determinado momento, dejamos de ser héroes para ser suicidas, confundimos el coraje con la imprudencia, deseosos de que un balazo nos parta, nos purifique, que un dolor nos encuentre para aplacar el que hemos causado.

—Entonces nos separamos —me dijo con ojos resacos, voz metálica y ademanes definitivamente ausentes.

Mateo

I

El escenario no difería al de encuentros anteriores: el brasero perdía su ardor en la parrilla, yo tiraba a la basura las botellas de vino vacías, las servilletas, los embalajes esparcidos, trataba de devolverle al ambiente un mínimo de orden y limpieza. Franco a su vez no sabía qué hacer con el mantel de algodón crudo con unos bordados típicos, hechos a mano en Fortaleza, Brasil. Recuerdo de mi luna de miel que parecía condenado perpetuamente después de las manchas del chimichurri, de los agujeros de las imprevisibles brasas de los cigarrillos y del vino volcado por Sergio que representaba la sangre de mi despechado corazón.

—Está asquerosa, lo siento hermano. Acá a dos cuabras donde el Turco Chalita encontrás algunas parecidas —me aseguraba sin saber qué gravedad poner en su voz y en sus gestos delante de mi mirada indescifrable.

—Para encontrar una igualita tendrás que viajar lejos y al pasado —respondí un poco extrañado por mi propia irritación.

—Quizás lo arreglen en la lavandería —propuso Sergio con semblante esperanzado frente a la inesperada situación dificultosa tratándose de tres auténticos machos que se comían la carne con las manos y se limpiaban los lamidos dedos en los pantalones.

—Che, no existen casualidades —intervino Franco, quien podía ser crudo con la verdad—. Para serte sincero Mateo, tenés que librarte de todo lo que te recuerde, te remita o te haga pensar en Norma. Hace casi medio año que estás divorciado. La verdad

es que arruinando el mantel, te regalamos un futuro sin amarras, sin fantasmas. ¡De nada, hermano!

—¿Preparo el café, ragazzi?—propuso Sergio que seguía el cierre de nuestro guión original que tramitaba por café, cigarrillos, charlas existencialistas y, de vez en cuando, exabruptos sentimentales.

En la separación de bienes me quedé con la cafetera (a cambio del secador de pelo) en la que le solía preparar el café puro a Norma, con edulcorante (cinco gotitas), en la tasita de café amarilla, «estilo vintage» como me explicaba. Esa la escondí cuando vinieron los tipos de la mudanza, inicialmente como una sutil y sádica forma de vengarme. Hasta que nos hicimos amigos en una solitaria tarde de sábado donde el tiempo se paraba, las dudas se agrandaban y el olor a café tenía rostro y memoria. Sabía que era sabotaje, pero tomar el café en la taza vintage significaba traer un poco de algo conocido, un calor olvidado y prohibido, un engaño fugaz pero dulce, como un pedacito de chocolate que nos regalamos después de una semana de dieta: ilusiones contradictorias.

—En el fondo tenés razón Franco, no sé porque la mantengo viva —confesé pensándola.

—Che, no tengas miedo de volver a empezar. Porque parado acabás flirteando con la depresión y luego pensás que tenés mucho más dudas que certidumbres. Y eso es un error —me incentivaba Sergio.

—¿Te parece? —pregunté desanimado.

—Claro, tu conciencia es tu certidumbre. Sin embargo ahora te toca reinventarte. Todos cambiamos incesantemente, es un proceso natural y tenés que seguir adelante.

—No sé por qué tengo que cambiar. Yo era feliz. Fui fiel, tenía ganas y planes. Me sentía realizado. Creo que a lo mejor me puso los cuernos porque estaba molesta con mi corrección —observé consciente de que me ponía pesado y repetitivo.

Vi que Franco y Sergio intercambiaban miradas, me escuchaban tranquilamente mientras buscaban el cenicero, el encendedor y se ponían en una posición cómoda para que todos mis pensamientos, por más conocidos que fuesen, pudiesen ser analizados nuevamente. Quizás alguien tendría una idea o un punto de vista capaz de ayudarme a salir del túnel en que me encontraba.

—No, flaco. Ya no te sirve buscar esas explicaciones. Lo importante es que vos te portaste bien, no tenés la culpa si Norma eligió un mal camino. Uno muchas veces

se engaña. Fijate en tantas parejas que se separaron. El pasado no volverá y ya te dio las respuestas que tenía.

—Sergio tiene razón, tenés que avanzar—completó Franco—. Existen algunas cosas que solamente entenderemos más adelante, es necesario que pase el tiempo.

—A veces me parece que el tiempo se detiene. No tengo ganas de salir por la noche, todo me parece tan falso, sin sentido, me siento desubicado y además estoy con casi cuarenta abriles.

—¡Pará un poco, che! —protestó Franco aplastando el pucho en el cenicero—. Primero el ataque sentimental por lo del mantel, luego esa tacita amarilla, ahora me venís con esa de que te sentís viejo, me estás saliendo un...

—...auténtico metrosexual emotivo, según lo explica la Marie Claire que encontré en el baño de Mateo...—disparó Sergio satisfecho por las evidencias que fundamentaban la imprevista gastada.

—¡No me jodan! Estoy desorientado como Adán en el día de la Madre.

—Viví con lo que tenés: inteligencia, estilo, integridad, buena onda. Da igual si Norma hizo lo que hizo, es *su* problema, *su* conciencia. No puede ser que ella lo pase bien con su nueva pareja y que vos no sigas adelante. Ella no servía para vos, el tiempo por suerte te lo mostró ¡entendolo de una buena vez!

—¿Por dónde empiezo? —pregunté.

—Por cualquier lado, por la mirada, por la postura erecta, por salir de esa casa donde todo es Norma, por tirar esa maldita taza amarilla a la basura, por un futuro que podrás dibujar en tu mente. Permanecer acá es un suplicio innecesario que te infligís, ¡andá saber por qué!

II

Más tarde, otra vez solo en nuestra casa, el impacto motivador de sus retos desaparecía lentamente. Era algo vicioso cultivado por la certidumbre de que mi dolor llegaría hacia Norma a través de las invisibles olas de mis porfiados pensamientos. Y cuanto más pesadumbre, envidia y tristeza generaba, más potente creía esa ola, esas flechas mentales que buscaban herirla porque no aceptaba que su alegría estuviese erigida sobre mi ridículo y mi desgracia. Pero las flechas volvían y me acertaban con el silencio de la madrugada donde los únicos ruidos eran de mal presagio: un ave nocturna, ratones hiperactivos, murciélagos libres, escorpiones atentos y mis ojos

abiertos. Ojos grandes y secos, observando retratos de Norma en otros brazos, pensando en las veces habían reído de mí. Buscaba desencuentros en mi memoria, alguna posible excusa inventada por ella en una cama ajena mientras yo la esperaba en casa. Mi imaginación asilaba escenas quizás inventadas, pero no por eso menos vivas, que me destrozaban como mártir de una causa ya perdida.

De esa manera, volvía a caer en la melancolía, le abría las puertas de mi mente donde transitaba libremente, infiltrándose por las ranuras de mis miedos más secretos para asaltar hasta mis últimas convicciones. Tardé en notar la trampa, en entender que a cada intento de reaccionar, la depresión aflojaba sus riendas sin jamás soltarlas para luego, noche tras noche, recuerdo a recuerdo, convencerme de que en realidad era mi mejor y más fiel compañera. Su hechizo hipnotizaba mi razón y me rendía con su falsa dulzura, como una droga que hace daño a cambio de un delirio agotador.

Intentaba huir de otra noche negra, sentía urgencia por moverme, distraerme por las calles de la ciudad, hacer que situaciones externas alimentasen mis sentidos y anestesiasen pensamientos pesados. Me gustaba caminar al azar, detenerme por inercia propia, recorrer el Microcentro fijándome en detalles arquitectónicos tales como: balaustradas, tragaluces y puertas. Excusas para volver a matar un tiempo muerto. Se trataba de una costumbre que adquirí desde que Norma se fue, experimentar esa falsa libertad restringida por la simetría de las calles, moverme sin perderme entre las proyectadas manzanas y las calles rectas. Todo me recordaba que era imposible evadirme por mucho tiempo: derecha por Corrientes, izquierda en Maipú, derecha en Sarmiento (donde todo sería lo mismo), cruzar Esmeralda. Cuadrados de geometrías perfectas, cada lado de una cuadra suma 153 pasos, algunos ansiosos, otros olvidados, todos encajonados en equilibrios sin salidas. Hasta que de repente la Diagonal Saenz Peña, es una hipotenusa impensable entre el dibujo siempre tan *normal*, rompiendo las *normas* donde *normalmente* la olvidaba, Nada Ocurría Respeto Mi Angustia, siempre Norma en todos los lugares y la convicción afligida de que eso era insostenible.

No lograba olvidar que un día fui feliz. No importaba que esa dicha estuviese basada en mentiras o ilusiones, sabía que la había sentido y que vivía por ella. No era una cuestión simplemente de Norma y sus actitudes, lo que se había roto era algo más que una relación. Se había derrumbado una creencia, un ídolo que resultaba ser de barro: conclusión sacramental, delante de la Iglesia de San Miguel Arcángel, incrustada entre Suipacha y Bartolomé Mitre. «Si acepto» —me dijo Norma detrás del velo que le cubría la cara en su vestido blanco. Transparente disfraz de infamias que volvían a

formarse con las fumarolas de un cigarrillo pegado a mis labios secos. Había logrado parar de fumar por casi seis años pero la desmoralización no me dio la más mínima chance de resistir: para cada ansiedad un pucho, para cada soledad un atado, para cada imagen humo para disiparla.

Tal como San Miguel que combatió valeroso en los cielos y yo desesperado luchaba, cada día un apocalipsis íntimo. Vivía una existencia que súbitamente había quedado expuesta, un banquete para chismosos. Y mientras el Arcángel arrojaba al Dragón, ese diablo seductor del mundo y a sus ángeles marcados con el sello de caídos en la faz, yo tenía la impresión de que salía de casa con un cartel pegado a mi frente diciendo «cornudo». No había un solo lugar, sea en la verdulería de la esquina o en el trabajo donde no existiera un susurro, una mirada jocosa, un suspiro apenado aire apenado o una palmada en los hombros. Absolutamente todos me daban ganas de mandarlos al infierno.

—Hasta que la muerte nos separe, San Miguel...—le recordé al testigo de mi boda, impávido sobre el pretil de una noche límpida.

—“Yo no te fallé”—pensé que sería su única respuesta sensata mientras volvía sobre mis pasos aplastando el pucho con la punta del calzado.

III

Por fin me deshice de algunas cosas que eran concretos fantasmas: fotos, cama, sábanas, objetos y aromas que eran verdaderas encerronas en el enmarañado de mis pensamientos adictos. Por otro lado, cambié todo lo que me parecía posible: nueva marca de vino, de perfume, otro peluquero, otro barrio, diferentes canciones y películas. Ahorcaba hábitos comunes para que se me cambiasen también los pensamientos en los cuales Norma no tendría espacio. Así, lentamente debería desaparecer sin ser reemplazada por otra persona, por un rostro, una venganza o un dolor: en su lugar quedaría el olvido, el vacío.

—Preparo otro mate que este está lavado —le informé a Sergio mientras observaba a su hermana—. No parecés muy interesada en nuestra charla, Rosa.

—Es que me fijo en el contenido pero también en otras cosas.

—¿Por ejemplo? —le pregunté calentando la pava.

—Ademanos, tonos de voz, miradas, detalles que me hacen *sentir* algo —afirmaba con naturalidad—. Vienen antes del pensamiento, antes de las palabras, son manifestaciones que nacen sin disfraces.

Era curioso porque yo pensaba parecido: mi teoría consistía en que uno lograba describir un sentimiento, esconderlo, disfrazarlo o intentar negarlo pero no podía impedir que naciera e inevitablemente acabe expresándose. Puesto así, siempre se manifestará de alguna manera, tal vez oculta, imposible de vigilar y bastaría un poder de observación refinado (especialidad femenina), para hacer la lectura correcta, más allá de palabras y gestos.

«Mateo está perdido», estaría pensando Rosa mientras seleccionaba los condimentos para la salsa sin saber qué hacer con esa inútil revelación personal.

—Pensaré en eso dentro de dos semanas en mi primera consulta con el psicólogo. No tengo la más mínima idea de qué contarle —les confesé.

—¿Por qué no le hablás de tu fe? —me propuso Rosa al instante que advertí inquieto que su corta mirada y sus palabras contenían una pizca de intimidad (¡todo menos piedad!). Parecía decírmelo con fastidio y sin creerme, casi sin querer entraba por una puerta para sorprenderme como a un niño desnudo, avergonzado, sin preliminares o aspiradas ansiedades.

IV

Realmente me molestó. Porque lo afirmaba desde lejos, como si fuese lo más obvio. Además me pareció que dedujo algo tan teórico como «¿por qué no le hablás *simplemente* de tu fe?» basada en cualquier bagaje propio, o peor aún, creo que me discutía escondiendo mundos en sus ojos. Tal vez también me incomodaba que no pudiera pensar nada conclusivo de ella: al instante que me parecía que detrás de ciertas frases había fastidio y desinterés, al mismo tiempo notaba una cercanía intangible que me acogía sin juzgar. La quise odiar y no pude. Le quise agradecer tiernamente y tampoco me animé a esto.

Sin embargo, reconocí que por el momento que pasaba se trataba de una pregunta precisa, tan esencial para una vida y para la cual no tenía una respuesta adecuada: ni siquiera una duda contundente. Más fácil contestar lo opuesto, Rosa querida: no le tengo fe a la política, tampoco a la humanidad y, a las mujeres ni pensar. El país es un fiasco, la honestidad un mal chiste, el cielo un verso, y yo una utopía

incomprendida por mí mismo. Sin embargo creo en Dios, no me preguntes por qué... Así que hablar de mi fe empieza incondicionalmente ahí: «yo creo en Dios y punto. ¿Y vos Rosa, también tenés una convicción tan sólida e irrefutable?»

—Permítame que le interrumpa, pero Rosa ¿quién es? —me preguntó tranquilamente el licenciado Friedrich, a quién había elegido por su nombre porque alguien dijo que solamente era posible filosofar en alemán.

—Se trata de la hermana de mi amigo Sergio. Me dijo que inicialmente le comente algo sobre mis creencias, mi fe. La verdad es que mucho más fácil hubiera sido que yo le hablara de mi madre o de una paliza que me dio mi padre cuando rompí la ventana del living con un inolvidable tiro de rosca.

—Como prefiera señor Díaz. Hábleme sobre lo que más le ocupe la mente. Es nuestra primera sesión y recién vamos formándonos una idea —contestaba sin mover muchos músculos de su faz y con una mirada paciente.

—Entendí...Acá buscamos analizar contradicciones, ¿de eso se trata, doctor Friedrich?

—Pues bien, entonces hábleme de sus contradicciones —me indicaba con una serenidad adquirida con los años.

—Bueno, si sigo la hilacha, me parece que actualmente la contradicción más evidente es que afirmé que creo en un Dios infalible pero no en su creación, en ese caso, en mí.

—¿Es usted muy creyente?

—No, honestamente no. Y eso es algo que por primera vez entendí, cuando Rosa me vino con eso de hablar de mi fe —le comenté al instante que la recordaba fugazmente.

—¿Usted no extraña tener fe? Porque aunque usted lo está tomando inicialmente a la ligera, es un tema del que no se olvidó desde que la señora Rosa...

—Señorita, doctor —le corregí sin saber porque ya que no hacía la menor diferencia.

—Pues bien, desde que la señorita Rosa le propuso el asunto —finalizó licenciado Friedrich.

—Mire que en eso somos distintos. Soy ingeniero civil, especializado en construir túneles. Mis creencias son fórmulas, experimentos, análisis, digamos que todo al fin y al cabo se resume a números que confiesan verdades. En cambio usted trabaja con psicología, confía en cosas más abstractas, está convencido de que a través de

charlas, de analizar mi estado de espíritu y la historia de mi vida puede indicarme una ruta de salida de mi atasco emocional. Usted cree en palabras, forma perspectivas y convicciones y en eso sentido lo envidio sanamente, doctor.

—¿Le parece que puedo tener convicción en el efecto de las palabras sin tener fe?

No contesté porque sospechaba que era una pregunta retórica.

— Ambos tenemos la fe al alcance de las manos o de los pensamientos —prosiguió el licenciado—. Sin embargo, más allá de mis palabras, existe una conexión con la fe en curarse, de la misma manera que existe un vínculo inquebrantable entre usted y el Creador según usted se refirió al principio de la sesión —concluyó delante de mi mejor cara de silencio.

¡Doscientos cincuenta pesos! Mientras le pagaba a la secretaria del licenciado Friedrich y retenía las avaras lágrimas a cada billete que le entregaba, mi inconformismo se agrandaba a pasos gigantes. «Más resbaladizo que un salmón enjabonado» pensé al darme cuenta de que este tipo sin humor me venía siempre con nuevas preguntas, utilizaba estratégicamente la figura de Rosa y su espléndida idea de hablar de fe. Se valía de mis propias palabras y contradicciones para demostrarme que lo intangible necesita ser visceral. Me acordé de Norma y de algunas de sus sentencias.

IV

No puedo afirmar que todas las charlas, los pensamientos, los consejos, las situaciones bochornosas y las noches en velo me hayan llevado a una conclusión final. A lo mejor agrandaron mi percepción y entendimiento al levantar muchas cuestiones escondidas, temerarias, incomprendidas, sueltas por diversos rincones y ahora rondaban por mi cabeza para asustarme más. Y eso era un paso importante. Creo que aprendí un poco a andar por entre mis escombros, y ubicarme entre mis ruinas sin intimidarme tanto. Buscaba salir de esa forma de pensamiento que me consumía y generaba siempre nuevas dudas.

Los primeros cambios fueron verdaderamente en mi postura, en mi mirada. Sacaba pecho, alzaba la cabeza, hablaba con voz firme, añadí una cierta dosis de humor y de acidez para construir mi protección mental.

—A ver, dame un ejemplo —me retaba Franco.

—Apretón de mano más fuerte, voz un poco más grave —le contesté preocupado en establecer contacto visual con el mesero que atendía con gran solicitud a una mesa con tres mujeres —. Estoy hablando de psicología, convertir detalles ocultos en fuerza mental. Hace dos semanas estoy hablándoles a las personas un metro más cerca, como agrandándome, mirándolos fijamente a los ojos, con expresión más determinada. Y principalmente he aprendido a manejar los silencios.

—Sé como son, principalmente los bochornosos. A veces nos parecen interminables —compartía Sergio.

—Exacto. Antes, esas situaciones me consumían, yo no soportaba el silencio, tenía que hablar de cualquier pavada con tal de quebrar el ambiente raro. Ahora ya no me muevo más para deshacer situaciones incómodas que no produce. Es como decir basta, ¡no te imaginás como me jodía eso! —le comenté cuando por fin logré hacerle un ademán impaciente al mesero que entendió que era hora de otra Quilmes.

—Normalmente rompe el silencio el que se siente culpable —añadía observándome.

—¿Estás ansioso? —me preguntó refiriéndose a mi inquietud.

—Creo que sí, se refleja en todo. Pienso que algo me falta para tranquilizarme, para hacerme comprender, una explicación. Evidentemente hablo un poco de Norma, pero es independiente, más amplio ¿me seguís? —traté de explicarle lo que yo tampoco comprendía perfectamente.

Por falta de culpables el único ruido a quebrar el silencio fue el de la cerveza llenando los vasos, prefacio de otra noche irresoluta. Una hora salía del boliche y volvía a casa caminando sobre mis escombros interiores, sobre ruinas desiertas pero ya sin asustarme, ya no la encontraba allí.

Decidí tomar el restito de vino tinto que tenía en la cocina junto con un trozo de pan que era una de las pocas alternativas que suelen encontrarse en casa de solteros. Lo partí pensando en maneras o creencias definitivas para borrar o mitigar esos pensamientos enfermizos que me azotaban. Mastiqué lentamente mirando el maravilloso color del vino. La impensada e improvisada eucaristía creaba una suave tensión en el ambiente. Parecía que todo se detenía, *«tomá, comé, ese es mi cuerpo»* pensé sorprendido por una emoción que desconocía, con gusto a alivio.

Norma

Delante de tantas incertidumbres y dudas que mantuve a lo largo de los últimos meses, creí que a partir del instante en que un camino estuviese delineado, sin vuelta atrás, me fortalecería. Pero me encontré con la soledad, con un mamarracho de vida y con una tremenda desilusión hacia mí misma, parecía una extranjera en el mundo de mis espejos. Estaba tan lejos de todo.

Curiosamente el único camino que hacía con frecuencia aleatoria, más bien movido por la agonía, era hacia la Iglesia de San Miguel. Era un mundo quieto, me exigía introspección, me calmaba un poco pensar como mi «sí, acepto» proferido hace algunos años pudiese seguir actuando.

En el silencio de mi corazón, en la iglesia, la figura del arcángel se asomaba como un alter ego, como mi conciencia en forma de personaje inmaculado. Como si en mí existiese una versión pura, sagrada, virgen que me llamase de vuelta a lo que un día fue la base de mi creación. Y los ojos inmóviles de San Miguel, tan seguro de su verdad. Indicaban siempre los caminos que sentía, correctos, pese a la dificultad que representaban.

—¿Es posible afirmar que nosotros tenemos incorruptible la conciencia de lo que es cierto o no? —le pregunté a la Dra. Marta que casualmente llevaba una blusa étnica parecida a la mía, coincidencia que me alegró.

—De cierta forma la figura de San Miguel desplaza tu punto de vista hacia un descanso de moral elevada. Eso te permite cambiar de perspectivas, agranda la capacidad de análisis, es un vínculo con tu ambición moral. Desde lejos se puede ver mejor —la escuché con atención, acostada sobre el diván, de ojos bien cerrados.

Creo que la principal razón de mi depresión era haber lastimado a Mateo. Tenía la impresión de que su dolor me consumía. Era triste sentirse responsable por un dolor ajeno, notar que yo no estaba a la altura de mis palabras.

Había alquilado una habitación, no era amplia pero tenía una ventana grande desde la cual podía ver pedazos del cielo que, junto con el piso de madera, transmitía una sensación de calor. La pinté, un día sábado, de blanco, llenando sus silencios con la radio, —la misma que Mamá solía sintonizar, era un recuerdo que me confortaba—. Los movimientos repetitivos me dejaban mentalmente ausente, desconectada, vivía solamente el presente. De pared a pared, sacaba los clavos oxidados, tapaba agujeros y quitaba telarañas que se hartaban de mis presas que sobrevolaban el aire: fingimientos,

simulacros, mentiras y promesas vanas. Pese a que las paredes eran igualmente blancas, la nueva mano de pintura contrastaba claramente con la anterior y se tragaba cenizas, cansancios y manchas para formar fajas inmaculadas que escondían lo anterior. Le dediqué mucha atención a los detalles: cubrí todos los rincones, las rendijas y al final de la tarde, de rodillas, fregué el piso con agua para sacar las manchas blancas a punto de adherirse a la madera.

Noté que en la radio tocaba el Ave María y la voz de la cantante parecía un llamado, como una mezquita a la puesta del sol. Arrodillada y emocionada por la celeste voz mentalmente clamaba por perdón. Aseguraba que no sabía mucho antes de decir «sí, acepto». La escuché hasta el fin, derrumbada, extenuada, clavada sobre la madera entre paredes blancas y una ventana abierta.

Hermes

Mis sospechas se habían confirmado y eso fue todo lo que acerté. Con la separación, el comportamiento de Norma cambió paulatinamente. Pensé que, una vez liberada de las amarras del matrimonio, vendría como un torbellino encajonado a buscarme, a saciar su sed de mujer podada y darle rienda a sus fantasías atadas. Pero no. Norma me llamaba, a veces tomábamos un café en un lugar neutral. Seguía distanciada, decía que aún no estaba preparada, que necesitaba de tiempo para encontrarse, que sus pensamientos todavía no se habían asentado.

—Siento que tengo que hacer las cosas de una manera diferente, ¿me entendés?
—trataba de explicarme aunque tenía la sensación de que hablaba para sí misma— La separación fue un punto y aparte en mi vida, doloroso y también bochornoso...

No me gustaba cuando hablaba de esa manera, confiarme esos pensamientos me hacía sentir responsable y también más amigo.

—A veces es necesario tomar decisiones, ¿pero cómo es posible condenar buenas intenciones? —le pregunté con voz complaciente.

Mis respuestas eran siempre poéticamente posibles y filosóficamente innegables: ¿qué es el tiempo, Marino?, ¿cómo condenar una buena intención, Norma? mis conclusiones eran todas mis reticencias.

Normalmente mis nuevas relaciones solían engancharse rápidamente a ese torrente físico repleto de sensaciones placenteras, cuerpos por descubrir, necesidades carnales complacidas, esos paliativos emocionales que hacen olvidar. Pero Norma se

movía lentamente, sin prisa y ese inesperado tiempo añadido antes de nuestro primer encuentro íntimo me inquietaba.

—Nuevos caminos significan nuevas experiencias, en todo hay siempre un riesgo. La verdad, Norma, es que no deberíamos negar nuestros impulsos, son la voz de nuestras urgencias —contestaba con seguras ambigüedades y un breve silencio clásico—. Hoy tengo la tarde libre y estaré en el café de La Recoleta, esperándote para irnos a mi casa. Tengo que cortar porque me toca una cirugía importante.

Sabía que Norma ahora estaba atrapada. Mi celular permanecería desconectado para no darle la opción de tal vez, sería sí o no. A papá mono con bananas verdes, no nena, definitivamente no.

Mateo

Hablar de fe me desnudaba. El hombre prehistórico alababa con pocos conocimientos a Dios, a manifestaciones de la naturaleza en genuinas expresiones de fe y yo no sabía ni cómo explicarla o darle un sentido. Pero descubrí que con ella no se negocia porque está hermanada con la verdad, porque parte desde lo absoluto que, como ya le había comentado al licenciado Friedrich, es Dios. En el auge de mi desilusión con Norma jamás he torpedeado al cielo con cobranzas o desesperaciones que clamaban por justicia. Los cuestionamientos empezaron aquella vez delante del pretil de San Miguel y desde entonces, todas las veces en que casi protestaba por reparación, por consecuencias en la vida de Norma (y *no* su felicidad), cuando ya por poco estaba exigiendo algún hecho a los cielos, algo en mi interior me decía de manera cruda y directa que yo *merecía* pasar por todo eso, Dios jamás sería injusto.

—¿Sería locura decir que yo necesitaba de su traición para liberarme?

—¿Pero cómo estaba usted encarcelado? —me preguntó el licenciado Friedrich sobre mi todavía frágil estructura de pensamientos.

Cárceles tuve muchas, casi todas mentales. Y en algunas seguía viviendo. Las abría para liberarme a mí y a Norma, pensaba que ya no me hacía daño pero en realidad andaba sobre la cornisa. Se manifestaba veladamente, inicialmente inconsciente pero de pronto volvía a almorzar en su zona de trabajo, los viernes estacionaba el auto cerca de su peluquero. Jugaba con el azar sin saber por qué. Mi versión más valiente me decía que necesitaba verla aunque fuese de lejos para confirmar que ya hacía parte del pasado

mientras que mi lado cobarde anhelaba un encuentro en el cual quizá un recuerdo, un ademán, un olor o una atracción olvidada la pudiesen afectar, jugar con sus remordimientos, con mis disfrazadas esperanzas.

Pero las cosas no siempre salen tal como son planeadas. Ya habían pasado tres semanas sin que se hubiese producido un encuentro. Hasta que la vi una tarde soleada cerca de La Recoleta. Recién salía de una reunión de trabajo y mientras encendía el cigarrillo y expulsaba los primeros humos, la vi a unos treinta metros, casi doblando la esquina. Discretamente la seguí.

Difícil explicar qué sentí. Las primeras dos cuabras fueron de pura emoción, el corazón disparado, la boca reseca. El ritmo de nuestros pasos era idéntico, paralelos a la distancia. Estaba linda, delgada, con el pelo brillante y caminaba con cierta sensualidad velada. Pese a que estaba de espaldas, sentía que estaba feliz, lo notaba por la sonrisa de las personas con quienes se cruzaba en la vereda. Fue exactamente así que me había enamorado de ella.

Poco a poco la razón buscaba despertarme. Sabía que me autosaboteaba, que no había manera de pegar los añicos de nuestros sentimientos rotos, que ella me había abandonado, que no me quería más. Pero el lado irracional y la pasión insensata movían mis pasos, los aceleraban cuando ella se paraba y alzaba la vista. «Acá estoy», pensaba mientras ella subía la calle del cementerio mirando su reloj con creciente ansiedad. Yo le seguía los pasos aspirando un encuentro, la intimidad de un café, la suavidad y la añoranza de nuestras voces y nuestras costumbres, la tregua y el alivio, «acá estoy, sé que me sentís también, nena, es la fuerza del pensamiento». Casi grité al instante que se paró y se iluminó su rostro. Miró hacia mi dirección antes de cruzar la calle, lo suficiente para que yo levantase el brazo en aspavientos, combatiendo su indiferencia.

No me notó. Mientras arribaba al otro lado de la vereda, vi como sonreía, sentí su corazón a galope, el frío en su estómago, vi como ligeramente se humedecida los labios, como su respiración se entrecortaba. Yo ya estaba casi en éxtasis, ya estaba dispuesto a entregarle nuevamente mi alma delante de tanto aire fresco, «yo te perdono mi linda, no hay rencores». La perdí de vista por un par de colectivos que se interponían entre nosotros, hasta que detrás de la negra nube de diesel la volví a ver, abrazada a otro hombre. No se trataba de un abrazo cualquiera porque su duración era más larga que la habitual entre simple conocidos, transcendía aquellos tres segundos que significaban «que gusto verte» para adentrar en la zona inconsciente del «que alivio verte, cómo extrañaba tu calor». La escena me hizo retroceder hasta apoyar mi espalda

en el muro del cementerio, casi unido a otros muertos, donde tendría que sepultar nuevamente los sentimientos que torpe y estúpidamente había intentado resucitar. El abrazo los fundió, él le susurraba algo al oído provocándole una placentera sonrisa. Luego la besó en el cuello y a ella se le puso la piel de gallina. «Pará, que malo sos, mi amor. Acá no se puede...» le dijo a su amante.

—¿Pero usted lo pudo escuchar desde el otro lado de la vereda?—me preguntó el licenciado Friedrich que realmente escuchaba con atención.

—No, pero es lo que solía decir. Luego le daría una palmada en el brazo, así como lo hacía conmigo. O sea, ni siquiera ha cambiado sus hábitos, pensaba que eran míos, dedicados, exclusivos. Sigue siendo mi Norma pero totalmente entregada a otro, se profana como si yo no existiera —finalizaba mi relato.

—¿Usted ya ha pensado que a lo mejor Norma está verdaderamente enamorada? Quizás por esto usted ya no existe en su presente. ¿Sería esto un desastre para usted o simplemente un detalle?

—Un detalle, nada más que un detalle —defendí por inercia o por fiaca porque ver a Norma abrazada a otro me dilaceró el corazón pero no volvió a matarme, solamente contestó en imágenes a mis pequeñas mentiras y esperanzas.

Aquel tonto Mateo que la siguió en La Recoleta se quedó para ser enterrado por los demás muertos. Por algún lugar lo he dejado atrás, ya lo devorarán los buitres imaginarios que planeaban sobre mi cabeza en constantes amenazas emocionales. Yo soy mi resurrección, morí pero sigo vivo.

Norma

Decidí aceptar su invitación, decía que en su casa estaríamos más a gusto. En realidad las palabras poco importaban, sabía que no sería un encuentro sin consecuencias. El remis tardó un cuarto de hora, marcado a golpes de corazón, dolores de cabeza y muchos pensamientos que se expresaban en pocas palabras y sonrisas nerviosas. Aunque no me acuerde sobre qué hablamos en el recorrido hacia su departamento, sé que Hermes me trataba bien, que entabló alguna charla amena que buscaba hacer que yo me sintiese a gusto.

Hermes

No estaba a gusto, se notaba porque parecía un poco trabada, así que había que acercarse con calma. La invité de manera muy natural, con ojos de buen mozo, era una cuestión de confianza. Le mostraría mi casa, mis intimidades en una taza de café, fotos de mis viejos, libros de recetas, alguna carnada sentimental que finalmente resultó con las tazas de los años cincuenta que mi tía Carmelita me había regalado.

—Me encantan esas tazas antiguas, son lindas —me comentó desarmándose poco a poco.

—Te regalo una, seguro que la necesitarás en tu nueva habitación —la incentivé.

No reaccionó, parecía tímida y no se atrevía a decidir. Escogí la primera, una amarilla que nunca utilizaba, y se la di. Se conmovió y pensaba que era una buena señal.

Norma

Estaba ahí, delante de mí, como en algunos de los romances solapadamente devorados en mi juventud. Era el prototipo perfecto, sus palabras y su manera de ser me trataban de envolver y no sería absurdo ceder. Preparaba el café silbando una melodía alegre, decidió regalarme una taza y eligió una amarilla, estilo vintage como le solía explicar a Mateo. No lo podía creer. Terminé haciendo todo lo contrario que Hermes deseaba: empecé a llorar.

Hermes

¡Maldita suerte, era increíble! ¿Cómo podía imaginarme que justamente esa miserable taza de tía Carmelita, que jamás había utilizado para nada, fuese el gatillo de ese torrente de lamentos, de culpas del pasado, el anticlímax total? Si le hubiese elegido la verde o la azul no hubiera pasado nada.

No me quedaba otra que abrazarla, intentar calmarla y escucharla en su laberinto de palabras y de ángeles, de dudas, del pasado, de un qué se yo de San Miguel y que no debemos engañarnos más. Terminó dormida en mi regazo debido a los mimos que le hacía en el pelo. Absorbía mi calma, mi paciencia e increíblemente notaba como

cambiaba su rostro, como se relajaba y casi sonreía, como se acomodaba en el sofá para entregarse mejor a su mundo de sueños, confiada a mi protección.

No me acordaba de otras situaciones en las cuales mis caricias hayan servido como un bálsamo para alguien y no sé muy bien porqué. Pero me sentí feliz, útil mientras la velaba. Eran señales, de otra manera no me lo podía explicar. En seguida me acordé del impulso primario que me acercó a Norma, el maldito *Nati* y yo que era la raíz de esos desencuentros.

En el celular Érica insistía inútilmente. No me entendería, con razón.

Rosa

Cuando mi hermano Sergio me contó de la inminente separación de Mateo y Norma, le contesté con un seco «eso ya estaba cantado». Porque así lo era. Uno desde afuera veía claramente que en los ademanes de Norma no había nada de especial en la mirada hacia su marido, ni en su manera de hablar o en sus sonrisas ausentes.

Cuando Mateo apareció aquella tarde después de visitar a un cliente en La Recoleta, en ningún momento hizo referencia directa sobre algo que le hubiera pasado. Y yo notaba que luchaba interiormente para frenar impulsos, controlar sentimientos e imponerse. Hablábamos de Sergio, de recetas y de música, pero sus palabras y ademanes no eran fluidos, como si cada dos minutos un sentimiento o un pensamiento se infiltrase y él buscara rebelarse. Tengo esa característica de descifrar a las personas basándome en actitudes banales, es un impulso que no controlo, fronterizo a la fantasía si no fuese por su veracidad.

Tenía la sensación de que se ausentaba de algo. Como si recién se desprendiese de una curva del río para seguir por la despedida, se paraba delante del equipo de música para elegir una nueva canción: se pasaba la mano por el pelo: suspiraba hondo y se tomaba otro trago y yo notaba entre una frase y otra el desarrollo de su batalla. Su mente peleaba entre sentimientos por Norma, conductas y creencias que ya no desaguarían en silencios resignados por calles vacías (siempre tuve la impresión de que Mateo es una de esas personas que camina para librarse de pensamientos agobiantes). Pero ya no había lamentos pronunciados, sus soldados al frente de la batalla ya se habían decidido a matar o morir por la gloria.

No importaba sobre qué habláramos, yo lo leía, era inevitable, evidenciaba sus sentimientos en palabras comunes, inadvertidamente exponía intimidad por la cual yo jamás había clamado. Lo conocía en aquel preciso instante. Entraba en sus vulnerables fortalezas, advertía sus miedos por los pasillos, sus esperanzadas ventanas, sus sótanos del pasado, sus calabozos solitarios, su jardín de invierno donde sentía que nadie había pisado. Un mundo por descubrir que Norma jamás había tocado.

Intentaba desvincularme de mis observaciones, me sentía espiando a través de una puerta entornada que debería estar cerrada si no fuese su descuido, pero esa metafórica violación me ataba, me llevaba de la ternura a lo prohibido, de las ganas de salir de su castillo hacia el corazón arcano que recela ser descubierto, ese temor natural que nos despierta lo sagrado, el alma de una persona que se cree inadvertida.

Ya no sabía dónde estaba cuando volvimos a mirarnos, cuando ya vestido me preguntaba si el amor merece sus riesgos.

Mateo

Pasadas un par de semanas las palabras del sabio Friedrich me abrían las calles dándole rienda a los pensamientos en medio a un dinámico trayecto entre tantos transeúntes que poco a poco drenaban mi ansiedad y mi incomprensión. La posibilidad de que Norma haya tomado la decisión correcta (no obstante los medios) al separarse de mí para vivir su momento y encontrarse con su felicidad, no me dejaba muchas alternativas.

Rememoraba la escena de aquella tarde en La Recoleta, principalmente las actitudes y los detalles de Norma. Estábamos en primavera, la temperatura era agradable, había una suave brisa que le daba movimiento a su pelo largo y voluminoso, se vestía con ropas claras, con estampas floridas y su manera de caminar reflejaba alegría y esa tensión que suelen provocar las mariposas en la barriga. Todo parecía idílico, como en una propaganda de perfumes o de toallas femeninas, esas que dan a la mujer aires de confianza, gracia y naturalidad. Imposible añadir a todo eso un sentimiento de culpa, siendo tamaña la espontaneidad.

«Norma no siente ninguna culpa» pensaba yo.

«Mateo está pensativo», leía Rosa al abrirme la puerta.

— Qué bien, llegaste temprano así que podés darme una mano en la cocina — me invitaba con sinceridad—. Sergio está arriba en la oficina, hablando con proveedores chinos —concluyó enseñándome el taburete y la tabla para picar.

—Antes poné música, Mateo —me pidió.

Y así, embalados por música suave, hablábamos, trabajábamos, probábamos. Charlábamos y yo me sentía bien, comprendido, Rosa me sacaba de mis rincones disconformes, me gustaba como respetaba mis vulnerabilidades. Observaba sus manos al probar la salsa, sus comisuras, la luminosidad de la cocina, los aromas que se desprendían de la olla, algo generoso.

—El amor merece sus riesgos, ¿no te parece? —le comenté.

—Y sus equívocos también. Yo una vez salí con un tipo que se devoraba con la mirada a todas las mujeres que se le cruzaban. Hablaba de cuántos abdominales hacía y me preguntó si quería tocarle la panza como si eso fuese el premio máximo del país: cosas que pasan.

—¡Que amor! Un hombre debería prepararse muy bien antes de hablarte.

—No me digas.

—Debería intentarlo por temas un poco más sensibles, Buda o la leyenda del unicornio azul, algo que en principio te despierte ternura.

—Andá a saber, Mateo...Supongo que después de los cuentos chinos me vendrías con una invitación a cenar, lo típico —dedujo al adentrar en una zona ya sin dueños.

—Por supuesto, la noche siempre colabora con los románticos. En un lugar cerca del agua, que es otra característica que, no me preguntes por qué, pienso que favorece el entendimiento y trae buenos fluidos energéticos. Te llevaría a un restaurante poco conocido y simple para que sepas que no soy un tipo afectado. Y todo menos carne, no me parece agradable buscar tocarte el corazón mientras la sangre de un muerto escurre por mi plato —contesté sin saber que momentos mezclaba, ni porque de repente sonreíamos.

—Y vino por supuesto —agregué a modo de explicación—, porque en último caso le suplicaría a Baco para que me diese una mano —contesté al mismo tiempo en que le servía un poco más de vino tinto en un sincronismo inadvertido que detenía el tiempo y nuestro asombro.

Escuchábamos a Sergio que se volvía loco por teléfono intentando por enésima vez explicarle al chino en perfecto inglés gauchesco el formato de las tomas y de los

enchufes en nuestro país y que en algunos segundos ingresaría a la cocina. Vi como ella se enderezaba sobre el taburete. Como si tratase de disfrazar algo que ya se encontraba en todas partes, en su actitud, en su pelo brillante, en su aliento secreto y que lentamente aparecía en sus ojos de caleidoscopio. Detalles que ambos desde entonces sabíamos que existían verdaderamente.

Hermes

—No te hagas el tonto, Hermes. Lo sabés muy bien —me explicó a la semana en un café donde nos encontrábamos. Los papeles definitivamente se invirtieron porque ahora yo escuchaba sus consejos.

—Mejor que me lo digas bien clarito —contesté con seguridad aunque posiblemente fingía.

—Mi querido dentista, para que lo entiendas bien, no existe la más mínima posibilidad de éxito sentimental en tu vida si cuidás de muchas bocas a la vez, ¿fui suficientemente clara?

Norma tenía razón, no cabían argumentos. Un par de días después, Érica se fue tristemente y me dejó un gusto amargo en la boca. Aunque estaba seguro de que a lo largo de algunas semanas ella y su juventud ya lo habrán superado todo, lo que realmente me atormentaba era cómo me había equivocado, cómo fui capaz de darle rienda a Érica sin concretas perspectivas.

—¿Le fuiste infiel? —me preguntó Norma que me oía con atención.

—Algunas veces.

Escucharme era patético. En el caso de Érica y en otras anteriores también, lo que realmente me molestaba era que las decisiones de romper no eran basadas en iluminaciones interiores, en comprensiones íntimas, en lecciones que hacían de mí una persona más esclarecida, madura y consciente. Las situaciones se sucedían y poco en mí cambió verdaderamente.

Yo traicionaba a mis parejas y esa era mi verdad. El resto era egoísmo, vanidad, y tantas otras cosas de las cuales buscaba escaparme hundiéndome en la siguiente ilusión, en la siguiente persona. Estaba lejos del amor.

—Tuviste coraje —le dije a Norma pensando en sus decisiones.

—Era la responsable. Sé que sería juzgada, que no faltarían piedras. Por un lado sigo esperando la condena, la venganza del destino, pero hasta ahora, todo lo que me sobraron fueron horas solitarias.

—¿Te sentís sola? —le pregunté arrellanado en el sofá.

—Siento que es necesario. Además, te tengo a vos, mi querido amigo—me dijo con tremenda naturalidad y con una expresión de pesado alivio que solamente la buena consciencia puede otorgar.

Norma se fue antes del anochecer y como solía pasar en nuestros últimos encuentros, su presencia y sus ideas permanecían presentes, como los efectos del soplo de una madre que permanece milagrosamente sobre la herida hasta que nos olvidamos del ardor. Su cercanía agregaba lo inesperado, Norma se movía a través de pensamientos que me servían, que me mostraban ciertas verdades sin el peso de la condena.

Ella me mostraba la posibilidad de ser diferente, que el buen camino a la larga traía paz. Que la fidelidad era más que un anhelo, era una necesidad. «Primeramente hacia uno mismo», contestaría Norma en una de sus frases prestadas de su mundo imperfecto. Ella me inquietaba, todavía recordaba sus palabras sobre la posibilidad de empezar a cambiar a cada nuevo segundo, nuevas páginas de vida.

Aquella noche borré todos los contactos femeninos de mi celular, *3421-4121*, en un impulso ciego quemé cartas y fotos sin mirarlas, sin darle chance a la inoportuna nostalgia y con el pensamiento eufórico en mis posibilidades *3421-4121*, tiré a la basura ropa, regalos y cuentos con el pensamiento fijo en cambiar. Ansiaba llegar a un nuevo lugar que creía liberador. Luchaba para que esa limpieza se sobrepusiese al primer pensamiento, que me atacaría en la sobriedad.

Quizás era inútil, era inocente. Desde el comienzo lo sabía, en el terreno pagano de mi existencia, el diablo habitaba mi memoria, en esos números memorizados del teléfono de Isabel que le daban vida. Que me mostraban la tiranía de mis dioses que aprehendían mi verdadera libertad. Intentaba dar los primeros pasos. Las victorias y las derrotas serían todas morales, sin testigos.

Norma

No sé qué opinar respecto a los matrimonios, pero tampoco me importa mucho en ese momento. Quiero volver a sentirme bien y para que sea de esa manera, es importante estar al tanto de los caminos, de las verdades que ahora soy dueña. Creo que Dra. Marta (digo doctora porque ella me parece tan elegante) está orgullosa de mí, en algunos momentos pienso que somos cada vez más parecidas, algunas decisiones yo sé que ella las tomaría igual, aunque nunca lo confesara.

Decir que el encuentro fue casual es una media verdad. Algo hacía que yo almorazara cerca de su zona de trabajo, estacionaba el auto los viernes cerca de su peluquero, tal como Ellen lo hacía en aquellas épocas donde realmente me descubría...

Marta

No la veía desde hacía unos tres meses, desde que le di el alta. Fue por casualidad, almorzaba cerca de mi trabajo y la encontré, parecía que ya me había visto porque me sonrió e inmediatamente me invitó a su mesa. Estaba linda, parecía feliz. Norma después me dijo que en aquel momento tuvo la certeza, que me miraba y no conseguía parar de sonreír.

Norma y yo nos llevamos muy bien desde el principio de nuestra relación. Compartimos todo lo que la vida nos ofrece: pensamientos, sabores, alegrías, prejuicios, colores, momentos, fe y principalmente amor. Es un amor pleno y calmo, nos gusta vivir juntas nuestras rutinas. El otro día me habló más en serio respecto a tener hijos y decidimos que realmente era la hora. Cuando llegó la confirmación, a Hermes no solo le dimos la buena noticia sino que lo invitamos a que fuera el padrino.

—Claro que acepto —contestaba disfrazando ojos emocionados—. Bienvenido sea otro hincha del Ciclón.

Alba

*“El futuro nos tortura y el pasado nos encadena.
He aquí por qué siempre se nos escapa el presente.”
(Gustave Flaubert)*

Todo iba relativamente bien hasta que volvía a ganar la calle desierta. El frío era otro índice de que la noche sería inmensa, oscura como suele ser en invierno, clandestina como siempre. Lo que sucedía era una serie de decisiones menores, a las cuales realmente les restaba importancia porque el único objetivo era moverme, hacer algo mientras mis pensamientos seguían del lado interior del edificio que quedaba a mis espaldas, soberano y pesado como la historia.

La primera medida, después de encenderme un cigarrillo que ya era un automatismo y una necesidad, fue irme a la zona de los bares que no duermen jamás, ahí a la bajada del río, donde a nadie le importa nada. Iba conduciendo despacio sobre mi moto por diferentes razones que juntas formaban un vacío. Porque a lo largo de los últimos meses resultaban ser el único guión posible para que quizás más tarde, juntando el sótano y el prostíbulo y los tragos y la oscuridad de mi mente, por fin me regalasen algo imposible: una noche de sueños de los cuales prefería despertarme sin recuerdos.

Sabía que no era tristeza y que intentar un análisis más allá de lo obvio podría ser una invitación a la locura, algo que evitaba, pese a lo hechos. La zona portuaria también significaba el límite del país, el final de la Argentina, siete pasos más y agua, el fin de todo. A lo mejor era justamente por eso que venía acá, entre los caminos del sótano y la cama, porque aquí existía la alternativa del final, que bastaba cruzar, que la plata alcanzaría por algunos meses, que sabía cómo hacerlo. Podría empezar todo desde cero, no importaba la derecha o la izquierda, sistemas y mentiras, porfiadas justificaciones de lo imposible. Estaba involucrado en aquello que no existía pero que era tan tangible como la rubia de labial carmín, corpiño ajustado y carnes abundantes, que me sonreía desde la entrada.

—¿Muy cansado, bombón? —me preguntaba con voz ronca—. ¿Qué tal un destilado para irse relajando?, se te nota un poco tenso— proponía la Marilyn Monroe suburbana.

Y pensé que no tenía alternativa,. Que el whisky añejo falso era un pasaporte más para entrar en esa zona irreal. A la que luego se acoplará una morocha, o quizás Marilyn. Con fortuna, Sophia Loren, igualmente irreales pero suficientemente verdaderas para las siguientes horas. Para disminuir hechos cerca del río, del final de

un territorio donde terminaba lo sólido y empezaba el mareo de mis ojos de hipócritas lágrimas rasas.

Y es que el prostíbulo era la contradicción misma: mi verdad y el único camino posible, el dolor que alivia, el narcótico que hacía olvidar y dañaba mientras los ojos se cerraban y el cuerpo se hundía en la cama de la penumbra. Donde al final todo se invertía y yo reposaba mi cabeza hueca sobre senos hartos como en las noches difíciles en la cuales mamá me hacía mimos en el pelo cuando todavía no me imaginaba en los cuartos oscuros del sótano.

Ingresé al ejército por insistencia de mamá que me había criado sola y en algún momento pensó que la carrera militar me daría estabilidad. Para ella ‘la estabilidad’ era un sueño jamás vivido desde que leyó una carta en mal castellano de mi padre diciendo que regresaba a su patria o a otro lecho desvergonzado en un buque que se perdía en el horizonte. Mamá me contó que permaneció en la orilla hasta que no quedó más que un lejano puntito gris que se confundía en la línea del cielo con el mar y con una lágrima que no permitió caer, por la vida que surgía en su vientre. Aprendió que los sueños se esfuman una mañana cualquiera. Mirando su época y las pocas opciones, pensó que nos ganaríamos el respeto en la carrera militar salvándonos así de las miradas hipócritas y despechadas de los vecinos que la trataban de puta y a mí de bastardo. Había los piropos pesados y risas de los pibes del barrio. Al final de cada día cada uno con sus marcas: su olor a perfume barato y otro agujero en mi pantalón.

— ¿Cómo ocurrió eso? —me increpó mientras cosía el parche— ¿Vos te peleaste otra vez?

— Fue en el fulbito del recreo, lo siento mamá —contestaba disfrazando mi dolor en las costillas por donde me habían pegado los muchachos del quinto año.

Aunque no le gustaba que yo la esperase hasta que regresaba a casa por la madrugada, yo hacía hincapié en que notaba su cansancio. Le preparaba leche caliente que tomaba al salir de la ducha dónde se fregaba violentamente con una esponja amarilla, donde disfrazaba su llanto entre tanta agua que la limpiaba y que se perdía por el sumidero para tener como destino final el conocido río salado. Y nos acostábamos en nuestra cama que era la única que había en el monoambiente. Y permanecíamos ambos en silencio. Mis oídos reposando sobre su corazón de leche que era todo mi alimento en un mundo que parecía no quererme.

Al fin la idea de seguir por el camino militar fue una promesa que le hice a mamá mirándola a sus corajosos ojos amarillentos, fruto de la hepatitis que un cliente

le regaló en una noche en la que no pudo defenderse. Creo que entre náuseas, debilidad y pérdida de apetito ella más bien quiso ignorar los síntomas y el posible diagnóstico y había decidido dejarse llevar por la muerte que muchas veces le parecía una alternativa mejor que su realidad. Mientras optaba por dejarse llevar a la tumba, invirtió toda su energía en planearme el futuro: en orientarme para que no cometa delitos: para alejarme de los líos con los demás muchachos del barrio y de la policía. Que controlase ciertos impulsos agresivos para cosechar en el futuro los frutos de mi paciencia y dedicación.

—No te metas nunca con la policía, mi ángel. De otra manera jamás podrás ingresar al Colegio Militar —me advertía sin reproches.

Recordaba esas costumbres sentado en la barra del bar, mientras esperaba que Sophia Loren terminara de atender a su cliente en el cuarto catorce (mi número estrella, en el límite de la mala suerte). Las cargadas de los niños eran constantes. Un día, los muchachos comandados por un tal Ruso, le recriminaron a otro pibe de su pandilla por referirse al profe de matemática como «un auténtico hijo de puta».

—Esa designación es exclusiva de Héctor, el único, verdadero y legítimo hijo de trola —me cargaba el Ruso pocos segundos antes de que mis pies le quebrasen las muelas en un ataque de furia que me sorprendió hasta a mí. Llegué a casa muy contento, en una mano la carta del director del colegio para mamá y en la otra el diente del Ruso, un souvenir que representaba nuestra honra lavada. Sin embargo, mamá se puso muy nerviosa, decía que el director quería expulsarme del colegio y que la citaba para el día siguiente en su despacho. Entramos juntos y al escuchar al director supimos que mi expulsión era prácticamente un hecho consumado.

—Quisiera hablarle a solas, señor Director —dijo mamá haciéndome una señal con su mirada para que yo saliese de la oficina.

Pasados veinte minutos, salió de su despacho con el pelo un poco desordenado, el lápiz labial borrado, un caramelo de menta en la boca y con mi plaza en el colegio asegurada. Por pura ironía mi pelea con el Ruso por la honra de mi madre tuvo como consecuencia ensuciarla para garantizar una esperanza de futuro en mi vida.

Mi adolescencia la pasé tratando de controlar los impulsos, de aguantar callado las humillaciones de los demás. Todo para evitar la tristeza de mamá cuyo cuerpo languidecía hasta que en una noche de sudestada me dijo sus últimas frases que incluían los lugares secretos de sus ahorros, los papeles de la pensión de huérfanos y su emotiva despedida:

—Lo siento muchísimo, mi ángel. Sé que merecías una madre mejor pero lo hice todo por vos, creeme.

Y de pronto, sus ojos se cerraron y el corazón se me paró frío, indiferente frente al dolor, delante de la falta de sentido en una vida que solamente se mostraba a través de su cara más denigrante y cruel. Pese a que me había pedido un entierro humilde no ahorré plata para darle un fin decente y digno, de acuerdo a mis sinceros recuerdos, al constante amor que siempre he sentido en sus miradas, sus palabras y su lucha. Nunca le reproché la vida que llevaba porque temía que mi destino fuera igualmente aciago. Pues muchos pasos de mi vida iban al encuentro del fuego eterno sin que hubiese en mí una fuerza lo suficientemente grande para apartarme de mi lenta condena. Desde chico, con el destino de mi madre sellado debido a su salud, invertí todos mis esfuerzos en un único sueño, aceptando lo demás, ahorrando fuerzas para un único disparo al destino.

No se trataba de un sueño que abarcaba familia, plata, poder y venganza. No había una planificación de vida. Tampoco un amor platónico. Todo lo que deseaba al caminar por la orilla del río era que algún día lo pudiese cruzar, ingresar en su caudal revuelto, limpiarme de todo, ser revolcado por su furia y su corriente para ser devuelto a la otra orilla. Tal como todas las cosas que se tiran al mar y que algún día él se ocupaba de devolver. Deseaba una nueva vida, una hoja en blanco, sin pretensiones ni idealismos.

Así que vivía mi vida sin intentar nadar contra la corriente. Obedecía las órdenes de mis comandantes que elogiaban mi manera discreta en la ejecución de las tareas. Cada cuatro semanas me llamaban para hacer el parte de las tareas de los sótanos como observador, donde por primera vez me enteraba de la máquina trituradora bajo la mirada atenta de los demás que analizaban todas mis reacciones. Registraba todo callado y trataba de no involucrarme ni demostrar un solo sentimiento mientras sudaba frío. Advertía como los sentimientos explotaban desde el cielo hacia el infierno. Como un pedido de clemencia se chocaba con la escondida sed de poder. Como el coraje arrodillado y sollozante se hundía delante de la cobardía, como frente a la humillación los demás vomitaban sarcasmos, asumiendo roles tan efímeros como el gobierno, hasta el siguiente golpe de estado. Cuando todo será otra vez venganza, ilusión, otra vuelta en la historia de la humanidad hambrienta de sangre y desprecio.

—Andá preparándote Héctor, tenés todas las características para llegar donde estoy —me alentaba el sargento Bravo después de una sesión de picanas eléctricas, submarinos y golpes diversos.

Me informaban que debido a las vacaciones del cabo Valdez, pronto me tocaría a mí sujetar al acusado e ignorar su agonía. Escribir parte de una historia que no existía. Fueron horas de mi lado más oscuro que más tarde trataría de diluir en el humo de los cigarrillos, en el whisky trucho, en los muslos de Sophia Loren que a lo mejor tendría su vientre desocupado para mí, que me haría mimos en el pelo mirando silenciosamente al río. Compartiría melancolías confusas y un futuro incierto cuya base era mi conciencia de que todo iba mal, que podría ser diferente.

—Solo pienso en un nuevo comienzo, Sophia —le dije una noche donde gasté la plata para charlar a la orilla del río y no para poseerla—. Desde chico anhelo eso, una salvación llamada olvido.

—Yo también sueño con eso y cada día trato de distanciarme de todo, de cortar los hilos que de alguna manera me trajeron hasta acá. Y así vivo dos vidas: a la puta la trato con frialdad, la callo y la dejo flotar en un mar de letargo por las horas que estoy atada a la cama, trato de no alimentarla con nada, ni siquiera con pena o con rabia. La tengo que dejar indiferente para apuñalarla de una sola vez, distraída.

Y por esas razones que no tienen fundamento en el sentido común, yo le hablaba mirándola a los ojos, le contaba de mamá y del sótano. Que dentro de dos semanas sería mi promoción en una carrera donde crecer significaba saber utilizar técnicas de tortura y sentir satisfacción en la crueldad. Que los gritos agobiantes me acusaban menos que el heroico silencio y mis náuseas y acribillada conciencia les importaba un reverendo bledo a los demás, enfermos psicópatas.

—Aunque la vida me ha tratado como basura, las angustias de los sótanos no significan mi venganza, ni hacen despertar en mí un monstruo oculto. Me dan asco, es una parte de mí que quiero dejar morir, sin rencores ni remordimientos, ¿me entendés, Sophia?

—Te entiendo, las coincidencias entre los milicos y las ramera. Me llamo Alba, si preferís.

Y de pronto nos abrazamos y el río fue testigo de nuestro beso ardiente y anhelante de reconciliación. No me importaba que esa boca fuera fuente de placeres para borrachos cochinos. Porque desde su boca y su lengua no advertía las innumerables inmundicias, solamente la misma desazón, la misma esperanza desquiciada de que en algún momento algo podría ser fruto del amor y que no nos venga Freud a saludarnos en nuestra hambrienta miseria de indigentes. Y nuestro beso nos desarmaba y nos emocionaba, porque sentíamos que no nos juzgábamos. Que yo no pensaba en su boca

de trola ni ella en mis manos de picana. Que la sinceridad de un gesto afectivo únicamente se podría producir así: sin máscaras ni mentiras, ahogando con saliva las vidas que queríamos matar, adivinando en sus lágrimas de plata y en mi corazón descompasado la fugaz eternidad de un sentimiento.

Antes no creíamos en el amor porque pensábamos que no lo merecíamos, porque en la vida casi nunca nos mostró su cara. Y tampoco hablamos sobre él en los siguientes días donde los encuentros eran alivio y la entrega ocurría en las palabras, en los primeros sueños pintados con los colores del amanecer. Donde nuestros culpables fantasmas convivían en armonía y nos pedían una oportunidad.

Todo lo que teníamos (o que realmente valía la pena llevar) cupo con holgura en el baúl del auto. Tenía dos días de descanso («¡para gozar la vida, Héctor!» me decía el capitán). Era un sentimiento único para ambos. Las ventanas abiertas, el aire caliente de la Provincia de Misiones, el cigarrillo a pura brasa, el mate que cebaba Alba mientras cosía con destreza mis camisas, el tango de Carlitos y la mirada puesta en el horizonte sin fin. Sus mimos en mi pelo me estremecían y nuestras miradas eran de puro ensueño, la realización de perdidos anhelos pese a que el futuro era una incógnita, sería menos terrible que la reciente actualidad. El destino elegido era Puerto Iguazú, portal de entrada hacía un nuevo país en el que dejaríamos a nuestras espaldas cataratas de olvido, caudales revueltos tragando una pequeña fracción de penas y remordimientos. Las cascadas se fundían con las lágrimas que Alba escondía en mi pecho en un abrazo compañero y cómplice.

Transportaba conmigo la ilusión de un porvenir que llevaba su nombre.

Ángel caído

“
*La inconsciencia es una patria;
la conciencia, un exilio*”.
(Emil Mihai Cioran)

I

Nadie me quitaba la certeza de que mi natural estado de conciencia y de conocimientos era muy expandido y vasto. Que diversos rincones de mi cerebro parecían estar bajo anestesia y solamente se manifestaban a través de pálidos y difusos recuerdos que también me traían sensaciones de amargo rencor y rebelión.

Existía algo que chocaba con mi energía y luego se transformaba en un profundo inconformismo por haber descendido a este lugar primitivo y que me mantiene apartado de la dimensión original a la cual, como ángel caído, debo regresar.

Los resignados maestros trataron de explicarme que me encontraba en esa situación no por decisión de Dios, sino por mis propios actos. Por haber caído desde la ambición en ese lugar inhóspito donde lo más aterrador es el estado vetusto de obras, de conocimiento y de entendimiento de la gente.

De la patria, del pasado, no guardo ni un solo recuerdo, tal como les pasa a los demás, el velo del olvido. Eso me provocaba inquietudes, algo dentro de mí gritaba: íntimos sentimientos descontrolados. Una mezcla de rabia y añoranzas en un laberinto de espejos, donde yo era todas las respuestas o las imágenes de lo que pensaba ser.

Era como vivir en dos mundos distintos: como una mente brillante acostumbrada a manipular cuerpos y energías quintaesenciadas que de pronto se percibe en un ambiente arcaico, con herramientas obsoletas, rodeado por torpes aprendices. Y para colmo, parcialmente encarcelado en un restrictivo y pesado cuerpo que absorbía los venenos del alma y los expurgaba a través de las más bizarras enfermedades.

Pertenecía a lo que se puede denominar la elite espiritual e intelectual del imperio. Estudiábamos los fenómenos de la vida y de la muerte bajo un pacto de silencio, mientras los sacerdotes decidían qué información trasladarían al pueblo y de qué manera. Solamente eran capaces de comprender ciertos principios básicos en forma de metáforas, por ende nos hacía incluir gatos, perros, vacas, centauros y demás personajes en una precaria mitología.

—La evolución no salta, Amasis. No es posible exigir que lean y apliquen nuestras escrituras si no conocen las letras —me decía el maestro Kheruef.

Él fue el responsable de traerme al templo cuando yo todavía era un niño y contaba solamente con siete años. A la vuelta de un sus viajes por el imperio, él solía desviarse de la caravana y andaba de incógnito por los pueblos del camino, acompañado de su discípulo de turno y de un experto militar. En la planicie del río, a tres días de la capital, llegaron a una villa que inmediatamente les llamó la atención, por parecer abandonada. Había, como mucho, unas treinta chozas todavía habitadas y una plaza con el depósito central que ahora albergaba algunas camillas, velas, enfermedades, muchos quejidos y al fondo, una mesa con hierbas, aceites, pañuelos y agua. Se contaban unas sesenta personas, entre ellas: ancianos, enfermos y mujeres que respiraban el mismo aire cargado, contaminado de muerte y esperanza.

Me encontró junto a la mesa, era el único chico del lugar. Maceraba hierbas, preparaba infusiones, ordenaba tratamientos con ojos vitrificadas y su voz era muy gruesa para un niño. El representaba un claro fenómeno de incorporación como me explicó Kheruef en mis años iniciáticos.

Inmediatamente se juntó a mí por una noche intensa en la que dos vidas hicieron el viaje. Los demás enfermos poco a poco salieron de la zona de riesgo y entraron en un proceso más estable de recuperación.

Kheruef se enteró de que yo era huérfano y que anteriormente viví con mi abuela, fallecida hace tres años. Unas de mis particularidades era que desde niño tuve una sensibilidad especial para comunicarme con el mundo de los espíritus. Y casualmente, una noche el comandante del pueblo ardía en fiebre y todos ya temían lo peor cuando le preparé un té a base de hierbas, le pasé unguento en el pecho y en los pies y le apliqué sesiones con pases energéticos. Al cabo de tres días el comandante se había recuperado y desde entonces las personas me hablaban para que yo consultase los dioses.

Antes de llevarme al templo, el maestro les garantizó que en una semana un destacamento del imperio les ayudaría a reconstruir la villa y las plantaciones abandonadas. También les entregó una carta de recomendación al templo en caso de enfermedades más graves. Por fin, me informó sobre mi nuevo destino.

—Será un honor —le dije respetuosamente. Miraba al piso con la cabeza gacha mientras los ojos de Kheruef se nublaban, convencidos de que Dios había devuelto un espíritu al que estaba atado desde hace mucho tiempo.

—Tengo la sensación de que inconscientemente rogué mucho a Dios para que ese encuentro se pudiese realizar —me dijo emocionado en un momento para ambos inolvidable.

Sin embargo, aunque cultivaba mucho respeto y admiración hacia el maestro Kheruef, por momentos su paciencia y resignación me molestaban, una clase de pasividad que indirectamente agrandaba mi inconformismo. Tratarme como un exilado jamás me motivó a alcanzar la llamada evolución moral y espiritual que él profesaba incesantemente. Naturalmente algunos pensamientos míos, libres del cabestro del templo vigilante, abordaban un argumento básico: *¿para qué regresar donde no me quisieron, donde mi manera de pensar era una traba a la evolución de los demás?*

Sinceramente, ese tema de alumnos necios, indisciplinados, castigados por una aparente mala conducta era una teoría humillante que me negaba aceptar, más allá de cuestionar quién nos ha mandado para acá y con qué legitimidad.

— El verdadero conocimiento se convierte en caridad. —sentenciaba el maestro, casi como un mantra.

Tales comentarios muchas veces me llegaban como veladas acusaciones frente a las cuales trataba de callarme para evitar roces con Kheruef. En esos tiempos ya comandaba una parte del ala occidental del templo, hacia donde eran conducidos los enfermos del cuerpo, de la psique o del alma. Yo los atendía, los llevaba a un estado de relajación, a una controlada inconsciencia, identificaba junto con los enviados (siempre presentes en esas horas) en qué cuerpo espiritual se encontraba la causa, lo sanábamos y enseguida los dispensaba.

También había casos de desajustes emocionales ocasionados por obsesiones de espíritus aún más retrasados, a los cuales hacía falta convencerlos de que el camino de las tinieblas era equivocado. Hablaba del libre albedrío, de las leyes de causa y efecto, esas comprensiones básicas que uno todavía tenía que explicar pacientemente. Los resultados prácticos obviamente eran buenos y despertaban en los pacientes gratitud, igual que admiración y hasta adoración.

Casi todos los días junto a mis asistentes dejaban regalos (o algo que pretendía serlo) tales como: panes, animales, ropas, cartas y demás baratijas que yo repartía entre otros necesitados.

Una vez traté a un influyente mercader de la capital llamado Badru que en los últimos tiempos tenía graves pesadillas, andaba viendo bultos y sufría de inexplicable pánico al instante que pensaba salir de su casa para trabajar. Llegó extremadamente

debilitado y alienado al ala occidental, lo analicé rápidamente con los enviados (en el lado de allá se ve mejor), le cambiamos la frecuencia del chacra coronario, esclarecimos y apartamos las entidades maléficas y lo reequilibramos energéticamente.

—Muchísimas gracias maestro Amasis —sollozaba de rodillas—, benditos poderes los tuyos — balbuceaba mientras intentaba a todo costo besarme las manos y los pies.

—Agradezca a nuestro Dios único —le respondí automáticamente por tratarse de una frase que Kheruef siempre recomendaba decir en esos casos, cuestión de simple humildad...

Yo vivía en la casa contigua al templo, era relativamente amplia, con jardines preciosos. Me relajaba en la tina de agua caliente cuando Zaid pidió permiso para hablarme:

—Maestro Amasis, hay un regalo del mercante Badru e insistente en que lo acepte. ¿Puedo traerlo o lo dispenso? —me preguntaba sin sacar los ojos del piso.

Suspiré hondamente jugando con el agua que escurría por entre mis manos.

—Traelo.

Pasados algunos instantes escuché suaves pasos que se acercaban y poco a poco, por entre la penumbra del cuarto, sorprendido vi a una maravillosa joven envuelta en una bata dorada. Observé que tenía muchas joyas, su aroma era fresco, su maquillaje delicado y muy femenino. No me dijo nada. Se paró delante de mí y desató los nudos de su ropa, revelando la desnudez de su esbelto cuerpo. Ahí estaba, al alcance de mis manos.

Si por un lado la ignorancia de las leyes universales e invisibles que gobiernan ese orbe era una característica del pueblo al que estaba condenado a convivir, por lo menos reconocía que poseían un magnetismo único, sensualidad a flor de piel, entorpecedora, solitaria, nostálgica...

Ella preparó mi bañera con sales minerales y hierbas, luego fregó y masajé mi cuerpo, me hizo mimos en el pelo, me hizo disfrutar. La despedí al alba.

—¿Qué te dijo Badru, que regreses o que te quedes?

—Noble maestro, dijo solamente que era tu propiedad.

—Entonces considerate libre, no soporto la esclavitud —le comuniqué enseguida—. Hablá con Nailah, la gobernanta de la casa, ella te ayudará. Si no tenés adonde ir, igual podés quedarte.

II

Mi rutina permanecía inalterada, atendíamos a los enfermos sin distinción entre los necesitados. Hacíamos de nuestro puesto un lugar donde convergían ricos y pobres, jóvenes y ancianos, militares, domésticas y esclavos. Era una más de las premisas de Kheruef que en sus bases morales rechazaba firmemente cualquier forma de discriminación.

En el templo el tiempo estaba disciplinadamente dividido: había un horario para las oraciones, los momentos conjuntos de alimentación frugal, el grupo de estudios comandado por Kheruef y por fin, durante un período de tres ampolletas, nos tocaba atender al pueblo. El respeto al horario era sagrado debido a la presencia del equipo espiritual (los enviados) y también para no extrapolar el desgaste de los médiums.

—Hoy no podremos atender a todos, maestro Amasis. La ampolleta indica que tenemos solamente tiempo para un paciente más —me informaba Zaid.

—¿Cuántos quedan esperando? —le pregunté ya un poco cansado.

—De acuerdo con el orden de llegada, está el caso de la anciana Zahra con grandes dificultades respiratorias. Luego el de Donkor, un labrador de la orilla occidental del río con dolores agudos en la espalda y recién ha llegado el comandante Abubakar, primo del mercante Badru, que regresó de sus incursiones en las tierras conquistadas al oriente, con un dolor muscular en el antebrazo izquierdo.

—Pues hacele entrar a Abubakar y a los demás que esperen por otra oportunidad, cuando el gran Dios único lo permita. A la anciana una infusión, al labrador unos analgésicos herbales y deciles que tengan fe. La mente, los pensamientos son la puerta de la enfermedad y de la cura.

Lo de Abubakar no era nada, tenía nudos de tensión en su brazo que a lo largo de los días podrían evolucionar hacia una manifestación más crónica. Así que le traté esos aspectos tuvo alivio casi inmediato.

—Muchas gracias maestro Amasis —dijo al despedirse—. Usted tiene benditos poderes.

—De nada, comandante Abubakar, hago lo que puedo.

III

Por la noche estuve un poco ansioso, el calor era sofocante, en el aire se notaba el aroma dulce y penetrante de las flores que observaba desde mi balcón. Miraba las estrellas, principalmente las que forman el cinturón de Orión («desde siempre Orión», repetía casi emocionado) y me entristecía sin motivo aparente. Eran toda una referencia, sin embargo parecían inalcanzables, demostraban mis conflictivas dualidades: el ideal y el exilio, la teoría y sus aplicaciones, el conocimiento y la moral, el hombre y el animal, eslabones perdidos de lo que pretendía ser.

Se acercaba una comitiva del comandante Abubakar que despejó los densos pensamientos. Vi a la mucama de Abubakar junto a una preciosa joven, bastante nerviosa pero impecablemente vestida con tejidos semitransparentes y abundantes joyas. La despedida entre ambas fue bastante emotiva. Pasados pocos minutos Zaid la anunciaba a la entrada de mi cuarto. La decisión claramente estaba en mis manos y la acepté pese a todas mis certezas, como un adicto que niega sus dependencias con excusas que en realidad eran confesiones. Necesitado de reconciliarme con lo espiritual, me ataba a lo terreno, mitad hombre, mitad animal.

«*El que huye de las verdades no se libera de lo que lo esclaviza*» eran las palabras de Kheruef, omnipresentes en mi memoria y que mostraban que mis actuales dioses eran como los de las fábulas que les enseñábamos al pueblo: animalizados.

IV

Nunca necesité muchas horas de sueño, me bastaba desconectar el cerebro temporalmente. El cansancio físico lo controlaba aplicando técnicas de meditación: primero registraba la parte del cuerpo, el músculo o el sistema que estaba tenso o desajustado y a base de órdenes mentales, disolvía las tensiones, equilibraba las químicas interiores soportando así las horas sin molestias. Todo lo debo al maestro Kheruef que me había enseñado los métodos de respiración, de conciencia física y extra física, y por fin me especialicé en esas técnicas debido a una urgente necesidad de huir de desagradables e insistentes pesadillas.

Eran noches en las que sabía que me movía mucho en la cama, algunas veces me despertaba bañado de sudor, tirado sobre el piso, pero casi nunca me acordaba del contenido de los sueños. Solo tenía una sensación de alivio por despertarme y escapar de situaciones amenazantes, hasta que llegó una mano invisible en el cuarto vacío para quitarme el sudor de la frente: *«Amasis, mi querido, la verdad no se cambia por*

escondarse en un cuerpo», una voz femenina que calmaba mi corazón cuando yo escapaba hacia el balcón para poner la mirada en las estrellas y hacia el oriente donde anhelaba la llegada del sol que disiparía la negra noche de miedos ocultos. Absorbía los primeros rayos que me fortalecían el cuerpo y quemaban mentalmente los difusos recuerdos de los gritos ahora olvidados.

V

Mi prestigio se acrecentaba en los pasillos del imperio porque nacía de las bocas de los exponentes de la sociedad política, económica y militar. Mientras puertas adentro del templo, mi comportamiento era estrictamente correcto en las actividades comunes. Sentía que la fascinación también se extendía a las mujeres de la corte que me seguían ardientemente con los ojos, ávidas buscaban una provocativa apertura, juego que yo manipulaba instintivamente a mi placer.

— ¿Para qué regresar adonde no me quisieron si aquí puedo construir mi propio mundo? —le pregunté a Kheruef.

—Vivirás dónde te manda tu verdadera conciencia. Mirá a tu alrededor: violencia, guerras, intrigas, sensualidad, esclavitud e ignorancia. Es un reflejo de nuestra moral.

—Hablás como si fuéramos viles condenados —le manifesté después de un breve silencio.

—Todos lo somos, maestro Amasis. Condenados a nuestro libre albedrío.

Pero advertía otras posibilidades. En los primeros años de mi iniciación, cuando me enteré de mi condición de extranjero en tierras primitivas, notaba que muchas personas me tenían en cuenta como un ser semi iluminado, un misionero benevolente y misericordioso. Pese a que Kheruef me decía todo lo contrario, que los iniciados, en la gran mayoría de los casos, tenían enormes falencias frente a Dios, que necesitaban ejercer la caridad como forma de reconciliarse con Él. En vez de misionero, era un caído de la moral, un abismo de perspectivas y realidades.

En la mañana siguiente a la conversación con Kheruef, Zaid anunció a Samira, joven mujer de la cual no tenía más datos que el nombre y sus quejas relativas al pulmón. Me lavaba las manos y al darme vuelta me sorprendí al ver que me estaba escudriñando atentamente sin saber por cuánto tiempo lo hizo y por un instante me sentí desnudo...Era de una belleza singular, linda sin dudas, pero su hermosura no se

explicaba por conceptos estéticos, por simetrías o proporciones, sino por un aura de intenso magnetismo. Los segundos pasaban y no lograba controlarme mientras nuestras miradas se tocaban. Deseaba ser otro, su imagen me despertaba cierta vergüenza y en aquel instante lamenté no ser una persona mejor.

Pese a que me era familiar, estaba seguro de que jamás la había visto y esa convicción la tenía debido al impacto que su simple presencia me causaba, convencido de que hubiera sido imposible olvidarla.

Su firme y dulce voz establecía distancias pero era conocida y me hacía estremecer. Inexplicablemente parecía prometerme mundos insondables. En sus objetivas palabras sonaba lo intangible, sentía infundadas y sorprendentes esperanzas que quizás me condenarían a la libertad.

Me relató su tratamiento junto al médico de la familia que actuaba de acuerdo a los procedimientos comunes y como resultaron ineficaces, la encaminó hacia mis cuidados. Su estado preocupaba. Mientras le explicaba mi diagnóstico y las posibilidades de tratamiento, quise saber si vivía cerca y en qué condiciones.

—Usted dígame qué tratamiento debo seguir y yo le aseguro que lo haré —me contestó decididamente.

Opté por un tratamiento con hierbas, algunas maceradas y diluidas en aceites y otras preparadas para inhalación que decidí realizar allí mismo. Este procedimiento que solía hacerlo al principio de mi residencia clínica, cuando los destinos de los enfermos todavía me preocupaban.

Al instante la joven Hayat entraba con los preparados y disponía las hierbas para la infusión. Su llegada como por encanto cambió completamente el contexto. Su casi imperceptible mirada, (la cual trataba de eludir) estaba cargada de cierto magnetismo sensual potenciado por mí en noches de desenfadada lujuria contaminando todo el ambiente.

Evidentemente Samira lo notó y callada, me miró por última vez aquel día. En ese instante sentí que la había perdido un poco, pese a que nunca la tuve. No sabía si su mirada era vacía, decepcionada, probablemente indiferente. Sus profundos ojos adivinaban silenciosamente mi lado escondido, advertían en mí el sello del destierro, mis alas rotas y confirmaban los motivos de mi inapelable condena.

En aquel momento confirmé que no me diferenciaba en nada de los demás viles cochinos que comercializaban mujeres, que traicionaba los principios de fe y de moral tantas veces explanadas por Kheruef.

VI

Solamente la volví a encontrar después de unas tres semanas, debido a un llamado de Kheruef que pedía mi ayuda en el tramo final un tratamiento donde mis facilidades como médium serían útiles.

Verla me alteraba el metabolismo, algo inexplicable. Su aspecto físico era considerablemente mejor aunque noté que mi llegada no le cayó muy bien, quizás porque notó mi sorpresa.

—Veo que usted aparentemente no confió en mis recomendaciones —le comenté porque realmente me indigné que fuese a consultar otro experto, aunque fuese Kheruef.

—No confié en tus ojos.

Hubo un breve silencio en el cual nosotros tres nos miramos alternadamente. El primero en sonreír fue el Maestro y luego nosotros lo acompañamos sin mayores explicaciones, solo cierto alivio.

—Los caídos tenemos esa característica: una oculta desconfianza. Porque todos venimos a parar en esos parajes debido a nuestras sombras morales. No sabemos si las tenemos domadas o si nos doblegarán otra vez.

Samira y yo nos mirábamos y vi como se emocionaba. Asombrado observé el mismo sello en su frente mientras las pausadas palabras del maestro eran como un amanecer donde lentamente el sol se iba imponiendo, el frescor pacífico y nítido del renacimiento.

—Nuestra realidad es esa, el banquete está servido con todas sus pruebas: las posibilidades del poder, de la seducción, del orgullo, del egoísmo, tal como antes. El pasado no volverá, aunque ustedes estén reunidos otra vez. El camino en el destierro permanece el mismo, el de la consciencia, del libre albedrío.

La escena me era conocida. La recordaba exactamente así. Kheruef conscientemente había abierto la puerta del pasado por la cual yo ahora volvía a entrar. Del otro lado estaba la caída vertiginosa, completamente oscura, formada por el pesado éter de mi conciencia que inapelablemente me tragaba, sin manera de frenar. Caía de espaldas, con los brazos estirados, gritando por Samira, desesperado de soledad: conflictivas incertidumbres de condenado.

Durante mi negra caída una irrefrenable ola de imágenes y sensaciones se alternaban. Simples variaciones de lo que ahora serían los desnudos regalos de los

mercaderes, mi imagen en el imperio y mis secretos planes de poder, mi prepotencia frente a los menos favorecidos, mis pesadillas aterrizantes. Recuerdos que quemaban mi frente en un sello que me señalaría, «*tal como antes*».

El impacto lo sentí con los ojos abiertos, secos, vidriosos, y así los mantuve. Nacido como un huérfano, espíritu viejo en nuevo cuerpo de niño, macerando hierbas, recitando mantras de parcas memorias, en un aislado y miserable pueblo en el cual algún día Kheruef me rescataría. Para decirme, con su ejemplo, que lo que me duele es el alma, que mi conciencia es mi verdadero exilio donde yace mi par de alas rotas: humildad y caridad.

Y al fondo, cada vez más nítido y distante, el cinturón, para siempre Orión.

El Centauro

*“Mi conciencia es inconsciente de sí misma,
por eso la obedezco ciegamente.”
(Clarice Lispector)*

En algún momento, cuando Sole me reprochaba en el auto por permanecer callado una vez más, en la discusión familiar sobre su cuñado vago que tanto hacía sufrir a su hermana Antonia, sé que pensaba que algo en mí estaba cargado de culpa, temiendo una pena futura.

—Andá a saber lo que escondés ahí adentro, Darío —me dijo con voz fría. Eso demostraba que estaba alterada. Y que dentro de algunos instantes, cuando oliera el aroma del cortadito que le preparaba en la cocina con sus dos cucharadas de azúcar (había por fin decidido abolir al edulcorante), un par de galletitas, acompañadas de ademanes calmos y mi mirada de paz, quizás su tensión ya sería parte de un pasado soterrado momentáneamente por aquello que tanto nos une a los dos: el amor y nuestras imperfecciones.

Creo que a lo mejor tenía razón. Algo me condenaba de antemano, ubicado por exclusión en el pasado. Algo posiblemente latente en mi carácter, contra lo que esperaba trabar una batalla oculta y silenciosa. Realmente no sé de qué me acusaba, pero su convicción era tal que yo me cuestionaba si existía dentro de mí un volcán desconocido en lento proceso de ebullición. Si apilaba sentimientos, si me guardaba rencores en algún escondite que estaba a punto de estallar y todo lo que veía era un lago de aguas calmas, oscuras y profundas, una tibieza pesada, ni paz, ni guerra.

Recostado en el sofá del living Sole me observaba discretamente, pero era evidente que sus pensamientos estaban lejos, en un mundo del cual hemos combinado que no nos rescataríamos para no cortar la hilacha. Recorríamos terrenos desconocidos que a lo mejor nos traían un indicio. Como una rueda gigante en cuyo punto más alto le era permitido mirar el horizonte antes de que el peso de mi culpa la hiciera descender, girar la rueda, subir la duda, bajar un recuerdo nubloso, alzar la sospecha y la muralla, para caer en el mutismo y el abandono.

Con su taza de café calentando sus manos, la respiración calma y el rostro inmutable ella miraba por la ventana al pequeño jardín del que me ocupó todos los días, con sus flores multicolores que eran todos sus sueños. Sé que ella me ubicaba allí, en el centro de sus anhelos, mitad hombre mitad animal. Marcando mi paso por su vida soñada con mis cascos en la tierra, rodeado por sus frágiles claveles que me mantenían

ansiosamente inerte porque no sabía cómo salir sin pisarlos. Inquieto, aguardaba que ella volviese aunque no se había dado cuenta de que se había ido. Tornó a sorber el café que seguramente ya se había enfriado y por fin me encaró.

—La nueva gerente financiera que empezó en tu trabajo, ¿cuántos años tiene?
—me preguntó enderezándose.

—Estimo que alrededor de los treinta y cinco, ¿por qué? —respondí sin saber qué desató la inesperada consulta.

—¿Es casada? —siguió ignorando mi pregunta.

—No sé —le contesté moviendo inconscientemente la cola, esa costumbre inadvertida que tenemos los equinos para fingir indiferencia y llenar el silencio con un movimiento que nos justifique.

En esos momentos cada uno moldeaba el resultante silencio a su manera. Lo poblábamos con pensamientos propios que seguramente no nos acercaban. ¿De dónde salió ese pensamiento? Lo de su hermana no era nada más que una excusa para acusarme. Para manifestar ese entrañable desagrado que en su mente ya adquiriría vida propia. Creaba mutaciones, ramificaciones que golpeaban sus recónditas cajas negras, averiguando cuáles de esas estaban con el cerrojo flojo: intuición traicionera escondida en forma de aviso.

Más tarde, al verla tan linda eligiendo un nuevo libro frente al anaquel (lo que significaba que el resto del día estaría más bien ausente, respaldándose en la excusa de la lectura), sentía que mi corazón se apretaba y el amor me inundaba el alma acompañado de una imperiosa necesidad de cultivar esos sentimientos y protegerlos de pensamientos intrusos, *toc*, de emociones descontroladas, *toc toc*.

El silencio, que tantas veces nos unió, también podía tener ese efecto de distanciarnos sin movernos del lugar. Sus ojos se perdían en las páginas del libro, los míos se cerraban en una meditación inexistente. Torres de marfil en las esquinas del tablero, obstruidos por caballos, alfiles, reyes y reinas, solamente capaces de movimientos paralelos pese a que nuestra vocación era la unidad. Era un juego disimulado, más bien una trampa en la cual capitulaba enseguida (y ella lo sabe, menos mal). No quería dar batalla en el campo de nuestros equívocos, y mi rendición venía en forma de masaje en los pies. Esa señal que ella ya conoce, la relajación y el bienestar del cuerpo meciendo sus emociones. Sus ojos se cerraban con calma, entregándose al tacto, su rostro se distendía, nuestros pensamientos y sentimientos volvían a su lugar después de una ronda con matices de patrulla.

—¿No te fastidian esas preguntas, mi amor?

—Quizás solamente se haya despertado tu intuición. Ya sabés como es el mundo corporativo, uno tiene que estar atento todo el rato, mejor estar precavido.

—Vos sabés como pueden ser las mujeres.

—Nunca lo he notado. En realidad no me interesa.

—No lo entiendo, si te tengo confianza ¿por qué todo eso? —me preguntó sinceramente.

Qué decir cuando uno busca justamente su culpabilidad: las impresiones dactilares, la huella del zapato sobre la sangre, el ADN de un crimen en una noche sin coartadas. Me cortaba en mi propia carne, obligado a producir pruebas que me condenaran. Era un camino donde no era posible prever los hallazgos y sus consecuencias. Si traerán preocupaciones o liberaciones, miedos o certidumbres, si debería enfrentarlo o más bien quedarme inocentemente ciego, tal como estaba.

Quedaba el germen, era inevitable. En algún lugar asomaba, ganaba cuerpo impulsado por una fuerza oculta. Ambos lo sentíamos. Y justamente pasó una semana después. Soy médico y fui a cenar con unos clientes americanos de la industria farmacéutica. Al regresar a casa la besé tibiamente. Su saludo frívolo era solamente una excusa. O por lo menos así lo sentía, auscultaba mis ademanes, mi tono de voz, me miraba a los ojos pero también lo que me rodeaba, como buscando despojos de algún pensamiento suspendido.

—¿Había mujeres en la cena? —me preguntó fingiendo indiferencia al mismo tiempo que la inevitable pregunta destapaba aquel caudal reprimido en su intimidad. Una ansiedad descontrolada que explotaba.

—La asistente del Sr. Johnson —contesté rememorando el escenario de aquella noche. Ya adivinaba la ruta y sus baches, los equívocos previsibles que tendríamos que combatir, mi defensa instintiva, nuestra búsqueda por el primer sentimiento, el que desencadenaba todo el proceso. Quizás una traición remota, o algo que se interponía entre eso y las añoranzas del día, de tenerla en mis brazos, de escuchar su respiración sobre mi pecho con su disco de Reiki tocando a fondo, agradecido por otro día que terminaba con Sole en mis brazos y mi mente tranquila: *«mi amor, era joven, se sentó a mi izquierda, pero en diagonal. Se llama Lucy, fue la primera vez que la vi, no sé si usaba mucho maquillaje, no me fijo en esas cosas, en realidad todo lo que anhelaba era llegar a casa.»*

En fin, el germen estaba y lo alimentábamos. En determinado momento, cuando su mirada empezaba a detenerse más en la telenovela que en mí, sabía que las preguntas cesarían. Quizás hasta las propagandas donde podrían brotar los últimos vestigios antes que se desvaneciesen. En tanto el barco seguía a la deriva y todo lo que alcanzábamos hacer era ocuparnos las manos. Las suyas buscaban su largo pelo rojo para formar rulos de espirales sin fin: las mías armaban un cigarrillo: mi contradicción médica en tiempos de frustración. Un papel bien liso, la cantidad precisa de tabaco, los segundos que pasaban, el filtro y el papel pegado por el silencio, por aquello que sentía apresado e intentaba tontamente liberar a través del humo. El milagro del fuego que no le alcanzaba a quemar la sombra de la asistente del Sr. Johnson ni mi manzana mordida en algún recóndito Edén.

—¿Sole, te parece que me conocés bien? ¿A qué le tenés miedo? —le formulé mi pregunta ignorando sin saber si me gustaría saber la respuesta. Quizás me encarrilaba hacia aquel callejón sin salida del cual solíamos salir únicamente a la alborada. Rehenes reincidentes de una noche mal dormida que muchas veces yo concluía esperando el sol en el living, o tratando de mantenerme ocupado con algún trabajo en la cocina o arreglando cualquier cosa defectuosa de la casa.

—No te abandonaré jamás, pero de eso solamente estarás segura cuando dé mi último suspiro de vida —le confesé con mi última pitada.

Por las noches la observo dormir. Duerme profundamente, aunque se nota que sigue tensa. De pronto Sole se agita, un grito sordo en su mundo de sueños. Su pierna se mueve a modo de reflejo como si huyese de un suelo de brasas o de una trampa cortante. Se que es ahí, en ese mundo, donde todo pasa, donde ve o se recuerda de mi parte animal, la dualidad del centauro que ella resucita de otras vidas. En esos momentos la abrazo, cucharita calurosa, mis dedos recorren su pelo en espirales pelirrojas que dibujan el amor, la traigo al borde de la vigilia donde se acuerda que estoy. Estira sus piernas y con sus pies recorre las mías y se entera que no tengo patas ni cascos, que no tengo cola ni que cabalgo más. Respira satisfecha, aliviada, confiada.

—Te quiero mucho, mi amor —le susurro al oído para que llegue lejos, a su inconsciente, para traerla de vuelta por los caminos destrozados de algún pasado remoto de otra vida, para que el amor presente borre sus miedos que en algún momento ya no la alcanzarán.

Luego su cabeza instintivamente busca por mi pecho donde escucha los latidos de mi corazón, tal como soy, sus manos en un abrazo lánguido.

Mañana, cuando abra la ventana de nuestro cuarto, cuando los difusos recuerdos de la noche siguen sueltos, verá en nuestro jardín que tanto cuidado, todas las rosas, claveles, azaleas, lirios, puros y blancos. La primavera podría ser toda de flores blancas, pero el amor, en su infinita variedad, tiñó todas las flores para que todas fuesen bellas, sin que ninguna deje de ser flor. Y la vida seguirá su camino, la primavera será amorosamente quemada por los dulces rayos del verano, acariciada con los vientos del otoño y el invierno guardará dentro de sí un frío fortalecedor.

Y cuando renazca la primavera, cuando me mire profundamente a los ojos sin saber hacia dónde sus pensamientos ausentes la llevaron, verá la explosión de colores, donde todas las flores son para ella, enteras y silenciosas, porque para el amor no existe poesía más profunda que el silencio, el breve momento de un instante que equivale a todo un porvenir.

Hasta el último suspiro de mi vida. Y más allá...

Hoy

*“No hay adicción tan simple
que no abroche la apariencia de virtud.”
(William Shakespeare)*

Salía de casa consciente de que todo, otra vez, dependería única y exclusivamente de mí. Justamente el punto más débil de esa cadena que cuando se rompía me catapultaba a la siguiente mañana a la orilla de la depresión, del arrepentimiento o quizás, de una frágil victoria sin testigos. Me había despedido de abuela y de sus preocupaciones que se evidenciaban por la simple presencia del rosario de cuentas en sus manos. El rosario indicaba una noche de vigilia, costumbre que adquirió desde que mamá y yo escapamos con vida del complicado parto que le quitaba a mis padres cualquier perspectiva de agrandar la familia de manera natural y que introdujo la pelea entre vida y muerte ya en los segundos previos a mi existencia.

—Cuidate m’ija, sabés que sos nuestro único tesoro —me recomendaba mientras me subía a la moto de Roberto rumbo a una rave tan común en el balneario—. Y vos chico, traémela con seguridad a casa, sos el responsable —agregaba por fin con un tono de voz que no transmitía confianza y mucho menos simpatía.

—Cómo no abuelita —contestó Beto sin restarle importancia alguna.

Siempre me encantó la moto, la sensación ambigua que me despertaba el frío en la barriga, fomentado por cada bache, cada curva, cada inclinación, viento, libertad, olvido y el riesgo mientras las espaldas de Beto me calentaban y servían de apoyo a mi cabeza que ya sabía cuáles serían las decisiones correctas.

Aparcamos la moto justo a la entrada de una finca transformada en discoteca y mientras bajábamos, toda la atmósfera me transportaba hacia la necesidad de buscar alegría. La música electrónica contagiaba, los tragos empezaban a circular de boca en boca entre luces frenéticas. Unas amigas de Roberto le sonreían en un dialecto que no comprendía, mi cuerpo pedía baile, ritmo, coreografías e insinuaciones audaces y las manos cada vez más ágiles de Roberto junto a mi cuerpo entre besos voluptuosos que me mordían los labios.

—¡Ay, que me estás lastimando, Beto! —le dije ya un poco alterada, creo que por los tragos a los que no soy muy resistente.

Beto me sonreía, igual gritaba y saltaba junto con sus musculosos e insinuantes amigos del gimnasio de la capital, cuyas remeras sudorosas pegadas al cuerpo eran todo el mensaje. Beto me agarraba, me miraba a los ojos y al acercarse me dijo *«princesita*

rica, cerró los ojos y abrió la boquita...» con una mirada pícaro cargada de segundas intenciones.

Era mi momento, ese que ya estaba cantado, era mi único obstáculo y ya sabía que bastaba ser fuerte por un tiempo nomás. Pero todo lo que me propuse anteriormente se derrumbaba tan frágilmente como una mentira, sentía que mi negación sería falsa, que ya claudicaba frente a la primera oportunidad. En pocos segundos todas mis convicciones se disolvían con una pastilla en mi boca tan negra como la noche, tan profunda como una adicción. Mi oposición, tan importante como falsa, nunca existió concretamente.

Ya con la anhelada droga y movida por la moral y coraje post-delito consumado, mi única resistencia, inútil y tardía, surgía del arrepentimiento inocuo y de mis promesas vanas: que sería la última vez y que definitivamente me alejaría de Beto, trasladando hacia él la culpa de mis naufragios. Para intentar justificar mi caída, construía posibilidades futuras, deseosa de que pudiese creer en alguna, aunque fuese por horas. Casi como una indignada víctima, decidí dejarlos en la pista de baile y moverme entre la gente, seguir la onda y disfrutar de mi última vez, de ese alivio imaginario que me convencía de que en la siguiente oportunidad tendría esa fuerza, esa inquebrantable voluntad.

Poco a poco, mientras bailaba, notaba como la intensidad de la música era cada vez más fuerte, sentía la cadencia, la energía, un apelo a la libertad, a la fiesta, a la vida. Todo eso era muy divertido, primeramente porque las luces de la pista de baile parecían espantosas, como si estuviesen sintonizadas con la música, principalmente la de un azul intenso que se encendía y se apagaba rápidamente y que me cortaba los movimientos y algunos pensamientos, aparte de los rayos laser que cruzaban estos vastos cielos de la discoteca al aire libre, todo era emancipación.

No me había fijado antes, pero la música de ritmo ansioso parecía interminable en mi mente, miraba a los demás infinitamente y éramos tan felices, ¡qué ganas de confraternizarme, de saltar, de abrazar, de clamar para todo el mundo cualquier pavada con tal de gritar, exteriorizar mi euforia de confusas sinapsis en minutos u horas elásticas!

Realmente el tiempo era relativo. No sé porque pensaba eso, quizás porque el compás de la música asemejaba al reloj enorme de una catedral con segundero amplificado que cada sesenta golpes volvía al mismo lugar, así como mis sensaciones. Porque transpiraba horrores y volvía a sentir calor y frío como en la moto de Roberto,

desaparecido en ese mar de cabezas saltarinas. Tenía enorme sed y decidí que compraría agua o trataría al menos de llegar al baño, pero todo estaba increíblemente lejos como mis promesas. La tarea de pasar entre las miles de personas era casi imposible en mi imaginación o en mi realidad (que creo eran casi la misma cosa).

Dudaba si salía por la derecha, o por el sur, no había un mísero cartel que indicara «baño» o «exit», y apenas recordaba que estaba en una finca y no en una discoteca. Y que por detrás de las luces que me mareaban estaba la oscuridad del cielo, ese que abuela siempre veía tan claro cuando rezaba el rosario. Seguía estática aunque la cadencia acelerada de la música era igual a la de los latidos del corazón que quizás con un poco de agua fría se podría calmar, si no fuera por ese mar de gente y la ausencia de carteles y esa distancia paralizante. Decidida a moverme, traté de empezar por el primer paso, con la primera letra: Andar Al Azar Adentrando A Angostos y Angustiosos y Ansiosos Alfabetos, Abriendo Áreas Al Alcance de la B Buscando Burlar Brazos de Brutas Bestias Bailando, Ciega por Centenas de Cuerpos Cerrados que Creaban un enmarañado de miradas y piernas. Intentaba determinar un punto fijo que se desvanecía enseguida en mutaciones irreales, miraba al vacío y al piso negro que se me abría a cada nuevo paso del alfabeto. Creo que estaba paralizada porque la música ritmada me atascaba el pensamiento y se me hacía difícil tomar una decisión, ¿por dónde andaría Roberto? Decidí cambiar de dirección, a lo mejor volver al lugar de origen, quizás más cerca de una salida. Quizás más lejos, sentía confusión mental, casi desesperación, los rostros anteriormente felices ahora me parecían amenazadores en mi laberinto de flashes negros.

—¡Quiero salir! —gritaba o pienso haber gritado, lo que no hacía ninguna diferencia debido al volumen de la música. Nadie me escuchaba, nadie se fijaba en mi con atención. Intentaba agarrar los brazos de un tipo cualquiera que me malinterpretó sujetando mi cintura con sus manos, mientras exhalaba un humo denso y ceniciento de alcohol desde su cara de lobo. Resolví entonces que lo mejor sería gatear hacia una salida, como un animal sediento buscando agua. Me sentía en un verdadero submundo, un universo paralelo, una ciénaga existencial en la cual avanzaba en cuatro patas.

Pese a la sensación inicial de mayor estabilidad, el escenario era terrible. Empezando por el suelo, empapado de una suciedad asquerosa: mezcla de bebidas derramadas, arena, colillas, añicos de vidrio, vasos de plástico, todo pegado a la palma de mis manos y de mis rodillas ya dolientes (como las de abuela en la maternidad, en el día de mi nacimiento, su humilde oración pidiéndole a la Virgen para que yo pudiese

sobrevivir en la incubadora donde desesperada clamaba por aire), otra vuelta al reloj, el tiempo y el mismo lugar. Delante de mí todo eran pies amenazadores, piernas descontroladas, saltos imprevisibles. Escuchaba risas, el estómago se me retorció, no podía y no quería vomitar mis entrañas. Las lágrimas me quitaban lo poco que me quedaba de visión. Ansiaba Aire, ¡Abuela Amada, Ayúdame Antes de que Acabe Ahogándome!

Abajo todo era diferente e intimidante. Nada tenía sentido y ya mi cuerpo no sabía qué hacer para levantarse sobre esa irregular superficie de arena cuyos granos parecían formados por incontables pastillitas de color gris. Sin embargo allí era más tranquilo, la música y los gritos eran más sordos. Me sentía tan sola, tan abandonada, rodeada de amenazas, y ese temor de nacer: un parto complicado, mamá y yo en el momento colgadas de un hilo de vida o quizás de muerte. Llegando a límites para vivir, mamá y su amor que me dieron las manos, para que yo decida saltar, hacerme grito, la ruptura, el tórax comprimido, el líquido expulsado, el aire quemaba a mis pulmones, *anima prima*, el grito de la vida y el Ave María de abuela en la capilla de la maternidad.

«Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; y que por favor sacame de acá, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Por favor María, es que no sé qué hacer, ni dónde estoy, necesito ayuda, Santa María, Madre de Dios ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Por favor, te lo suplico, Amén.»

Sentí que una mano me buscaba y me levantaba, que voces me decían loca, borracha, que todo giraba y que mi única certidumbre era no soltarla más. Eran manos femeninas, calurosas, que me guiaban hacia una posible salida de ese hormiguero humano que eran todos mis laberintos.

Me dejó sentada frente al mar, bajo los cuidados de la brisa nocturna mientras buscaba agua fresca que luego bebí desesperadamente. Le conté todo y le pedí que no me dejase. Preocupada, la desconocida salvadora me llevó a mi casa una hora después entre avergonzados agradecimientos.

—Ya pasé por situaciones parecidas. Rezo para que no me vuelva a pasar —me confesó antes de despedirse con mirada caritativa.

La cama era un irresistible imán, mis pasos eran anclas para mis piernas a la espera de los insoportables rayos de un nuevo amanecer de depresiones, náuseas, ansiedades severas y la borrosa visión de mi vida.

La última imagen que vislumbré (antes que anestesiada y vencida me exilase en un sueño sin recuerdos), me mostraba como todo pudo haber sido diferente: en medio de varias imágenes borrosas, nerviosas y coloridas, vi en cámara lenta y con extrema nitidez como mis labios pronunciaban decidida y blandamente cada palabra. No podía escuchar nada, pero la lectura labial no dejaba dudas.

—No Beto, *hoy* no.

Desde entonces tengo esperanza, peleo todos los días y repito: *hoy* no. No pienso en el paso del tiempo, tampoco miro mucho hacia adelante. Antes de dormir sigo emocionándome cuando aliviada agradezco por otro día vencido y pido por fuerza para el siguiente. Nada más que para el siguiente.

Todos los días.

A tu lado

*“Esperar es reconocerse incompleto.”
(Guimarães Rosa)*

Isabel Vargas llegó por primera vez a nuestra casa en un estado diferente de los demás. No estaba flaca, ni con esa mirada evasiva y las ojeras que caracterizaban los enfermos. Ella controlaba a sus ademanes, seguramente debido a los calmantes que le suministraron después de que entre lágrimas su hija llamara a la Sra. Mirtes, la dueña del establecimiento, contándole que vendrían con la valija preparada a la siguiente semana.

A sus setenta años era joven en comparación con los demás. El promedio de “Casa de Todos” ronda las ochenta primaveras. Pero justamente esos casos diferentes me suelen interesar más. En los días siguientes, en los cuales todavía buscaban ajustar la mejor dosis de su medicación, la he visto de diversas maneras: a veces distante, otras eufórica, había un lado de su mente que intentaba ubicarse, miraba lentamente a los sillones, el baño, la terraza donde podría sentarse y hablar con sus nuevos amigos, buscando el hilo que la llevase en algún momento a la conciencia, a la razón, a alguna respuesta.

En los informes que pude leer consta que llevaba un ritmo de vida bastante activo. Solía tener presión alta, eso respecto a las parcas informaciones clínicas. Sobre la parte personal, que solamente leí porque me pareció muy simpática, consta: que era casada (no mencionaban nada sobre el paradero de su marido), jubilada y que vivía en un barrio cerca del río, a mí también me encanta esa zona, principalmente el barrio... bueno, no importa mucho el nombre de barrio, es que se me olvidó pero pienso que empieza con B, o tal vez con M, pero seguro que la primera letra es una consonante. Relato esos detalles porque me gusta analizar el estado de los pacientes con atención, sin prisa. Y mi diagnóstico se basa no sólo en los síntomas del cuerpo sino que también en el estado del alma.

Por casualidad escuché que su simpática hija le comentaba a la Sra. Mirtes que su madre venía de una semana repleta de pesadillas, dormía muy poco, incluso la sorprendió más de una vez en la cocina, café y horas de espera en manos, «tengo que salir mi hija, para ver cómo está tu padre...».

—Con el pasar de los meses los mismos síntomas aparecieron durante el día, hablaba mucho sobre mi padre, del pasado y hacía más esfuerzo para estar concentrada, tener lucidez en todo lo que hacía. Cauta, fregaba los platos con mucha atención,

calentaba el agua con exagerado cuidado, aguardaba, hasta que de repente escuchó el estampido negro. Se despertó en el hospital donde los médicos le informaron sobre su accidente cerebro vascular, que tenía grandes posibilidades de recuperación. No creo que mi madre haya asimilado la noticia —le informaba a la Sra. Mirtes con emocionada voz. Sé que trataba bien a su madre porque incluso en la mala noticia no perdía la dulzura al hablar de la Sra. Isabel.

—Entonces pasó lo de mi accidente: la rotura completa de los ligamentos cruzados de mi rodilla y la única alternativa que me propuso inmediatamente fue la de mandarla acá, donde tienen toda la estructura clínica para recuperarla —dijo entre sollozos y tuve la sensación de que me descubrió escondido cerca de la ventana de la oficina de la Sra. Mirtes.

No sé lo que habrá pensado la hija de mí, al verme escuchando solapadamente las charlas privadas, pero si en algún momento me encuentro a solas con ella, le explicaré que soy un médico que también se interesa por el alma, y por consiguiente esa información es importante para que pueda formar un diagnóstico correcto. Mejor no le comento que la Sra. Mirtes y yo hace tiempo pasamos por una clase de crisis de confianza. A veces pienso que no me informa de todo, que duda de mis conceptos clínicos. Muchas veces me di cuenta de que las enfermeras no obedecen mis instrucciones y que ella es condescendiente con la situación. No me enfada demasiado pero la verdad es que esperaba un poco más de respeto. Tengo paciencia con todos los enfermos acá. Los escucho porque así puedo auscultarles el alma, que junto con el cuerpo forman el todo. Soy un médico diferente, creo que ya lo he comentado y también soy dedicado porque los escucho a cualquier hora y duermo acá en el trabajo, en la Casa de Todos.

La hija que se llamaba Dyana, (un nombre que siempre me encantó) añadía que no reunía las condiciones físicas para cuidarla, que el período de fisioterapia sería largo pero que la internación sería pasajera, -así dicen todos, es un verso conocido-.

Aunque soy un médico alternativo, hay muchas posturas clásicas que comparto totalmente, como la de mantener una distancia entre los pacientes y el médico. Hay que ser más humano, pero sin entrar en la intimidad, sin involucrarse en la cotidianidad de las personas. Vi como la hija había salido de la Casa de Todos con lágrimas en los ojos y yo, apenado porque me parecía muy simpática y amable, la despedí junto con las enfermeras en el portón y le dije que la íbamos a cuidar. Se emocionó mucho y pese a sus muletas me abrazó con fuerza, «lo siento muchísimo, he prometido cuidarla pero es

que no puedo». Hay que entender las emociones de los parientes y sus reacciones sin sentido aparente, pero yo en esos casos me mantengo distanciado. Pero de noche me volví a acordar de la hija y decidí dedicarme con más atención a la Sra. Isabel, sin descuidar a los demás enfermos por supuesto.

Cuando me fijé que todos ya estaban dormidos, decidí buscar a la Sra. Isabel en su habitación y la encontré durmiendo ligeramente. Sus pies estaban envueltos en medias de lana, la manta la protegía del frío de la noche y me pregunté si ella extrañaría el ruido del río, tal como me pasa a mí, tan difícil de reconocer pero imposible de olvidar. Me sorprendió la enfermera Berenice que me dijo que yo necesitaba descansar. Con una sonrisa amable me llevó a mi cuarto y me dio una pastillita porque me sentía un poco agitado. La tomé no sin antes avisarle que en realidad el médico era yo (creo que hace falta tener una charla privada con la Sra. Mirtes, el ejemplo tiene que venir desde arriba).

En las dos semanas siguientes la Sra. Isabel había mejorado bastante, sobretodo en el aspecto corporal. El sueño controlado, los ejercicios, las actividades educativas y la buena alimentación le devolvieron el color a su rostro y más confianza en sus gestos. Pese a que no me consultó previamente, el kinesiólogo la incitaba a realizar tareas simples en la casa y fue así que en un final de tarde de verano (creo, el tiempo) la encontré doblando sábanas que utilizábamos para los catres de los enfermos con movimientos todavía un poco lentos. Al felicitarla por su esmero me contestó sonriendo que así eran las exigencias higiénicas.

—¿No será hora de la medicación de los del ala 3, Dr. Alejandro? ¿Le importa si le acompaño? —me indagó con mucha naturalidad y simpatía. Su hija era muy parecida y me caía tan bien. Siempre que venía a visitar la señora Isabel, me hablaba y vislumbré ciertas carencias sentimentales del padre que seguramente las había abandonado. Yo siempre a la distancia pese a que el alma, el cuerpo, lo analizo en conjunto, ¿me entienden?

—Como no, con gusto —le contesté amablemente, como médico sé que la ocupación puede prevenir enfermedades variadas y mantiene viva al alma.

La encantadora sonrisa de la Sra. Isabel me tocó el corazón. Y me pareció al mismo tiempo linda y un poco desamparada.

Su caso me intrigaba mucho, no lo niego, porque verdaderamente no sentía en su conducta ningún síntoma clásico de enfermedad neurológica aparte de ciertas ausencias que más bien pueden ser consecuencias de la medicación. Una tarde en que

la Sra. Mirtes se ausentó porque el Sr. Dolovic tuvo una crisis (desde entonces solamente habla el francés y nos llama a todos por nombres galos), entonces aproveché la distracción de Berenice para entrar al despacho de la directora tratando de investigar el historial reciente de la Sra. Isabel. No me gusta hacer esas cosas, pero fijándome en las carpetas ordenadas alfabéticamente encontré una que ponía Antonio Farías, un paciente al cual no conozco y que fue aceptado en la Casa de Todos sin autorización mía, quizás mi colega el Dr... no me recuerdo ahora de su nombre, pero sé que empezaba con una consonante, o sería el barrio del río, definitivamente es necesaria una charla privada con la Sra. Mirtes, es un tema de confianza. En todo caso decidí salir del despacho de la directora sin más demora, con la sensación de haberme olvidado de algo.

Al salir fui sorprendido por la Sra. Isabel que me guiñó el ojo. Ya éramos cómplices: al cabo de unas semanas hacíamos casi todo juntos. Me alegró mucho saber que había sido enfermera jefe del Hospital Samaritano (de buena reputación) y creo que la Casa de Todos está muy bien servida de enfermeras, aunque no recuerdo haberla entrevistado para aprobarla, otro tema que mencionaré en mi charla privada con la Sra. Mirtes.

Intentamos ayudarla a la nerviosa Berenice que no me pareció muy contenta con nuestra intervención así como el propio Sr. Dolovic que entre diversos improperios me gritaba en francés iracundo algo que yo deducía ser «falso médico». Una costumbre en la Casa de Todos y creo que la Sra. Isabel se dio cuenta, porque su mano, mi mejilla y mi mirada perdida se sumaban a mi desazón. Soy un médico diferente, analizo el alma pero a veces no me encuentro.

—Por favor Dr. Alejandro, tome esa pastillita y déjeme tranquila con el Sr. Dolovic que yo esa situación la controlo sin problemas. Y pónganse sus pantuflas porque el piso está frío y después viene su hija a comerme el hígado, ¡cuánto lio! —me ordenó Berenice empujándome hacia mi cuarto.

Amablemente la Sra. Isabel me ayudó con las medias y las pantuflas. Yo miraba por la ventana y pienso que me entristecí. No lo sé porque a veces uno se ausenta, quizás en mi caso es una fuga delante de la ingratitud de la gente. Los cariños en el pelo que me hacía la Sra. Isabel me trajeron de vuelta a esa realidad tan ambigua que es la vida. Noté que me hizo una señal para que yo la acompañara hacia su cuarto. Allí sacó de un cajón un *cd player* portátil y dándome la mano nos fuimos al banco en el pequeño jardín de la Casa de Todos, adonde prendió el aparato. Si uno lo aprende a escuchar jamás se

olvida. Era la reproducción del rumor del río, ese adonde bajaba acompañado por las tardes a caminar, ese río de sentimientos y de incomprensiones, un río que se formaba en los ojos de la Sra. Isabel mientras el perfume le daba breve vida a la mujer invisible que siempre supe que existía. Todo se confundía en sus lágrimas que me inundaban el corazón, al momento que le digo con alba sinceridad, y no sin sorpresa, que la quiero mucho.

—Yo también lo quiero, Dr. Alejandro. No se ponga triste, la gente suele ser mal agradecida pero la verdad es que la Casa de Todos necesita de tu trabajo —me contestó con esa manera tan suya de animarme.

Vimos cómo se acercaba su hija cuya rodilla daba muestras de recuperación. Me despedí de ambas con una sonrisa y excusándome por la prisa, «es que tengo mis obligaciones por acá y si la Sra. Mirtes me pilla charlando con los enfermos me increpa pese a que yo le he explicado muchas veces que soy un doctor que contempla el cuerpo y el alma».

—Mamá, volvé conmigo a casa, ¡por favor! Podés venir a ver a papá todos los días. Él no se entera de las cosas, no para de caminar con su bata de baño con unos auriculares que piensa son un estetoscopio. Te privás de tantas cosas Mamá...

—Lo siento, pero no quiero mi hija. Tu padre no me reconoce, pero no se olvidó del amor.

Preto Velho

Dedicado a Pai Luiz

I

Desde chico encontraba y reverenciaba a Olorun en los ríos, en la naturaleza, en los animales y las estrellas, en sus manifestaciones de renovación, fuerza y pureza, sin duda obras de un ser supremo. Sin embargo, pese a los hechos (o principalmente debido a ellos), la *conmovedora* veneración surgió por el lado más inesperado, brotando entre la humillante miseria humana, irresponsable esperanza de que todo tendría una explicación en alguna otra dimensión, en un reino que no era de ese mundo. Lo adoraba inicialmente debido al temor, viendo la desgracia de mi pueblo que parecía castigado por Olorun. Pasé años tragando rabia, alimentando ahogados gritos que le cuestionaban dónde había quedado su amor y su misericordia hasta que la sagrada vida y el proceso de expiación por fin me encanecieron y me laceraron la espalda a la medida que erigían mi fe. Mi devoción no nació del deslumbramiento ni del amor: nació de la desolación.

Aunque los sacerdotes y los antepasados reiteraban que el conocimiento es uno de los caminos que nos acerca a Olorun, al principio de mi martirio la ignorancia y el miedo fueron los responsables por mi porfiada costumbre de no maldecirlo. Es cierto que me habían avisado: «contra todo lo que verás, contra todo lo que sentirás, respetá siempre la vida, tené siempre esperanza». Escuchaba sin entender la advertencia en una noche en que nos confraternizábamos y lo alabábamos a través de bailes, de las invocaciones, por entre el humo adivinador y atabales de ecos que abrían dimensiones, ojos revueltos, voces ajenas, trance divino. Confieso que recordar esas palabras me daba cierto miedo místico. Como si los dioses me observasen siempre, único sentimiento-argumento delante del nudo de la horca que tantas veces he atado antes de empezar a comprender. El aviso de los antepasados me delegaba la ineludible responsabilidad de vivir y temía que el suicidio me derrocara al valle de las almas desterradas cuya amargura aseguraban ser más tenebrosa que la peor realidad en vida. Y también vacilaba porque por momentos había creído que Olorun era bueno, cuando todavía me encontraba del otro lado del mar y compartía mis días con Él, agradecido por el trabajo y los regalos de la tierra, de sus frutos, del aire puro, de las noches de paz compartidas por todos en el pueblo, de los muslos calientes de mi mujer, sus senos que alimentaban vidas y sueños, las estrellas que en estos cielos jamás volví a encontrar.

En aquellos tiempos era fácil comulgar con Olorun y mis dudas no eran rehenes de la agonía, no clamaban por respuestas urgentes debido a la intachable confianza en las obras y milagros del Creador. La primera señal aciaga, después de los avisos de los antepasados, fueron los pájaros agitados, los animales ariscos, escondidos mensajeros de la desgracia, de la ambición desmesurada, del odio y de la cobardía. Del presagio hasta la cruda e inesperada realidad no pasó ni medio día y ya antes de la primera estrella me estaba moviendo impulsado por latigazos, de manos y corazón atados, unido a mis hermanos por collares de hierro, grilletes y congoja. Pasos incrédulos hacia un destino ignorado, sin noticias de mi mujer, de mis padres, hermanos o hijos. Casi desquiciado ignoraba si el olor a muerte que traían las ráfagas de viento contenían la sangre de los míos o de otros desgraciados del pueblo. Entendí entonces que el diablo era blanco, que era muchos, que tenía ojos claros y que, insaciable glotón, devoraba sin prisa almas azotadas y violadas.

Su idioma era grito y las primeras palabras que comprendí fueron los estallidos de los azotes, el aliento de la humillación y el brillo del odio capaz de alumbrarnos cuando ya nos confundíamos con la noche. La dolorosa impotencia era la señal inequívoca de la muerte de nuestros dioses que nos abandonaban en los mil pedazos de sus figuras rotas, al lado del cadáver del sacerdote y que volvían a morir a cada mujer violada, a cada escupitajo y a cada golpe cobarde. Marcábamos nuestro camino con cuerpos, almas, sangre y lamentos callados hasta que al amanecer de interminables días tuve la certidumbre de nuestra muerte. La había intuido durante toda la noche insomne debido al incesante rugido de mal agüero, al olor salado del infinito cuya profundidad descompasaba mi corazón y lo mantenía pulsando aunque ya ansiase la muerte.

Lo que veíamos por primera vez delante de nuestros ojos era el fin del mundo. El mar que se revelaba con la alborada y se perdía en el cielo. A los diablos no les hizo falta pegarme para que subiese a su enorme cáscara de nuez porque volví a acordarme del sacerdote que me decía que la muerte es un extenso viaje. Lo que significaba que estábamos a poco tiempo de librarnos de esa pesadilla. Entonábamos las canciones de la muerte, clamábamos por nuestros antepasados para que nos auxiliasen en la última travesía, recuperábamos un poco de esperanza, anhelábamos la vuelta de nuestra libertad, de la levedad de nuestras almas y la reconciliación con Olorun que seguramente tendría buenas explicaciones para esa infundada opresión.

II

Mejor hubiese sido la muerte. La única buena noticia era que algunos de nosotros estábamos reunidos otra vez y que así podíamos compadecernos mutuamente ya que yacíamos encadenados en un espacio mínimo, bañados por nuestros excrementos y vómitos. Inhalábamos nuestra sofocante pestilencia, mareo nauseabundo, oleaje de desdichas que a muchos usurpaba el último aliento. Tratábamos sin mucha convicción de tener un hilo de esperanza que a la siguiente mañana podría ser tirada inerte hacia el mar tras otro golpe certero de la muerte que nos solía visitar por las noches sin que nadie le temiese. Llorábamos por los presentes y agradecíamos por los ausentes aunque el mar no fuese una merecida tumba para hijos de la tierra.

La falta de luz nos daba la noción de un tiempo atrapado en un quejido perpetuo. Nuevamente fueron las aves las responsables de las primeras señales, aunque sus cantos me eran desconocidos y no les podía entender el mensaje, aparte de la lógica cercanía a la tierra y del posible final del viaje. Instantes después éramos llevados a cubierta donde nos ordenaban a gritos y con gestos a que nos laváramos. Finalizada esa etapa, fuimos conducidos al puerto, desde allá cruzamos una ciudad hasta llegar a un sitio que se llamaba “la picota”. Intentaba disimuladamente encontrar a mi mujer o a mis hijos que tal vez habían embarcado en otros buques. Aunque mi verdadera esperanza era que de una u otra manera pudiese tener la comprobación de sus muertes. Sin la presencia de los sacerdotes también se me fueron las oportunidades de comunicarme con los espíritus ancestrales, más lejanos que el olvido.

Luego entendí que la picota era el lugar donde nos venderían como esclavos. Después del suplicio del viaje ya no me importaba que me miraran los dientes, los brazos, que nos analizaran como animales, porque en los días anteriores me había sentido menos que eso. Solamente me acordé que me restaba un poco de dignidad al ver que nuestro jefe de tribu, -verdadero mamarracho de huesos, semidesnudo, tratado a gritos y azotes mientras le contaban los dientes-, en ningún momento perdió su altivez. No se dejaba humillar en lo más sagrado que le quedaba, que era su mirada, espejo del alma. Había en su actitud calma resignación y una estúpida confianza: ese incomprensible rasgo de fe mientras era arrebatado por otro diablo blanco. Sus últimas palabras antes de nuestra definitiva separación fueron:

—De toda nuestra tradición tribal no quedarán los bailes, ni los ritos destinados al olvido. Solamente quedará Olorun. No lo matés en tu corazón, será tu refugio más bello, tu verdadera liberación.

Sentí a mi corazón en llanto ya que desde nuestra incautación incluso las lágrimas se secaron, encarceladas por siempre. Al mismo tiempo sentí rabia, porque las palabras del jefe encendían la luz eterna de Olorun, la que dice que somos Su creación y que no me permitía cerrar todas las puertas de la vida en un lento abandono. Estaba resuelto de que mi venta sería la pala de cal definitiva a mis pretensiones en la vida, que lo demás sería un dejarse morir sin fin, sin sangre ni penas. Una muerte por desolación capaz de abrirme las puertas del paraíso donde a lo mejor volvería a encontrar a los míos y a nuestros dioses vencidos. Pero el brillo en la mirada del jefe y su serena certidumbre de que el amor de Olorun está por detrás de nuestros designios y su confianza en su mano dura hicieron que dentro de mí sonara una necia y amarga certeza de que entregarme y condenarlo por mis desgracias sería infidelidad. Que dejarme desvanecer demostraría mi ausencia de fe y certificaría que yo no estaba tallado para las dificultades que Olorun me mandaba en vida.

Estos pensamientos permanecieron en la cabeza mientras volvía a ser animal: marcado a fuego en el brazo, transportado en una jaula sobre un carro de buey junto a los demás cautivos. Esta nueva tierra de naturaleza exuberante, aire cálido, húmedo y limpio, intensos colores y jugosa vitalidad devolvía a mi cuerpo el mismo vigor de su esencia. Sentía como mi organismo se sentía a gusto en ese nuevo lugar, que rápidamente absorbía su irradiación y que mis dolores corporales se disipaban pese a las terribles condiciones de aquel viaje. Con los pensamientos fijos en la inolvidable mirada de mi jefe, miré la realidad a mí alrededor y entonces dejé de lamentarme. Era transportado con personas en peor estado que yo: rostros sin alma, muertos de humillación, moldeados a fuerza de patadas. Unas pocas mujeres echadas al desengaño y a la soledad. Unos cuantos chicos huérfanos, completamente desamparados, llorones y asustados. De pronto, entre congojas de mil sonidos, advertí a uno especial, casi mudo, una mezcla de suplicio, de desesperación, de oración balbuceada. Con las manos abrí camino por entre los demás condenados hasta encontrar el origen de los lamentos: una niña que no tenía más de diecisiete años, más encinta como mi antigua tierra en épocas de cosecha, sudando ríos, quemando soles, tiritando miedos. No entendía mi idioma, pero sí mi mirada y mis ademanes. A falta de otros recursos, limpié el sudor de su frente, le acaricié el pelo y antes de que me pudiese dar cuenta y pensar en mi

contradicción pendiente, observé el cielo para murmurarle una oración al oído que sorpresivamente tuvo efecto inmediato.

La cuidé en los tres días que duró el transporte y cuando entramos a la hacienda, una vez liberados de la jaula y bajo severa vigilancia, se rompió su bolsa empapando mis manos, fecundando la tierra de la cual seríamos cautivos. Pese a mi total ineptitud, sabía que yo me haría cargo del parto durante los siguientes minutos, en tanto un pensamiento intenso me decía que confiara en los enviados de Olorun. La tormenta se dibujaba en los cielos y el espeso aire dulzón de los cañaverales era el primer aliento de la cría que venía al mundo anunciando con su llanto nuestro futuro común de miseria y redención. Cuando por fin pude devolverle el hijo a la joven madre, noté a otro diablo blanco de botas observándonos, con aire indiferente y porte de mando. Sin decir nada, le dio vuelta al hijo y tras asegurarse de que se trataba de un varón, sonrió. Luego me señaló con el bastón, gritó algunas órdenes y al cabo de algunos instantes los demás fueron conducidos hacia el fondo de la casa mientras yo era apartado y echado a un pequeño almacén, encerrado por rejas de madera, sin más compañía que algunas gallinas y heno, la materia prima para mi mejor cama desde el principio de mi infierno. Por la noche una negra me trajo agua, pan y un poco de otra comida que jamás había probado. Intenté un diálogo pero no pudimos entendernos bien, veníamos de lugares diferentes pese a que teníamos un en común.

Por sus ademanes, interpreté que estábamos acá para cultivar la tierra, que éramos reclusos y que los blancos eran los diablos y su idioma la crueldad. Pero el motivo por el cual yo estaba separado de los demás solamente lo supe al día siguiente. Cuando un diablo, acompañado de tres negros, les ordenó que me hablasen. Entendí parcialmente al segundo que venía de una región relativamente cercana a mi pueblo, donde los blancos los habían atrapado hace un par de años. Lo que me dijo era que debido a mis habilidades médicas yo debería trabajar por las mañanas con los demás en el campo y por las tardes ayudarle al viejo Djaliba, curandero de los negros. De nada sirvieron mis protestas, mis explicaciones de que no tenía la menor aptitud hacia la curandería, que todo no pasó de una coincidencia debido a la agónica situación de la joven pero en ningún momento mis argumentos lo conmovieron.

—Lo mejor hubiera sido dejarla morir, junto a la cría. Le sacaste la libertad a dos almas para mantenerlas cautivas en el infierno —me dijo el hermano dándome la espalda.

III

Y así realmente ocurrió. El viejo Djaliba y yo no hablábamos el mismo idioma, por ende nos comunicábamos por ademanes y palabras puntuales. Su fisionomía era siempre grave y su pelo era tan blanco como su barba. Andaba un poco encorvado y cuando estaba ensimismado recurría a una pipa de madera en la cual fumaba unas hierbas que no me gustaban mucho. Desde la primera vez que lo vi, sentí inmenso respeto, había notado la tristeza en su mirada, algunas cicatrices del dolor pero, parecido al del jefe de mi tribu, su mirada contenía sabiduría intrínseca, algo que simplemente formaba parte de él y que vivía a cada palabra.

—Ya te estaba esperando —me dijo con todos los recursos de comunicación que teníamos—. Los mensajeros de Nzambi, bakulus, me habían avisado.

—Nzambi —repetí meneando afirmativamente la cabeza. Me acordaba de nuestro sacerdote que recibía algunos visitantes junto con nuestro jefe y a menudo hacía referencia a esa expresión. Con la mano estirada hacia mi pecho y luego apuntando hacia lo alto le dije: —Nzambi para vos, Olorun para nosotros. Nzambi, Olorun.

Me sonrió y desde entonces traté con intenso esfuerzo de aprender su idioma, el del pueblo Bakongo. Mis tareas al comienzo se limitaban a recoger hierbas con el *Preto Velho* «Pai Djaliba», como era conocido el viejo, algo que hacíamos con verdadera parsimonia, atentos a los menores detalles de la flora y de la fauna. Pasados tres meses ya había desarrollado una mirada certera y era capaz de encontrar las hierbas como si tuviera un sexto sentido. También ya sabía distinguir las venenosas de las balsámicas, trataba de memorizar los efectos, la forma de potenciar o de sacarlas su esencia, tizanas, pastas, inhalaciones, antiinflamatorios, anestésicos, analgésicos, todo guardado en la cabeza ya que ninguno de nosotros sabía escribir.

Compartíamos una habitación humilde, cerca de los alojamientos de los varones, bastante más grande que el de las mujeres, ya que la exigencia de los diablos demandaba brazos fuertes y alta resistencia. El ambiente, como no podía ser diferente, era muy cargado, había un intenso odio en la mirada que cruzaban los negros y los blancos y también cierta tensión entre los propios negros, cada uno buscando la compañía de su etnia. Mis primeras preguntas sobre las posibilidades de escapar fueron contestadas con historias, todas de final doloroso. Los pocos que lo conseguían huían maleza adentro pero las consecuencias eran terribles. Los esclavos más cercanos al fugado eran azotados impiadosamente. Los capturados eran torturados hasta la muerte

delante de los demás, así todos se vigilaban entre sí, algo que contribuía a la suspicacia entre los mismos esclavos. La intimidación hacía parte de la estrategia de los blancos que evitaban al máximo tener muchos esclavos de una sola etnia. Cuantos más esclavos extranjeros mejor, porque dificultaba una cohesión que pudiese albergar el germen de una rebelión. Un ejemplo de este verdadero antro de crueldad era cuando azotaban a un negro y un hombre de otra etnia tenía que hacerse cargo de cumplir el castigo.

—Ya te tocará a vos, mi hijo. Espero que cuando llegue tu momento de dolor, puedas rescatar algo de fe un tus pensamientos —profetizaba Pai Djaliba.

Y la hora de la verdad no tardó mucho en llegar. A lo largo de tres noches el Preto Velho y yo estábamos velando a un muchacho joven que ardía en fiebre por una mordida de serpiente de la cual no vio ni la sombra. A la siguiente alborada falleció y en su mirada había una mezcla de alivio y de pesadumbre.

—Lo siento, Pai Djaliba —baluceó con su último aliento.

Un rato más tarde, entraba el diablo jefe cuyas botas jamás olvide. Sin la menor pizca de sentimientos se enteró de la muerte del muchacho, le dijo algo al Preto Velho que me miró sorprendido, les gritó a sus matones y en un santiamén yo me encontraba con las manos atadas, colgado sin camisa de un tronco mientras los latigazos teñían mis espaldas de rojo, tenía la sangre del mismo color que los diablos blancos. Lo primero y lo único que vi mientras era severamente azotado fueron los ojos de Pai Djaliba en los cuales volví a encontrar un sentimiento casi olvidado y tan absurdo como todo desde que me hicieron esclavo: amor paternal.

Me enteré de que ese fue su destino por mucho tiempo por cada esclavo enfermo que su curandería no salvaba. Para que no le facilitara a nadie la opción de la muerte, los silbantes azotes muchas veces abrieron su carne. Por respeto a su destino y hasta por fidelidad a su mirada que en ningún momento se apartó de la mía, pasé por ese suplicio sin un grito, ni lágrima. De noche sollozaba motivado por el odio y la rabia, alumbrado de a ratos por la brasa de la pipa de Pai Djaliba que oraba a dioses en los que yo ya no creía. Él, preparaba vendajes con hierbas que con el toque de sus manos sorprendentemente me calmaban la piel y también a la ira.

IV

Al cabo de un par de días ya me tocaba trabajar en el campo como si nada hubiese sucedido. Mi pensamiento no era otro que escaparme de allí tan pronto

recuperase mi salud. Por lo que he visto, esa tierra paría frutos generosos, era cortada por abundantes ríos, lo básico para sobrevivir. Pero al mismo tiempo que me imaginaba disfrutando de la libertad por esas praderas, recordaba los ojos de Pai Djaliba y me imaginaba su castigo por mi desaparición. Era una cobardía y aquel día tuve conciencia de mi destino: sabía que por no poder hacerle daño a ninguna buena persona, estaría atado al Preto Velho y a aquella hacienda hasta mis últimos días, quizás encorvado y lleno de canas, como mi nuevo maestro.

Al regresar por la tarde y demostrarle mi disposición para buscar más hierbas en la mata, pese a mis espaldas en carne viva, noté que una vez más Pai Djaliba había adivinado mis pensamientos tormentosos y que en silencio agradecía con humildad.

—Nzambi ayuda a los de buen corazón, a los humildes y a los que tienen verdadera fe. Cuánto más te acercás a Él, mas te ayudará a curar a los enfermos y te curará el alma. En nuestro caso, vivir en medio del dolor nos rescata.

—¿Cómo puede ser eso? Me sentía rescatado y feliz en mi tierra natal, antes de los diablos blancos —le contesté con indignación.

—No sabés cuantos latigazos repartiste en tu última vida. Él te está dando la opción: podés pagar con trabajo o con azote.

En las siguientes noches, en nuestros aposentos, Preto Velho me presentó entre susurros la visión de la reencarnación, la confirmación de la bondad de Dios, la comprobación de su justicia y de la muerte de mi esposa y de nuestros hijos que, según me relataba, no soportaron las exigencias de la travesía. Me contó detalles de mis queridos que no me permitían dudar de la veracidad de las afirmaciones de Pai Djaliba y de la idoneidad de sus espíritus. Desde entonces lo escuchaba con avidez, bebía sus palabras de sabiduría, encontraba consuelo en sus enseñanzas y notaba algunas semejanzas con nuestros sacerdotes que ahora lamento no haber escuchado con más atención en el pasado. Y me decía que ya me estaban preparando, que era necesario aprender más con Preto Velho y arrancar el rencor hacia Olorun, para que mi corazón pudiera brillar y operar los pequeños milagros de la curación.

Me dediqué a ese estudio contando con la paciencia de Preto Velho, una de sus cualidades más evidentes. Poco a poco pude establecer contacto con los antepasados, y con los mensajeros de Olorun. Una noche en la cual volví a ser castigado debido a un esclavo que había ingerido una pócima venenosa contra la cual no pudimos hacer nada más que rezar, Pai Djaliba y los mensajeros me plasmaron una escena en la cual se encontraba un hombre blanco (que curiosamente se asemejaba a mí) en los sótanos de

una gran iglesia donde torturaba fríamente a algunos reclusos hasta arrancarles declaraciones en nombre de Dios, firmando sus confesiones con sangre.

Debido al dolor y al ardor de los azotes en mi carne, no entendí la correlación de aquella visión con mi vida. Hasta que en la profunda oscuridad de la noche me desperté asustado y bañado de sudor. Desperté nerviosamente a Pai Djaliba.

—Aquel hombre en la iglesia, el torturador...—le decía temblando— No puede ser, ¡soy yo! ¿No es cierto, Pai Djaliba?

Su abrazo fuerte cubría mis sollozos, mi vergüenza y su silencio me comprobaba que éramos hermanos en busca de redención.

V

Por eso, cuando nosotros vencemos a nuestros propios pecados, vivimos por largo tiempo. Pai Djaliba no me ha abandonado jamás, lo sigo viendo entre el humo de mi pipa, aunque los demás dicen que miro al vacío y me cuentan que fue enterrado hace más de treinta años.

“Se os Pretos Velhos têm

Os Pretos Velhos dá.

Corre gira Preto Velho

Corre gira no gongá

Corre gira Preto Velho

Com licença de Oxalá.”

Nos dicen Pretos Velhos, andamos encorvamos debido al peso de nuestras deudas y para que nunca nos olvidemos de la humildad. Nuestra vejez es vista como símbolo de sabiduría, ya que pocos negros sobreviven muchos años por acá. Buscan consejos, palabras que les hagan sentir dignidad, una esperanza divina, noticias de queridos y de moradas eternas donde Nzambi, Olorun, Nosso Senhor nos tiene por verdaderos hijos.

“Sou Preto,

sou Preto,

Sou Preto só na cor.

Na alma, na alma

Sou filho de Nosso Senhor.”

Las innumerables canas son por cada impotente dolor de un hermano nuestro y las innumerables arrugas alrededor de los ojos son resultado de las lágrimas que no pudimos derramar. Con el hilo de voz que me queda, rompiendo los cantos de fondo y los atabales que ahora están permitidos, les paso palabras que un día fueron semillas en un terreno que no sabía fértil:

—Solamente quedará Olorun. No lo matés en tu corazón, será tu refugio más bello, tu verdadera liberación.

Sé que el día está cerca y que todo acabará cuando cierre mis ojos, que son los míos, los del jefe de la tribu, los de mi mujer que me espera más allá, los de Pai Djaliba. Y quizás alguien comentará entre susurros que no entiende cómo uno, después de tanto sufrir, de tanto azote y tanto desprecio ha podido mantener cierto brillo en su última mirada, la que en silencio reconoce el amor de Dios.

“Pai Luiz, cadê Pai Mané?

Tá lá nas matas apanhando guiné.

Diga a ele que quando vier

Que suba as escadas, não bata com o pé.”

El Diez

*“Digan lo que quieran sobre los Diez Mandamientos,
debemos estar contentos por no ser más de diez.”
(Henry L. Mencken)*

—¿Sos nuevo por acá? —le pregunté al joven porque lo sentía un poco perdido, por su espanto y su torpeza.

—Sí Diez, el padre Antonio me dijo que siempre necesitan de ayuda —me confirmaba tímidamente el voluntario mientras me entregaba un plato de sopa.

Además lo delataban sus ademanes inseguros, esa pizca de inseguridad que separaba su idealismo de la realidad, se notaba que esa noche estaba cercano a sus límites surrealistas. En el umbral de una verdad solamente imaginada (y de verdad, acá el mundo es otro). Me encontró en una noche pensativa y particularmente conversadora, -combinación poco usual-. En su mirada había cierta indignación, y algo de piedad que temía expresar para no ofender a nadie. Era una mezcla de incredulidad con ingenuidad y se notaba que frente a la faceta de la miseria se formulaba una pregunta bastante primaria que aún no expresaba: «¿pero esa gente no tiene hermanos, esposa, hijos, *alguien* de la familia?».

Todos tenemos familia y si vivimos en la calle es porque de algún modo esa ha sido la mejor solución para todos. En mi caso mandarme de vuelta no era posible, no era una alternativa. Vivía en un mundo que no existe para la aplastadora mayoría de las personas y trataba justamente de adecuarme a esa situación, alimentándome de indiferencias, de restos, de despilfarros o, como en el caso de esa noche, de esa gente que distribuía sopa caliente.

Entiendo que se pregunten cómo uno puede llegar a caer tan bajo, cómo fue posible dejarse ir así sin que un límite grite «¡Basta! Hasta acá nomás». Quizás la alarma debería haber sonado al recibir limosna por primera vez o cuando me desperté de frío en una noche donde la única sábana era el pelaje del Lobo de orejas bajas y de cola torcida que se me acercó para compartir el mismo sopor, la misma cadencia de respiratoria, el mismo anhelo de un sueño que pudiese amparar. Pero al final lo que pasa es que uno siempre es capaz de adaptarse y acostumbrarse, como los ojos a la oscuridad o la flor al lodazal, como el Lobo y yo a la calle.

Estar en situación de calle significaba pertenecer a un mundo invisible e ignorado pero que también era regulado por leyes, mis propias leyes, en menor cantidad y más básicas que las del código civil, pero fundamentalmente esenciales. La primera,

la primordial es: *no perder la dignidad*. Ya desde el principio solía irme a un albergue para el aseo donde aprovechaba para lavar la ropa. Nunca me faltaba vestimenta porque siempre había donaciones y aprovechaba para pedirle al padre Antonio que nos bendijese a mí y al Lobo delante de otro día de laburo. También cuidaba los dientes, los lavaba después de cada comida. El pelo lo llevaba corto, maquinita tres milímetros, fácil de cuidar. Creo que todo eso también forma parte de la dignidad. Vivir en la calle no significa que no podía estar limpio o tener mi carrito bien organizado, no es necesario confrontar a nadie, pese a que pocos realmente nos registren. La gran mayoría me veía a una distancia media, lo suficiente para juzgar que más adelante se encontraba un estorbo, un fracasado. En la medida que se daban cuenta de que un acercamiento *realmente* era inevitable, yo desaparecía de sus mundos, sus ojos miraban hacia el otro lado de la vereda, al piso o al cielo, todo menos a mí que siempre les recordaría miserias y egoísmos.

Guillermo, el novato, no sabía cómo acercarse a los demás, la miseria cercana lo desubicaba y lo conmovía. Las primeras reacciones suelen ser así, una lucha entre la fuga, la negación y ese magnetismo cruel que es la pobreza en forma de cuerpo y alma y que genera una inquietud que en el fondo perturba.

Por eso me atengo a que la dignidad no se negocia y cada uno tiene sus límites. Quizás la dignidad fue justamente la razón de mi actual situación. Mi problema más grave es el alcohol. Tomaba poco, pero cuando se me iba la mano, me ponía violento. Mis cuñados ya me habían avisado que la próxima vez no me perdonarían. Hasta que llegó el negro día, la noticia del desempleo, los tragos para olvidar, las putas para humillar y Susana y sus reproches que impacientemente me esperaban en casa. El torrente de palabras me mareaba, «*fracasado*», estaba visiblemente harta, «*irresponsable*» y esa frustración se intensificaba y se encendía, «*ignorante*», hasta descontrolarse en ráfagas de odio que era toda su triste e incomprensible desesperación:

—Y todavía llegás oliendo a prostituta. ¡Un cochino como vos realmente tiene que pagar a una fingida para poder sentirse un hombre!— me gritó como un perro rabioso, escupiendo saliva en mi cara. A continuación me desperté como bestia en un breve impulso: el golpe de furia, su nariz sangrienta, un diente partido, la mirada de mi hijastra pre adolescente y su agudo grito por ayuda, el pavor en los ojos de Susana y su «*andate cobarde*», encarando mis ojos sombríos y mi alzada mano tan culpable como su sentencia. Fue mi primera noche en la calle, prófugo de la reincidencia, condenado a mi debilidad.

La claridad de la siguiente mañana me sorprendió como un perro vagabundo. No me soportaba y las miradas despectivas de las personas en verdad me caían bien, sus repulsas indirectas, me señalaban, me escarchaban con silencioso desdén. Empecé a caminar lejos de allí: otro barrio, otra zona, un submundo en el cual pensaba que cobardes como yo encontrarían un escondite frente a sus crímenes íntimos. Mientras la poca plata se iba junto con mis perspectivas de volver a conseguir trabajo, la depresión se instalaba oportunamente. Ya no había nada más que decir. De nada sirvieron pastillitas, rezos o períodos de falsa abstinencia, seguía allí como una sombra en un cuarto oscuro.

Me encarcelé por cuenta propia, condenado por mis recuerdos, mis culpas. Encontré abrigo en un albergue, y también en la iglesia del padre Antonio pero nunca lo encontré en mi conciencia y así en cuestión de semanas, la calle se convirtió en mi hogar.

—En una noche de sopa encontré a un voluntario como vos que argumentaba que la humanidad en realidad no estaba tan lejos de su regeneración —le comentaba al novato que parecía interesarse por mis pavadas.

—También soy optimista —contestó Guillermo que partía el pan. Le daba un justo placer notar que todos se alimentaban con algo sustancial y caliente, fruto de esfuerzos que lo envolvían.

—Decía que bastaría con seguir los diez mandamientos. Era lo único que Dios nos pedía hace milenios, nada más.

Desde aquel día decidí que haría mi parte. Era como si fuese un reto para mí, un camino de salvación por sobre mis miserias y debilidades morales. Me conformaba con ser un estorbo para la sociedad pero me entusiasmaba la idea de que al menos pudiese, a partir de aquel instante, estar conforme con los pedidos de Dios. Me los anoté a la siguiente semana:

1. Amarás a Dios sobre todas las cosas.
 2. No tomarás el nombre del Eterno tu Dios en vano.
 3. Celebrarás las fiestas y santificarás el día consagrado a Dios en el templo.
 4. Honrarás a tu padre y a tu madre. Acuérdate del día de reposo para santificarlo.
 5. No matarás.
 6. No cometerás actos impuros.
 7. No robarás.
-

8. No mentirás ni levantarás falso testimonio.
9. No desearás la mujer del prójimo.
10. No envidiarás

Por poco más de un año me aferré a eso casi de manera obsesiva (lo que explica mi apodo). Vivía cartoneando para una cooperativa donde me proporcionaban cama y comida, esto me impedía pecar. Me sentía más tranquilo así, podía acostarme en mi cuartito y decirle a Dios que hoy había cumplido, que no lo ofendí. No era suficiente para borrar las imágenes de la fatídica noche, pero me generaba una tranquilidad que no sentía desde que salí de casa y me ayudaba al menos a mantener a raya a la destilada bestia que me rodeaba.

Le estoy muy agradecido a Dios por esa sensación que me hacía olvidar o entender un poco mis culpas y esa es una de las razones por las cuales lo amo, el primer mandamiento. No me quejo de nada y estoy convencido de que en la vida, Dios me da lo necesario para cada día. Al segundo mandamiento no lo entendí totalmente, aunque el cura Antonio me hablaba de que era menos importante hoy en día.

No hace falta discurrir sobre los demás mandamientos, son fáciles de seguir para la gran mayoría de las personas con un mínimo de sentido común, salvo la parte que habla de no cometer adulterio y el tema del falso testimonio. El padre Antonio me explicaba que el adulterio no era simplemente una traición física, sino que muchos adulteraban esperanzas, sueños, y verdades así como yo había quebrado la parte moral de nuestro matrimonio (aunque Susana y yo nunca nos hemos casado), a través de mis caídas y repetida violencia.

El falso testimonio igualmente abarca mundos infinitos. Todos mienten, es innato. El hombre es así, mentiras suaves, mentiras blancas, mentiras inconscientes, parece enfermedad. Para mí resultaba más fácil seguir ese mandamiento porque casi no tenía vida social, no interactuaba con muchas personas lo que reducía drásticamente la necesidad de verdades o de mentiras. Le preguntaba al padre Antonio si iba por buen camino.

—Lo difícil Diez, es mantener la moral elevada entre tantos hermanos de mala índole —me explicaba el cura Antonio en una tarde en que me atendió con mucha consideración—. Jesús ha resumido los diez mandamientos en uno: amarás a Dios con todo tu corazón, mente y fuerza, sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Al final será entre vos y Dios.

Me hizo pensar mucho y de la misma manera que ese mandamiento único me parecía inalcanzable, sin embargo la manera de ser del cura me convenció de que sí era posible. Él no me ha discriminado jamás y todavía tenía paciencia para escucharme y hablarme aunque realmente evito ser pesado. Creo que me trata así justamente porque ama a Dios y también (y eso todavía me emociona) porque me ama a mí como a sí mismo. Le besé las manos con lágrimas en los ojos.

Resulta que descubrí que esa clase de amor que he sentido también lleva fuerte influencia de la piedad y fue impresionante como se invirtieron las cosas, como las pude ver más claramente. Muchos me miran con piedad pero lo difícil a los ojos de todos es que yo los mire piadosamente. Por muchos días después de la charla con el cura Antonio, pensé: ¿y yo, jamás sentiría piedad por alguien? Y la respuesta vino con los días, lo comentaba con el Lobo que en su silencio lo comprendía perfectamente. Estábamos revolviendo basura cuando pasó un tipo de unos cuarenta años. El Lobo y yo ocupábamos media vereda, pero creo que nuestra aura de miserables la tomaba por completo y debido a eso lo obligaba a desviarse hacia la calle.

—El perro no muerde, señor— le comenté.

No contestó, ni dijo nada. Meneó negativamente la cabeza, no nos miró y demostraba su claro descontento con mi voz, mi frase y mi presencia. Siguió caminando como si no existiéramos. Cuando ya las primeras frases que lo mandarían al quinto infierno se agrupaban en mi cabeza, las palabras del cura me alertaban y mientras veía como el agrandado se alejaba alcancé a decir en silencio:

—Que Dios te bendiga, mi hermano, y que tenga piedad de vos.

Y eso era lo absurdo de toda la situación. Contra las palabras discriminatorias, contra las miradas asqueadas, contra el desprecio y las bromas ofensivas, se alzaba en mí el sentimiento de la fraternidad y discretamente yo le pedía a Dios que los bendijesen. Al lado del abismo social que yo advertía todos los días, se formaba uno paralelo, un abismo moral: se caían máscaras, se revelaban miserias del alma.

A veces por las noches, al rezar el Padre Nuestro, algunas escenas de humillación del día me volvían a la mente justamente en el «*perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*». Me acordaba del lugar, de las palabras, de la voz de las personas que me discriminaban pero al tratar de acordarme de sus rostros, lo único que veía era el mío. Y no conseguía terminar la oración, esa que Jesús garantizaba que lo contenía todo.

Sentía que había algo urgente. Al día siguiente la esperé por casi dos horas. Cuando la vi bajando del colectivo, yo temblaba por entero. Mi corazón se disparó, mis manos sudaban y mi boca se secó. No me notó y justo antes de cruzar la calle, la llamé con mi voz más auténtica. Me miró por unos segundos indecisos.

— ¿Fernando? —dudó de la misma manera que yo de mi nombre, ya tan acostumbrado a mi apodo.

Creo que los segundos imprevistos, en los que no sabemos cómo reaccionar muchas veces nos revelan, porque son anteriores a la razón. La sorpresa nos desnuda por falta de antelación. Y así nos volvimos a ver, desnudos.

— ¿Estás bien? —me preguntó seguramente debido a los treinta kilos de menos y las marcas de mi rostro.

—Sí, gracias —le contesté torpemente quizás porque hace mucho que no me hacían una pregunta así, con preocupación—. ¿Y vos?

En sus ojos no pude notar si me tenía odio, miedo o repulsión. Su asombro era evidente y eso todavía la dominaba.

—Bien gracias —me contestó tratando de entender la situación —. ¿Qué hacés por acá? —me preguntó frente a mi total ineptitud para conducir la situación.

Mi nerviosismo era visible así que sin rodeos fui directo al punto antes que otros sentimientos me perturbaran.

—Quiero pedirte perdón, por haberte fallado y principalmente por mi violencia —le expliqué como una súplica urgente.

Otra vez las reacciones inmediatas, impensadas. Creo que ahora se ubicaba, se recordaba, destapaba su caja secreta. Sus manos temblaban, así como la parte superior de su ojo izquierdo que indicaba que el trauma seguía alojado en su espíritu y que desde allá movía hilos y temblores incontrolables. Algo realmente se había roto. Creo que imágenes de aquella noche nos volvían a la mente, como en un particular juicio final.

—Lo siento muchísimo, sé que traspasé una frontera sagrada. Te pido perdón, me da mucha vergüenza, estoy pendiente de tu caridad.

No pude decir más y quizás fue la mejor decisión. No pedía absolución, ni reconciliación, no vivía ilusiones, no buscaba excusas. Lo único que me sustentaba era la sinceridad de mis palabras, quizás era poco, pero esencial. Por más que quisiera, más no podía hacer.

Su reacción fue totalmente inesperada. Susana me abrazó, así como en una tarde lo hizo el padre Antonio. Enterré mi frente en sus hombros y en vano traté de no llorar.

Su estático y sincero abrazo en aquel momento me acogía como a un hermano y fue ahí donde me di cuenta de que el perdón era posible: me abrazaba primordialmente como a un hermano en Cristo.

—Hace un mes llamaron desde tu antiguo empleo. Parecía que necesitaban soldados expertos y te estaban buscando —dijo por fin recuperándonos—. Cualquier cosa llámame a casa que tengo los datos anotados.

—Gracias —le dije antes de que cruzara la calle y se fuese rumbo a su casa, sin mirar hacia tras aunque la conocía lo suficiente para saber que estaba conmovida.

Salí caminando al azar. Por dentro llevaba una emoción indescriptible, el alivio del perdón. Yo creí en su perdón. Por el camino encontré a tres invisibles, mis hermanos revolviendo basura, separando reciclables. La dignidad no se negocia, nuestra ley. Mientras caminaba y rezaba recordaba muchas cosas desde mi primera noche en la calle, de Susana, del Lobo, de Moisés, de la Virgen. Y en especial del santo padre Antonio, mi verdadero amigo. Siempre me hablaba con máximas, así como Jesús lo hacía con sus parábolas. Eso me permitía entender mejor ciertos principios porque en realidad comprendía poco lo que decía la Biblia: era muy rebuscada para mí.

—Trató de entender a Jesús, más allá de la Biblia, Diez —me aconsejaba.

Desde entonces tengo mis diez mandamientos.

—Y que me perdone Moisés —les comento mis colegas soldados—, pero los míos son rotativos, de acuerdo a las situaciones de la vida, es dinámica la cosa.

Uno de los fijos es reconciliarse con los enemigos mientras uno está en el camino. Es lo que me llevó hacia el perdón de Susana y en seguida pienso que es necesario perdonar setenta veces siete porque aquel que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Sé que alimentándolos lo estoy alimentando a Él. Multiplico mis talentos preparando y sirviendo sopa con los voluntarios de la parroquia (con el Lobo al frente). Sin que la mano derecha sepa de la izquierda. Mientras encuentro mi pasado y mi presente en los rostros de los pobres que la toman, los trato de animar recordándoles que ayudándose el cielo los ayudará: que Dios alimenta hasta a las aves del cielo, que sus corazones puros y mansos encontrarán abrigo en su reino que no es de este mundo y donde los humillados serán exaltados. Y así, en una breve mirada, los mandamientos se hacen presentes en todos lados y pensamientos, porque en todo está Dios.

Y el que un día vivió en la calle sabe que entre tanta desazón en cada rostro uno se preguntaba «¿pero esa gente no tiene hermanos, esposa, hijos, *alguien* de la familia?».

Les devuelvo la pregunta, acordándome del Padre Antonio y de sus pacientes explicaciones:

—¿Quién es mi madre, quienes son mis hermanos?

Sí, tenemos una grande familia. Lo que pasa es que a nadie le importa.

El valor real

*“La ilusión es el primero de todos los placeres.”
(Voltaire)*

I

En un determinado momento de mi vida llegué a una conclusión: un hombre tiene que ser adinerado. Para mí el mundo estaba dividido entre los que pueden y los que sirven, los que entran y los que están afuera, los que miran y los que son vistos. Decidí entrar en ese teatro oportunista de la vida que de alguna forma me era negado y saber elegir era una condición fundamental para obtener éxito. No era elitista, era pragmáticamente realista y esa es otra cualidad primordial para llegar lejos en un mundo en que las cosas pasan demasiado rápido y donde disfrutar de ciertos lujos parece un derecho legítimo. Entendía que la vida era una competencia cuyo objetivo final no era otro sino acceder.

La idea de mi mundo se fue formando a lo largo de mi juventud, cursando los primeros años de periodismo en una universidad privada que pagaba con ayuda de mis viejos y de mi sueldo de becaria en una revista de moda que me consiguió papá a través de sus contactos. Estaba enamorada de Rafael y era romántica e insoportable. Con él discutíamos en un boliche cualquiera algo respecto a las injusticias sociales, temas trillados de pseudoidealistas. Después de varios mates lavados por redundancias estereotipadas, íbamos a su cuartucho y hacíamos el amor mientras el humo de los porros resucitaba a Marx, a Gandhi, a Atahualpa Yupanqui que a fuerza de cannabis y vino barato formaban toda la familia «United Colors of Benetton».

A Rafa creo que lo quise de verdad, fue mi primer hombre. Nos reíamos mucho, tenía un humor peculiar e inadvertido. Me sorprendía con algún juego de palabras, con ironías que me seducían, una mirada que me dejaba con ganas, pero sospechaba que sus encantos no serían suficientes para convertir en oro su destino. Que sus futuros horizontes no transmutarían la sencillez de su cuarto de pensión, tan lejos de los hilos que verdaderamente mueven el mundo.

Al principio nos reíamos de la división que naturalmente se formó en los grupos de la universidad, de acuerdo a la clase social, pasta, guita, plata, money: no por las inclinaciones políticas ni los gustos artísticos. Por eso, mientras algunos de mis colegas estaban en Punta del Este, Mar del Plata o Miami, yo tomaba sol en Palermo y me preguntaba si eso tenía algún sentido. Observaba a Rafa que le tiraba un palo al perro

vagabundo que se hizo su amigo, otro don que tenía, encantador e infructífero y creo que en aquel momento noté que necesitaba de algunos cambios, quizá un hombre de verdad que me abriese puertas y mundos. Fue cuando decidí empezar mi metamorfosis y entrar en el juego.

Aproveché aquellas vacaciones para dedicarme a cosas fundamentales: irme al gimnasio todos los días (ejercicios localizados, glúteos, panza), dieta controlada, una charla con papá (lo suficiente para un buen peluquero), las rebajas de enero para renovarme y los tacones amigos de toda mujer para acrecentar mi poder de seducción. Rafa al principio se volvió loco, pero me molestó un poco porque no entendía nada y en ningún momento pensó jubilar sus remeras de los Rollings u otras vintage de los años ochenta. No es que su ambición estaba en otras cosas, simplemente *no* existía. Mi objetivo era otro.

Falté a los tres primeros días en la vuelta a clases. Lo suficiente para que los demás se saciasen de las novedades para que al cuarto día, la gran noticia de los pasillos fuese yo. Lo disfruté desde el principio, en el patio notaba que algunos chicos no paraban de hablar, en los pasillos se daban codazos y me señalaban con los ojos. En la clase, el rumor inicial se transformó en breve silencio y la confirmación de mi impacto la tuve al ver las caras envidiosas de las minas. Pocos momentos son más gloriosos y placenteros para una mujer y lo gocé con mi mejor cara de indiferencia, otra arma imprescindible de ese juego.

El primero que se acercó fue uno del tercer año, que pese a que estaba buenísimo, no cumplía con la premisa financiera y por lo tanto lo utilicé para demostrar lo inalcanzable que era. Estaba claro que en ese tablero de damas, quien movería las fichas sería yo, o sea: yo elegiría y no al revés. Mi blanco tenía nombre y apellido tradicional por supuesto. Y me notó después de algunas semanas de paciencia y casualidades dirigidas. Me lanzó piropos poco creativos, me invitó a fiestas que olían a poco, así que sucesivamente lo ignoraba y al último instante lo atizaba con una sonrisa, un perfume, una manera de caminar y con charlas que inventaba en mi celular mudo.

Rafa me censuraba, me decía que yo había cambiado de bando, que me volvía una de esas hijitas de papá asquerosas de las cuales nos habíamos reído tanto y que para hacer el papel de ridículo mejor se iba.

—No te reconozco más, Paty. ¿Qué te pasó? ¿Qué pavadas son esas? Nunca hablabas de ambición, no te importaban los lugares que frecuentábamos, mucho menos mi manera de ser —me decía el tontito soñador.

—Se nota que no me entendés. Que no sabés lo que es ser un hombre de verdad, que lees a Kafka, a Dostoievski, a Sábato pero no lees el mundo allá afuera, que pasa a toda velocidad mientras te quedás pensando en una nube que nunca tocará la tierra — le dije secamente porque es así que se dicen las verdades, sin parsimonias inútiles.

—Trato de vivir por mis valores —fue su última perla utópica que quedó sin réplica, aunque contenía ese velo encantador disfrazado de ingenuidad y quizá de pureza.

II

El mundo que meses más tarde conocí a través de Mauricio era imponente por sus formas, sus leyes, sus miradas, detalles, risas y silencios, signos que captaba con un sexto sentido poco común. Lo primero que hice fue disfrazar mi deslumbramiento fingiendo indiferencia. No confiaba en nadie (otra regla de oro) y poco a poco envolvía a Mauricio en una rutina en la que mis gustos y caprichos eran complacidos, todo un termómetro que medía mi poder de influencia. Yo sabía que era primordial que Mauricio estuviese orgullo de mí, lo que obviamente significaba estar con el cuerpo, pelo, uñas, ropas, joyas (regaladas por él, claro) perfectas. Provocar la admiración de los demás hombres que deberían felicitarlo por estar con una mujer buenísima como yo, saber portarme en los ambientes sociales que yo direccionaba para que fuesen cada vez más exclusivos. Por si acaso algo fallase con Mauricio, al menos estaría en un ambiente de vencedores, de poderosos y estaba segura de que mi figura discreta, suficientemente encantadora y seductora ya dejaba una fila de pretendientes potenciales.

A veces recordaba a Rafa, casi siempre en situaciones inoportunas. Una vez estaba cenando con Mauricio en un restaurante de moda donde pedí en plato liviano bastante caro aunque la porción fuese, digamos, comedida. Mi memoria automáticamente me conducía a una de las tantas anécdotas del pasado reciente:

—A mí me parece puro exhibicionismo, de eso se trata —le comentaba Rafa al «*Pelado*» Torres dueño de una parrilla a la vuelta de su pensión—. La gente va a esos lugares solamente para demostrar a los demás que puede pagar doscientos pesos por una ensaladita cualquiera para que media hora después te pique el bagre.

— ¿Y para esa pelotudez pagan doscientos pesos? —dudaba el Pelado con ojos pícaros—. No me jodás che, ¡pero si con eso te preparo tres bifés de chorizo completitos!

—¡Justamente! —contestaba Rafa antes que los dos se partiesen de risa, de las que contagian y que se humedecen con algún trago helado.

— ¿De qué te reís, divina? —preguntaba Mauricio que cortaba el recuerdo en un instante en que casualmente no miraba a su celular.

— De las contradicciones —contesté sin que nos diésemos cuenta.

III

Profesionalmente, con la decisiva indicación del padre de Mauricio, formaba parte del editorial de una revista cuyos asuntos mezclaban temas glamurosos, fiestas, moda, tendencias, vernissages, proyectos sociales de gente importante, tendencias culturales y gastronómicas, eventos famosos, resorts e itinerarios de vacaciones. Una tarde, fui a cubrir una exposición de arte patrocinada por un banco importante del país pero tuve dificultades en llegar al estacionamiento del museo debido a uno de los inconvenientes piquetes de esa ciudad sin comando y a merced de desocupados. Ya formulaba en mi cabeza algún comentario para la columna semanal de la revista, cuando vi pasar frente al auto un rostro conocido al lado de jubilados que con cacerola en mano protestaban a todo pulmón contra el corralito o algún otro tema que provocaba ese desorden financiado por algunos traidores, conforme me comentaría Mauricio en la cena de la noche. El rostro conocido era el de Rafael, pasados casi tres años su pelo estaba un poco más corto, llevaba una Kodak colgada del cuello, jeans y all stars como siempre, pero entre la duda de aquellos rápidos segundos y la certeza que me pinchó el corazón, lo que me confirmó su identidad fue el inequívoco brillo de sus ojos, esa brasa que seguía alimentada por una torpe ilusión, un pensamiento utópico, un creencia romántica, si es que hay algo de tierno en un tipo vociferando con una cacerola en las manos entre retirados desilusionados.

Pasados más de treinta minutos de aquella escena todavía no sabía explicar porqué mi corazón estaba acelerado y porqué mis piernas temblaban. Estaba molesta, todo en aquella escena de la calle me hastiaba, estaba indignada y mentalmente trataba de defenderme, de excusarme sin que me acusaran. Pero tenía esa sensación de haber hecho algo mal. Intentaba tapar mis ojos después de haberlo visto todo, quizá una

verdad, quizá algo que se puede ahogar y matar en el olvido. Estaba claro que mi futuro al lado de Rafael hubiera sido muy diferente al de mi ambiente actual.

Pero, pasados algunos días, seguía inquieta, no bastaba recordarme constantemente su rostro. Sino que pasaba a imaginarme con él, visitándolo una dama en su cuartucho, entregándome a él vistiendo nada más que mis auténticas perlas, mis nuevos senos (regalos de Mauricio y de un amigo cirujano). Altiva y promiscua, disfrutando placeres prohibidos en cimas viciosas y llorando mis traiciones en valles profundos. Me lo fantaseaba íntimamente y así dudaba de mis sentimientos: en el verdadero amor una duda es una respuesta definitiva, lo sabemos pero no lo queremos admitir.

Tuve consciencia plena en ese momento. Mis sentimientos y mi razón me decían que la situación que vivía con Mauricio, era un error afectivo, una decisión contraria a mi corazón y me convertía en coautora de mis crímenes de amor. Cada charla con él me dejaba mal, era un tipo extraño para mí, solo conocíamos torpes superficialidades, él ocupado con los partidos de tenis en el club y yo con las novedades Helena Rubinstein: unidos por las mismas futilidades. Evitaba su cercanía porque me sentía sucia, como si la cacerola de Rafa retumbase en mi cabeza, vendida la patria, vendida la fe, vendida yo a cambio de vinos tan bien elegidos por Mauricio, embriagada de soledad, de mentira, de frialdad.

Decidí verlo. Siempre supe donde encontrarlo porque la verdad no deja de existir aunque la tratemos de ignorar. Sonrió al verme, estaba nervioso, me invitó a su casa, una habitación agradable, limpia.

—¿Qué querés tomar, Paty? Ahora tengo vinos mejores, aunque no tan buenos como en los lugares finos que frecuentás. Pero, acá podés fumar sin que te molesten — reveló y me sorprendió que supiera del vicio que tanto intentaba disimular frente a Mauricio.

Era un hombre, había madurado, me sorprendió el timbre firme de su voz. Sabía del impacto que me causaba pero no se aprovechaba, contaba historias consciente de mis carencias, me llenaba el vaso mirándome profundamente a los ojos, a mis secretos. Vacilaba por unos segundos para pararme el corazón, miraba mi boca y me tenía loca, pero se salía con la suya, con un piropo que flotaba en el aire y me hacía sonreír encantada. Cuando hablaba de sentimientos, de deseos y sueños su mirada se ponía grave, un poco triste y parece que me leía los ojos y desnudaba mi alma con sentimientos que eran verdades, sensaciones, equívocos, sin juzgarme.

—Nunca tuve una charla así con Mauricio. ¿Existe la intimidad absoluta? —le pregunté ya entrada la noche, mejillas coloradas de vino, celular desligado.

—Solo con sentimientos absolutos, Paty —me contestó y yo sabía por qué.

Hablamos, tomamos, reímos, fumamos, cantamos, callamos, me fui en silencio, no hubo protestas. Me sentía sola, me fastidiaba mi verdadera cara, mis mamarrachos de filosofía, mis máscaras, mi cobardía. No se trataba de Mauricio ni de Rafael, sino de lo fútil que puede ser una vida que, a falta de verdaderos vínculos, estará condenada a frágil soledad poblada de un tiempo que nunca fue verdadero ni feliz.

Había perdido contacto con todo. No recordaba la última vez que lavé ropa, reclamado por los precios en el supermercado o que me indigné con la injusticia de algún desconocido. Me alejé de la verdulería del barrio de la misma manera que me distancié de la pureza, no tengo idea del precio del subte ni sé el valor de un sentimiento entero. Me olvidé del principio y perdí la simplicidad. Lo comenté con Rafa la semana siguiente, cuando nuestras ganas de vernos no nos permitían otras opciones, cuando sentía que necesitaba hablar con alguien sobre mí, sobre como soy, como me siento.

—Tíralo todo, sin mirar hacia atrás. Si realmente ves las cosas de esa manera, es lo único que podés hacer. Ya te formulaste la pregunta, pudiste ver con tus propios ojos la respuesta, falta lo más jodido, ejecutarlo —me dijo mientras me preparaba café, mejor compañero de mi cigarrillo clandestino.

—Sería un cambio total. Me reprocho por no haber despertado antes. Mis descuidos llevan a verdades extremas.

—Por ahora, estás tomando un café fresquito, relajándote, vanas filosofías, nada más. En mi trabajo en el diario necesitan a alguien para hacer periodismo de investigación. Tendrías lo suficiente para comer, alquilar una habitación mediana. Pero tendrás que lavar, planchar, cocinar si querés mantener tus lujos de peluquería. El peso de una palabra es su actitud —expuso sin darme alternativas morales.

IV

Las opiniones fueron diversas: algunos decían que fue un error, otros que estaba claro que no pertenecía a aquel mundo, que era una oportunista. A la gran mayoría no le importó. Mi padre me apoyó y alentó, Mauricio me despreció. La nueva habitación es chica, pero me cuesta menos cuidarla. Todavía me siento fatal, lloro sin motivo, mi corazón me pesa, mi cabeza no para de pensar. Es una fase introspectiva, en la cual

trato de evitar el mundo afuera, cocino platos saludables, trabajo más, gano menos, no me descuidé, sigo vanidosa dentro de lo posible.

Rafa me escucha siempre, tiene mucha paciencia, se interesa por mis dilemas, siento el corazón un poco más caliente y una expectativa cuando me habla o se acerca. Me estudia y lo entiendo, también me voy descubriendo y le cuento mis pensamientos, mis impresiones, me entrego por mi lado menos carnal. Siento vergüenza de algunas decisiones del pasado, pero no me condeno más. La cercanía de Rafael hace fluir los pensamientos, me deja más liviana, le sonrío y noto que acusa los golpes. Sufrimos sin prisa, inspiramos secretos antes de quemar urgencias, sé que ambos necesitamos volver a confiar en mí.

—Antes de venir para acá, pensé que hoy podríamos comprar un vino blanco —exclamó, feliz porque era viernes, porque esa noche no tendría fin.

—Abrí la heladera, querido colega —le pedí al pasar suficientemente cerca para dejar en su subconsciente el dulce aroma de mi piel y mi perfume.

Al hacerlo se apareció con una botella de vino blanco, elegido a puro criterio costo–beneficio.

—Me encantan las coincidencias, cuando pensamos y sentimos las mismas cosas —dijo sin esquivar las sonrisas recíprocas que abrían mundos, pensamientos vigorosos que ataban sin oprimir, miradas que develaban pensamientos que perdonaban. Y entonces el tiempo se detenía y al mismo tiempo superaría toda vejez.

Paralizados, sabíamos lo inevitable: que esa eternidad es creada por el amor.

Esclarecimientos

Los libros publicados por Hendrik Wernick nacieron como consecuencia natural de los trabajos mediumnicos a los cuales el autor está vinculado desde 2002, cuando empezó a estudiar y a trabajar con el Espiritismo. A lo largo de los siguientes cuatro años, trabajó en Centros Espíritas y de Umbanda, hasta fundar, junto con su esposa Sueli, el Centro Espírita Apométrico Fraternidade da Luz, ubicado en São Paulo, donde ejecutan gratuitamente las labores espirituales.

Directamente vinculado a las obras publicadas está la técnica de psicografía que se basa en algunos principios fundamentales del universo espírita:

- El Espiritismo es una doctrina fundada sobre la creencia en la existencia de los Espíritus y en sus manifestaciones. Cree en la existencia del alma espiritual e inmaterial.
- Médiun: Persona que puede servir de intermediario entre los Espíritus y los hombres.
- Psicografía: es la capacidad de escribir por si bajo la influencia / inspiración de un espíritu.

En Brasil el fenómeno de psicografía se difundió especialmente a través de la obra del médium y filántropo Chico Xavier, indicado al Premio Nobel de la Paz (1982 y 1983) y referente del mundo espírita, autor de más de 450 libros psicografiados, más de 40 millones de obras vendidas y traducidas a 33 idiomas y cuyos derechos de autor donó integralmente a diferentes instituciones sin fines de lucro.

Chico Xavier tenía el don de la psicografía mecánica, en la cual el espíritu controla la mano del médium y por consiguiente impone sus palabras y caligrafía. Ese tipo de mediumnidad es bastante rara siendo que la gran mayoría de los médiums se utilizan de la psicografía intuitiva.

La forma de psicografía más común, utilizada en las obras “El círculo,” “Norma y yo” y “Tres segundos” es denominada psicografía intuitiva, porque el médium capta el flujo mental, el pensamiento central de espíritu y lo expresa con sus propios recursos tanto con relación a la terminología cuanto a la forma. Para los médiums la principal dificultad de ese tipo de psicografía es discernir cual pensamiento es suyo y cual tiene su origen en la mente del espíritu comunicante. Debido a esa incertidumbre algunos escritores, pintores, músicos, etc. de las más diferentes vertientes no saben que en sus momentos de inspiración pueden ser fuertemente influenciados por los pensamientos

de espíritus que trabajan a su lado. Existen varios relatos de escritores que comentan que al final de un cuento o de una obra tienen vergüenza en firmarla porque sienten que les ha sido dictada o que no alcanzan a reconocerlas como suyas.

Según el espiritismo, todos tenemos la mediumnidad latente, siendo en forma de intuiciones, de visiones, de sueños, de deja vus, de sensaciones o experiencias espirituales o de manera más concreta y orientada como videncia, psicofonía, psicografía o mediumnidad de cura. En ningún momento mediumnidad es sinónimo de evolución moral, siendo una característica posible de ser desarrollada por buenos o malos, honestos o corruptos, creyentes o materialistas.

Ambas características son exploradas en los cuentos inspirados por el espíritu Pablo, que suelen nacer de situaciones habituales para luego entrar en los laberintos y misterios del alma inmortal, evidenciando conflictos, contradicciones, prejuicios, revelaciones y anhelos que muchas veces hacen parte de nuestras vidas. El mundo espiritual es más presente en nuestro cotidiano de lo que podemos imaginar y los cuentos buscan establecer esos puentes, a través de las emociones y de la fe raciocinada, del conócete a ti mismo.

Diferentemente de la gran mayoría de las obras espíritas, donde la moral y las enseñanzas del mundo espiritual suelen ser un sello característico, los cuentos de Pablo y Hendrik Wernick buscan despertar la inquietud de los lectores, hacer sonar la campana interior que advierte que para el alma inmortal, siempre seremos herencia de nosotros mismos, de nuestras acciones en la rueda de la reencarnación. Muchas veces nuestra conciencia nos emite señales que tratamos de ignorar y nos deparamos con verdades que en realidad exigirían de nosotros cambios fundamentales que tememos o postergamos, pese a que la evolución espiritual es siempre individual e intransferible.

La siembra es libre pero la cosecha obligatoria...

Sobre el autor y las obras

El narrador argentino, aunque bajo la inspiración del espíritu Pablo, sufre los mismos efectos que el lector al encontrarse frente a los primeros párrafos de cada cuento. Delante de una hoja en blanco, los cuentos se descortinan a cada nuevo párrafo, buceando en su propio mundo íntimo, recorriendo los mismos tortuosos senderos del alma y del auto conocimiento, en un camino cuyo desenlace sigue siendo imprevisible para el autor hasta el punto final.

De la misma manera que la gran mayoría de los personajes retratados, el autor tiene la idéntica necesidad de descifrar sentimientos o situaciones aparentemente superficiales, sintetizar los acaecimientos y emociones que muchas veces son simples pensamientos fugaces, temblores internos, verdades escondidas que se acumulan progresivamente mientras los cuentos se desarrollan con voluntad casi propia, incontrolables.

Todos los derechos autorales serán integralmente donadas a instituciones sin fines de lucro.

El círculo

Compuesto por 14 cuentos, “El círculo” abarca temas diversos como el aborto, migraciones humanas, resistencia frente a dictaduras, la adopción y los acerca a los individuos a través de los hilos invisibles que son las posibilidades de conexión espiritual, la reencarnación y las leyes de causa y efecto, inmunes frente al tiempo.

En el vórtice de las tramas los hechos se suceden de tal manera que emergen los puntos exactos en los cuales el libre albedrío de los personajes los llevan a decisiones y consecuencias cuyas repercusiones pueden determinar o explicar las necesidades de evolución espiritual.

Muchas veces, basta un hecho o un pensamiento para iniciar la búsqueda por la espiritualidad.

“Cada lector se encuentra a sí mismo.”

(Marcel Proust)

Norma y yo

Edición compuesta por 13 cuentos, “Norma y yo” sigue la línea del volumen anterior, incorporando temas como la salud mental, los prejuicios, la adicción, la fe y la reforma íntima en cuentos ubicados en diversas épocas de la humanidad.

Aunque a veces de manera aparentemente involuntaria, los personajes retratados son conducidos a bifurcaciones en la vida en las cuales siempre existe la posibilidad de elegir caminos que llevan al cura del alma o a su derrumbe. De la misma manera que un grano de arena puede retratar un sinnúmero de leyes físicas, a veces ciertos conflictos y sus decisiones, por más simples que parezcan, esconden tendencias que revelan nuestra verdadera faz.

Al final, uno siempre se encontrará frente a su implacable conciencia.

“¿Es una fe sincera la fe que no actúa?”

(Racine)

Tres segundos

En el tercer libro, “Tres segundos”, también compuesto de 14 cuentos, los autores incluyen temas universales como concretos como guerras, hambruna, política y enfermedades así como características personales tales como el machismo, la fe (siempre presente), el perdón y la vida después de la muerte.

Apoyados en la fe raciocinada, los autores buscan incentivar el desarrollo espiritual, individual e intransferible, a través de una cadena de pensamientos, descubrimientos y asociaciones de los personajes que al final pueden despertar en el lector el ánimo y el coraje de conocerse e unirse a la fe.

El aprendizaje no tiene límites, pero la fe solamente vale la pena si genera cambios fructíferos.

“Lo que es verdaderamente inmoral es haber desistido de sí mismo.”

(Clarice Lispector)

Centro Espírita Fraternidade da Luz

El Centro Espírita Apométrico Fraternidade da Luz está localizado en el barrio de la Pedreira, conurbano de la ciudad de São Paulo. Realiza atendimientos gratuitos de cirugía espiritual, desobsesión, apometría, psicografía, aparte de palestras y cursos relacionados al universo espírita, de la apometría y del desarrollo mediúnico.

En sus humildes instalaciones comporta el atendimento de cincuenta pacientes por sesión que son llevadas a cabo por un grupo de cerca veinte médiums formados por el propio Centro. Esa siempre ha sido su filosofía, pues prima por la cercanía a los necesitados y por la unión, desarrollo y armonía de los médiums, prefiriendo la calidad y la humildad frente a la calidad y exposición.

La terapia espiritual no es invasiva, actúa solamente sobre los cuerpos espirituales de los pacientes y de ningún modo sustituye el tratamiento médico que debe seguir de acuerdo a lo determinado por los clínicos. En realidad, ambas terapias se complementan, una vez que el Espiritismo cree que antes del cuerpo, primeramente el espíritu se enferma y es precisamente allí donde interviene.

Como complemento, el Centro Fraternidade da Luz también ofrece tratamiento psicológico gratuito para aquellos que no tienen recursos financieros para uno particular o amargan largas filas de espera por una consulta en el sistema de salud pública.

Contacto: www.hwcuentos.com
